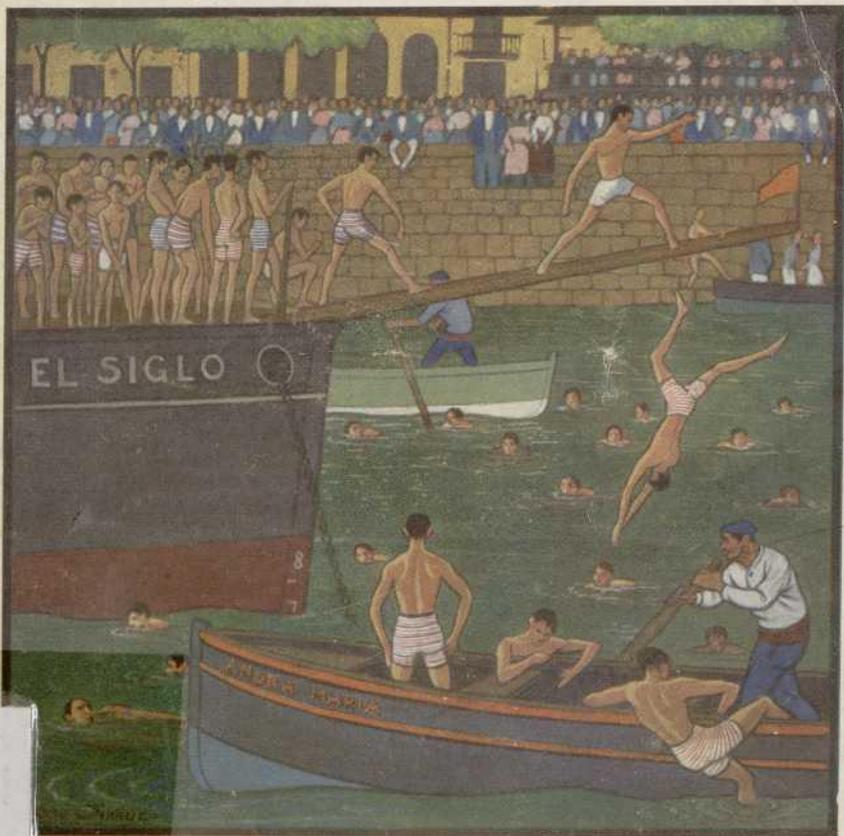


M. Aranáz Castellanos.

CALABAZATORRE

NOVELA VASCA



(Dibujo de Arrúe.)

Librería de
Alejandro Pueyo
Gran Vía, 16
MADRID

SEGUNDA EDICIÓN

CALABAZATORRE

1169068
DR
2395

OBRA DE M. ARANÁZ CASTELLANOS

ARTÍCULOS Y CUENTOS

En *babuchas*. (Segunda edición. Agotada.)

CUADROS VASCOS

Primera serie.—«*Cachalote*». (Tercera edición.)

Segunda serie.—El «*prosedimiento*». (Tercera edición.)

Tercera serie.—«*Garrafón* en el convento». (Tercera edición.)

Cuarta serie.—La vida «*se*» es sueño. (Segunda edición.)

Quinta serie.—El «*negosio*» de doña «*Fransisca*». (Segunda edición.)

Sexta serie.—*Mari-Cata*. (En preparación.)

NOVELAS VASCAS

Calabazatorre.—(Segunda edición.)

Carmenhu.—(Segunda edición.)

«*Begui-Eder*» (Nuestra Señora de los Ojos Hermosos. (Segunda edición.)

Doña Tonelada. (En preparación.)

TEATRO

Tomo primero:—*Trenzas de oro*.—*Lo que une*.—*La ro-
manza del vivir*.—*El sanatorio*.

AL LECTOR

Agotadas hace años las dos primeras *Novelas Vascas* de Aranáz Castellanos, CALABAZATORRE y CARMENCHU, publicadas primeramente bajo el título de *Estudios Novelistas*, esta Editorial, a la que constante y progresivamente venían llegando, desde largo tiempo, insistentes pedidos de los incontables lectores de Aranáz Castellanos para que CALABAZATORRE y CARMENCHU se reimprimiesen, ha conseguido, 'por fin, del ya consagrado autor de BEGUI-EDER (NUESTRA SEÑORA DE LOS OJOS HERMOSOS), su autorización para las nuevas ediciones que hoy ofrecemos al público, y su permiso, también, para incluir CALABAZATORRE y CARMENCHU en la serie de *Novelas Vascas* originales del gran escritor, a quien *Andrenio*, en reciente artículo encomiando la memoria de *Figaro*, Mesonero Romanos y Estébanez Calderón, ha

proclamado como el primero de los costumbristas modernos.

Ya tienen, pues, los devotos del creador inimitable de los *Cuadros Vascos*, corregidas por Aranáz Castellanos a ruego de esta Editorial, las ediciones tan reclamadas de CALABAZA-TORRE y CARMENCHU, novelas ambas que, indudablemente, son un reflejo exacto, mejor dicho, una copia interesantísima y deliciosa, un verdadero documento artístico para la generación presente y las venideras, de la vida de la capital de Vizcaya en los fines del pasado siglo y comienzos del que corremos.

No en balde calificó Blasco Ibáñez a Aranáz Castellanos, a raíz de su visita de estudio a la Villa Invicta, con el justísimo título de *El gran pintor literario de Bilbao*, tan formidablemente robustecido luego por el fecundo y triunfador maestro costumbrista.

EDITORIAL MARINEDA

Madrid, junio 1925.

M. Aranáz Castellanos

Calabazatorre

NOVELA VASCA

=====
SEGUNDA EDICIÓN
=====

Fondo bibliográfico
Dionisio Aldarejo
Biblioteca Pública de Soria

2395

MADRID
Editorial Marinada.—Alejandro Pueyo
GRAN VÍA, 16
1923

Es propiedad.
Derechos reservados
para todos los países.
Copyright by, M. Ara-
náz Castellanos, 1923.

SINFONÍA

EN LA TERRAZA

La clamorosa sirena de un buque inglés que, cargado de mineral de hierro hasta la línea de flotación, cruzaba en aquel momento bajo el airoso puente *Vizcaya* con rumbo al mar, apagó durante un instante la gritería que se alzaba de los muelles de Portugalete y Las Arenas, ocupados desde hacía largo rato por un abigarrado gentío en cuyos mil colorines jugueteaban pintorescamente los rayos ardientes del sol.

Casi en el centro de la ría y balanceándose a merced de las ondas, cien pequeñas embarcaciones, engalanadas vistosamente, rodeaban al empavesado remolcador *El Siglo*, el cual, virando en redondo con marcada lentitud, mostraba al público de ambas orillas un largo ma-

dero enclavado en su proa a modo de bauprés, por el que se lanzaban con ciego frenesí los nadadores de todas formas, colores y tamaños, vestidos con taparrabos humildísimos, que desde hacía media hora se desgañitaban por conquistar las veinticinco pesetejas prometidas al vencedor en tan interesante pugilato.

Los ridículos equilibrios de aquellos hombres sobre la inestable cucaña; los ruidosos chapuzones que sufrían al resbalar en el sebo con que el madero estaba cuidadosamente embadurnado, y las socarronas carcajadas a que tan divertido espectáculo daba lugar, tocaban ya a su fin.

Un joven marinero, robusto como un elefante y velludo cual un oso, de quien luego se dijo que había estado *en la máquina* restregando sus pies contra el carbón, avanzó rápida y resueltamente por la cucaña; aproximóse a la banderola roja que, allá en la punta, ondulaba a impulsos de la suave brisa de la tarde; la arrancó bruscamente, y, después de agitarla en el aire con orgullo indecible, arrojóse al agua de cabeza, desapareciendo por unos segundos bajo la verde superficie.

Cuando cinco minutos más tarde apareció el

victorioso marinerote sobre el puente de *El Siglo*, oyóse estallar una salva de aplausos en los muelles de las dos orillas, y mientras los silbantes cohetes atronaban con sus estampidos el espacio, las bandas de música de Portugalete y Las Arenas, preparadas ya en sus respectivos quioscos, rompieron a tocar valientemente, lanzando al aire los acordes vigorosos de un alegre paso doble.

Mil chiquillos, completamente desnudos casi todos ellos, se lanzaron entonces de los botes al agua, y, nadando rápidamente hacia los costados del remolcador, comenzaron a pedir con escandalosa algazara que les arrojasen los patos anunciados, aquellos patos, tan feos y tan flacos, en los que soñando estaban desde hacía una semana.

Mientras tanto, en la elegante terraza de un precioso *chalet* de Las Arenas, Marichu Zornoza y Luisa Echévarri reían a carcajada tendida el chiste que su amiga Julia Calabazatorre, la única hija del opulento ricacho D. Cirilo, rubia espléndida de ojos picarescos y labios incitantes, acababa de improvisar a propósito de un pobre diablo, a quien, por casualidad inesperada, no había atropellado un carruaje del tran-

vía eléctrico, que, marchando a toda velocidad, llegaba de Bilbao en aquel instante.

—Me agrada esta terraza del *chalet* de papá —añadió Julia, después que Marichu y Luisa cesaron de reir— porque desde aquí se divierte una a costa de todo el mundo.

Y abandonando la butaca de paja en que se hallaba, paseó su mirada por el muelle de Las Arenas, repleto entonces de veraneantes domingueros venidos de Bilbao; volvióse luego hacia sus amigas, a quienes una doncella servía unos deliciosos mantecados con barquillos, y preguntó burlonamente:

—¿Sabéis quién está paseando por ahí?...

Encogieronse de hombros las interrogadas, no precisamente por ignorar lo que debían de responder, sino porque se hallaban saboreando los sorbetes con las boquitas completamente llenas, y viendo Julia que no contestaban, continuó diciendo:

—¿No adivináis de quién se trata?... Pues, voy a sacaros del apuro. Se trata nada menos que del pollo solitario, ese muchacho de fuera que, además de un empleo de diez mil reales en la Delegación de Hacienda, tiene rotos los zapa-

tos por la suela y muy brillante cierta parte del pantalón.

—¡Jesús, hija!...—exclamó Luisa Echévarri, después de limpiarse los labios con una servilletita primorosamente bordada—¡En qué cosas te fijas!...

—Es porque el otro día me hicieron daño en la vista los rayos que reflejaba el sol en un espejo...

—¿De luna?

—No, de seda vieja. Debe de ser algún remiendo que le ha echado su patrona.

—Escucha, Julia—interrumpió la mofletuda Marichu Zornoza, al paso que mordía un barquillo.—¿Y es de tan buena familia como dicen?...

—Sí... Todos los que vienen de fuera cuentan que son de buena familia.

—Es que a mí, no sólo me han asegurado eso, sino que me han dicho que es muy ilustrado y que tiene mucho talento.

—¡Ya lo creo!...—replicó la hija de Calabazatorre—¡Como que gana diez mil reales!

Echáronse otra vez a reír sus amigas, y ella, animada al ver que celebraban sus chistes, hízolas asomar a la balaustrada, comenzando lue-

go a biografiar burlonamente a todas y cada una de las personas que paseaban entonces por el muelle.

—¿Véis aquellas tres *demoiselles* de pueblo tan flacuchas y tan pintarrajeadas?... Pues, según me ha contado hoy papá, estuvieron ayer mañana sentadas más de una hora, allá en el *Boulevard*, viendo cómo el autor de sus días tomaba una zarza. Total de gasto: treinta céntimos entre los cuatro.

—¿Y quién es ese tan gordito y tan enano?...

—¿Ese?... Un propietario de Algorta, muy económico, que tiene tanto talento como tripa. Con deciros que hace dos meses, cuando el temor a que viniera la escuadra yanki, pintó su casa de verde...

- ¿Para qué?...

—¡Para que la confundiesen con la hierba y no la bombardearan!

—¡Qué lástima!...—interrumpió Luisa Echegarri, al cabo de un rato, mirando hacia la ría— ¡Ya se han concluido los patos!...

No hizo mucha gracia la interrupción a Julia, porque estaba entonces contando varias cosas graciosísimas de la señora de un vista de Aduanas, que andaba siempre muy cursilona, y

cuando ya se disponía a soltar a Luisa una fresca de las que sabía plantar tan a maravilla Marichu Zornoza, señalando con el dedo entre la gente, exclamó:

— ¡Allí viene Guadalupe Castillejos!...

— Esta es también de muy buena familia... — murmuró Julia.

— No te burles de la pobre Guadalupe, que no lo merece — replicó Marichu, a quien gustaba de cuando en cuando meterse a redentora. — La desgraciada tiene derecho a que tú la correspondas.

— ¡Ya lo creo!... Como que tal vez estuviera tan rica como yo si sus padres no hubiesen muerto. ¡Una penal!...

Y bien que pena. A mí me da mucha, la verdad, porque es o de vivir desde hace seis años con una tía que la tiene siempre metida en la Iglesia... En fin, que no me gusta que hables mal de ella.

— ¡Pero, por Dios, Marichu!... ¿Qué te has pensado?... ¿Que yo no quiero a Guadalupe?...

— No digo tanto...

— Pues, estás equivocada, porque la quiero y la compadezco mucho. Lo único que me disgusta es su melancolía, su timidez para todo, el

que se enfade conmigo cuando ve que me burlo de alguien... Pero, aparte de eso, la tengo por una de mis mejores amigas, tal vez por la mejor... Como que hemos estudiado juntas y ha sido siempre la que más confianza ha tenido en mí...

—Mira, ahí pasa otra vez el de los diez mil reales...—interrumpió de nuevo Luisa Echévarrri.

—Pero...—repuso Julia, alegrándose de tener un pretexto para cambiar de conversación—¿no decías que se habían concluido los patos?...

—¡Calla!—exclamó Luisa sin hacer caso de la pregunta.—¡Y va con Pepe Gamborena!... ¿Cómo se habrán hecho amigos?...

—Se le acercaría a pedirle dinero para comprar otros pantalones...

—¡Pues, a buena parte ha ido!...—dijo Mari-chu, riéndose—No va a llevarse mala tomadura de pelo.

—¡Claro!... replicó Julia.—A Pepe no puede hacerle gracia que se le pegue ése.

Y cambiando de tono, agregó con amabilísimo acento:

—Ahora que viene Guadalupe... ¿queréis tomar otra cosa?...

—Muchas gracias—contestó Luisa,—no tengo ganas.

—Pues, yo, Julia—apresuróse a decir Mari-chu—no soy amiga de hacer desaires, Conque, manda traerme unos dulces para hacerla compañía mientras toma su heladito.

La hija de Calabazatorre apretó el botón de un portátil y apareció la doncella, una vascongada de nariz larga y barbilla muy saliente, pero guapota y apetitosa, cuya cabeza hubiera podido confundirse con la de un mocetón del campo, a no ser por lo voluminoso del peinado y por sus deslumbradores pendientes de *brillantes*.

—Traiga Ud. otro mantecado y otro platillo con dulces—ordenó Julia secamente—y haga subir a la señorita Guadalupe.

Poco después, la de Castillejos, seductora morena de gallardo busto, hermosa cabellera de azabache peinada con artístico descuido, y rostro graciosamente ovalado en el que brillaban como dos luceros dos ojos garzos muy grandes, apareció en la terraza sonriendo con dulzura, y luego de besar una tras otra a sus tres amigas, sentóse junto a un velador, cruzó

las piernas con gentil desenfado, y dijo cariñosamente:

—Supongo, Julia, que me perdonarás el que haya llegado tan tarde. Me ha llevado mi tía Agueda a ver unas monjas que han venido a fundar en Bilbao, no he podido alcanzar el tranvía de las tres y media, y...

—Traes un vestido muy bonito...—dijo Luisa a Guadalupe.

—¿Quién te lo ha hecho?...—preguntó Mari-chu.

—Yo misma a ratos perdidos.

—¿De veras?...

—No es ninguna obra de romanos.

—Pues, te ves muy elegante.

—Porque la alpaca gris me favorece mucho.

—¡A mí sí que me está tomandó el pelo mi costurera!—exclamó Julia.—Tiene una seda desde hace cuatro días para hacerme una blusita de playa, y con el pretexto de que su padre está enfermo y tiene que atenderlo... Lo que es si tarda un par de días más, le quito la tela y se la doy a otra.

—¡Por Dios, Julia!...—murmuró Guadalupe—No parece sino que no tienes otras blusas...

Al poco rato, la conversación decayó tanto

que Marichu Zornoza, inclinándose al oído de Julia sin que Guadalupe lo notara, dijo en voz muy baja:

—Tenías razón, mucha razón... Nadie puede divertirse con ella... Está siempre tan triste y tan pensativa...

Y levantando la voz, añadió alegremente, al paso que cogía del platillo de dulces la última yema:

—¡Vaya, voy a tocar el piano!... Es preciso que os animéis un poco... ¡Ni que estuviérais pensando en vuestros Tenorios!...

—¡Uff!...—repuso Julia, dándose aire con un abaniquito.—¡Menuda tarea si fuera a pensar en todos ellos!...

—Yo, gracias a Dios, no tengo que pensar más que en tres—dijo Luisa con fingida modestia.

—¡Y yo—exclamó triunfalmente Marichu Zornoza—en media docena!...

—¿Confiteros los seis?...—murmuró Julia con ironía.

No quiso Marichu darse por aludida, y, dirigiéndose a la de Castillejos, preguntó haciendo ademán de marcharse:

—Y tú... ¿en cuántos?

—En mí—respondió Guadalupe con sencillez—no piensa nadie.

—¡Qué majaderos, pero qué majaderos!...—prorrumpió Julia con fingido enojo, apenas se hubo marchado Marichu.—¡Si se creerán que has nacido para vestir imágenes!...

—Tal vez.

—Pues, no te apures. Yo voy a proporcionarte uno que vale por veinte.

—¡Hola, hola, hola!... Sepamos quién es.

—De la *high-life* forastera.

—¿Sus señas?...

—Ahí le tienes...—respondió Julia señalando por entre las columnas.—Ese que está paseando con Pepe Gamborena.

—¡Todavía!...—refunfuñó Luisa — ¡Valiente lata se está llevando el pobre Pepel!...

Miró Guadalupe hacia el muelle, vió al joven que le indicaban, y dijo sonriendo a Julia:

Te doy las gracias. Parece un muchacho fino y simpático.

—¡Y que tiene un gran destino!...—agregó socarronamente la de Calabazatorre.—¡Un destino magnífico!...

En aquél momento llegaron hasta la terraza los acordes del piano que Marichu Zornoza

había comenzado a tocar en un gabinete próximo, echáronse a reír Julia y Luisa presintiendo que la pianista no tardaría en perturbar el espacio con sus gorgoritos... de gato agonizante, y después de recomendar a Guadalupe que no tuviera tanta calma y concluyese pronto el sorbete, se enlazaron con los brazos por las cinturas y marcháronse a toda prisa, como si el coco de la tristeza las persiguiera.

Guadalupe, entonces, se levantó de su asiento, apoyóse con indolencia en la balaustrada de la terraza, y, entornando un poco los ojos, miró en su alrededor.

Hacia la izquierda, los hornos altos de las fábricas de hierro de Sestao, lanzando furiosos sus rojizas llamaradas; el humo denso y negruzco que vomitaban las gigantes chimeneas; la plomiza superficie de la ría, sombreada en puntos diversos por buques de grandes palos y obscuro colorido, y los lejanos montes del fondo, vagamente velados por una niebla de blanco sucio, constituían un paisaje tan digno de estudio como tristón y melancólico.

Frente por frente, adornado en lo alto por el cielo azul y en su primer término por el agua esmeraldina, otro paisaje también humano, pe-

ro más simpático: la coquetona y pintoresca villa de Portugalete, ese pueblo veraniego de amplio muelle alegrado por graciosas construcciones, en cuya plaza bailaba bulliciosamente el proletariado a los sonos del tamboril y del *chistu*.

Y hacia la derecha, el paisaje divino, la belleza sin mancha, el sol de Agosto, que escoltado en su huida por caprichosos celajes de espuma y semejante a un gran globo de brillantísimo rubí, parecía encender con sus rayos la falda del escarpado Serantes, al esconderse lenta y majestuosamente, allá por donde el mar concluye...

LA BOLSA... O LA VIDA

En el *Boulevard*, como pomposamente llaman los bilbainos a una acera de cuatro metros de anchura, escatimados por la fila de mesas y sillas con que la explota el Café Suizo en su parte más frecuentada, reinaba aquella mañana extraordinaria animación.

La gente de negocios, que es la que monopoliza tal paraje estorbando el tránsito con los numerosos grupos que forma, bullía nerviosamente de un lado para otro, tropezando, empujándose, repartiendo pisotones a diestra y siniestra, sin cuidarse, por aquello de que estaban trabajando, de volverse al pisoteado y decirle:

—Usted dispense.

Obedecía tan agitado movimiento a ser la hora en que llegaban las primeras cotizaciones

de la Bolsa de Barcelona, norma para casi todos los bolsistas bilbaínos del cómo operar por el momento con firmes esperanzas de éxito, razón por la cual, aún el que ya tenía en su bolsillo el salvador telefonema, procuraba hacerse el ignorante, preguntando con interés perfectamente fingido:

—¿Conoce Ud. algo de Barcelona?...

Mientras tanto, los corredores y agentes que aquel día no habían recibido órdenes de su clientela, trinaban por parejas contra la escasez de negocios, echando la culpa de ello a los norte-americanos, a los tagalos, a los cubanos, al reciente desastre de la escuadra de Cervera al barrer para adentro de los políticos españoles... y a Perico el de los palotes.

Algunos de ellos, cansados de quejarse en vano y convencidos de que por mucho que se lamentaran no les lloverían corretajes del cielo, sentábanse ante las mesas exteriores del café, tocaban las palmas, llegaba el mozo, le pedían un periódico, y dedicábanse a comentar los telegramas de Madrid, confiándose en voz baja y muy seriamente lo que ellos harían para resolver la peliaguda crisis por que atravesaba el país.

Otros, más amigos de oír hablar que de charlar ellos mismos, danzaban de corrillo en corrillo, escuchando en todos la misma cantinela y relamiéndose de envidia al ver que no faltaban buenos negocios en la plaza.

—¡Doy Exterior!

—¡Compro Cubas Nuevas!

—¡Quién quiere Viejas!

—¡Aduanas a cotización!

Y los que no se dedicaban a operar en valores y habían ganado ya, a fuerza de recorrer al trote largo dos docenas de escritorios, unas cuantas pesetas negociando cheques de libras o francos, especulación en su apogeo entonces por la extraordinaria subida de los cambios, entreteníanse en admirar a las *transeuntas* o en echar un párrafo, por supuesto no de asuntos del oficio, con alguna que otra vendedora de periódicos.

—Mire Ud. qué morenita más graciosa...— decía un corredor, guiñando el ojo a un agente con cara de paquidermo.

—¿La que baja por el puente?...

—La misma.

—Vale más esa rubia que ha mandado parar al tranvía.

—¡Phs!... ¡Valiente cosa!... ¡Tiene más lios que yo canas!...

—¡De veras! —exclamaba el otro con acento indignado.— ¡Parece mentira!...

—¡Me consta!

—¿Y dónde... dónde vive?...

—En un pisito que le ha puesto Claudio Zúgasti.

—¡Pero ese memo está tirando el dinero!

—¡Como le cuesta poco el robarlo!

—Pues, que me venga diciendo otro día que le haga algún negocio franco de corretaje y verá usted a donde le envío.

—¿A dónde?...

—Al pisito.

Poco antes de las once, la hora en que agentes y corredores abandonan el *Boulevard* para trasladar la función durante un rato al *espacioso* local de la Bolsa en la Plaza Nueva, llegó desde Las Arenas, en un landó arrastrado por dos caballos de mediana estampa, D. Cirilo de Calabazatorre, hombre de peso, tanto por sus abundantes carnes como por las abultadas y riquísimas alhajas de que iba cargado.

—¡Ahí viene el rey de los indianos!—exclamó un corredor.

—¡Valiente rey!—añadió otro.—Increíble parece que tal zángano haya podido hacerse millonario.

—¡Cuestión de suerte!... Si no hubiera sido por las monedas de oro que amontonó en América, sabe Dios cómo, y por esas minas que tanto le han producido y de las que se hizo propietario por una casualidad, seguiría hoy, como hace treinta años, cargando baúles y maletas en todas las diligencias y carricoches.

—Pero ¿es verdad eso?...

—¡Ya lo creo!... No hay más que echarle un vistazo para conocer los puntos que calza... y los bultos que ha llevado a cuestas. Fíjese usted en su cabeza. Parece una patata muy grande con dos tomates por carrillos y un cepillo de botas en lugar de bigote. Lo que es él, levá con orgullo su apellido porque dice que es noble, pero aunque lo de noble no sea cierto, lo de bien puesto... Mírele Ud. bien. Es un animal en toda la extensión de la palabra, un buey completo.

—Creo que no sabe escribir, eh?...

—Pero sabe firmar y con eso le basta.

Y cuando el padre de Julia pasó junto a ellos marchando con paso perezoso, pues por ser

muy patizambo y estar perdido de juanetes no le era permitido andar de otro modo, los dos corredores echáronse mano a sus sombreros y le saludaron diciendo muy afectuosamente:

—¡Adiós, querido D. Cirilo!...

En aquel instante, Claudio Zugasti, guapetón e inteligentísimo zurupeto de Bolsa que a primera vista no se hacía muy simpático, y a segunda idem tampoco, salió del Café leyendo un telefonema de Barcelona, y, al divisar a D. Cirilo, guardóselo antes de que aquél hubiese tenido tiempo de reparar en la existencia del papelucho amarillo.

—¡Hola, ilustre D. Cirilo!—exclamó tendiendo la mano a Calabazatorre—¿Usted por estos sitios?...

—Acabo de llegar ahora mismo en mi carruaje y andaba buscándole a Ud.

—¿Para algún negocio?...

—Sí, desearía largar un poco de Exterior, y como vendiéndolo sin que intervenga un agente me economizo el corretaje, quería encontrar a usted para ver si arreglamos la cosa entre los dos.

—¿Tiene Ud. noticias de Barcelona?...

—No, pero me parece que debe de venir bajando.

—Eso mismo me acaban de asegurar a mí.

Y Claudio Zugasti, a quien el telefonema de Barcelona había asegurado todo lo contrario, es decir, que venía subiendo, cogió por un brazo a su buen amigo don Cirilo, y comenzó a pasear con él a lo largo del *Boulevard*.

—No, hombre, no puedo pagarle a Ud. tanto... —decía poco después al padre de Julia. —Es un cambio imposible...

—Considere Ud. que ayer se cotizó en Madrid a 63,40...

—¡A mí qué me importa Madrid!... ¿No ha dicho Ud. ahora mismo que Barcelona viene bajando mucho?...

—¿Mucho?... Vaya, pues rebajo diez céntimos.

—¿A 63.30?..., ¿Qué títulos son?...

—Exterior. Dos de 24.000 pesetas.

—¿Títulos grandes?... No me convienen... Pero... En fin, si me los da Ud. a 63 redondos, cierro la operación.

—Muy bajo me parece...

—Le advierto a Ud. que dentro de un rato tal vez no pueda pagarle más que a 62 y medio.

—Bueno, cerraremos a 63.

—Para liquidar mañana temprano, eh?...

— Conforme.

Y satisfecho entonces Calabazatorre del negocio hecho con su amigo Zugasti, a quien creía haber engañado o poco menos, hizo con él lo que sólo en muy contadas ocasiones hacía. Convidarle a tomar un *vermouth*.

—Conque ¿qué tal por Las Arenas?...— preguntó Claudio luego que el mozo les hubo servido.—¿Se divierte mucho la gente joven?...

—¡Oh!... Este año se han salido de madre. Casi todos los días tienen bailes. Unas veces en el Establecimiento... Otras en el balneario de Portugalete... Nada, que lo que es mi hija y su cuadrilla están dándose gusto...

—A propósito... ¿Es amiga de Julia una tal Guadalupe?...

—¿Guadalupe... No recuerdo...

—Una morena...

—¡Sí ya caígo!... La otra tarde estuvo en casa viendo las cucañas.

—Me gusta... Es buena hembra...

—¿Pero... no habíamos quedado en que yo hablaría a Julia?...

—¡Claro que sí, hombre!... Además, no crea

Ud. que iba a ser tan tonto. Demasiado sé que esa muchacha no está en buena posición.

—¡Ni mucho menos!... Casi estoy por decirle a Julia que no se junte más con ella...

Un agente de Bolsa que llegaba todo presuroso, acercóse con misterio a Zugasti, y, sin pedir permiso al otro por la faltilla de *politesse*, le dijo en voz baja:

—¿Tiene Ud. Exterior?...

Se levantó Claudio, apartóse a un lado con el agente, y le respondió con afectada indiferencia:

—Sí... Tengo dos títulos de 24.000... Pero, francamente, no estoy muy animado...

—Se los pagaré a Ud. con diez céntimos sobre la cotización de Madrid.

—¡Quiá, hombre!... ¡Si viene subiendo mucho Barcelona!...

—¡Ah!... Ya se sabe...

—¡Claro!... Conque si no me paga Ud. veinte céntimos más de lo que ofrece...

—Es mucho...

—Pues, bueno, no importa. Precisamente estoy tratando del asunto con D. Cirilo.

—¿Cuánto paga?...

—Cinco céntimos menos de lo que pido.

—Vaya, pues yo se los pagaré a Ud. a 63'70. es decir, con treinta sobre cotización. Es un encargo que tengo y no puedo dejar de cumplirlo.

—Por supuesto, sin corretaje, porque de lo contrario...

—¡Hombre!... En fin, como son para mí, puedo hacerlo.

Y antes de volver al lado de Calabazatorre, Claudio Zugasti, sonriendo burlescamente, murmuró entre dientes:

—Compradas 48.000 a 63... Vendidas a 63,70... Total, 70 céntimos a mi favor... Unas trescientas cuarenta pesetas...

Luego, con el rostro un si es no es compungido, regresó a la mesa donde le esperaba Calabazatorre, diciendo:

—¡Me han tomado el pelo!

—¿Por qué?...

—Había dado orden a este agente de que me vendiera cien mil pesetas Amortizable, las vende, y resulta luego que Barcelona viene subiendo. Ahora me lo ha dicho.

—Pues... ¿no decían que bajando?...

—¡Trampas de esta gentuza!

—¿De modo que a mí también me han pillado?..

—Sí, hemos tenido hoy bastante mala pata. Está visto que no puede uno fiarse de lo que se dice en la plaza. Es necesario ver los telefonemas para poder hacer algo.

—Lo que es conmigo ha hecho Ud. un buen negocio.

—No me compensa lo perdido en el Amortizable.

Regresaban entonces de la Bolsa los corredores y agentes, comenzaban a pasear por el *Boulevard* los indianos que salen al mediodía de sus casas para tomar el fresco en aquella acera, enterarse de paso de los negocios hechos en la mañana y organizar el paseo y la merienda para la tarde, y cuando las mesas exteriores del Café se llenaron de parroquianos, la mayoría de los cuales no tomaban nada, empezaron de nuevo a formarse corrillos en los que se repetía por milésima vez, a pesar de haberse ya dicho en Bolsa hasta la saciedad, la canción a varias voces:

—¡Vendo Ayuntamientos!

—¡Compro Tabacos!

—¡Quiero una Filipina!

—¡Tengo un Interior.

Y en tanto que la gente de negocios alborotaba en la acera, gesticulando y dando vueltas de acá para allá, los periodistas del arroyo, persiguiéndose unos a otros en la esquina de la calle del Correo y en los bancos más próximos del Arenal, imitaban el juego, sin saberlo ellos, al gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡*El Imparcial!*

—¡Ahí va el *Heraldo!*

—¡Compro *La Corres!*

—¡*Liberal* aquí!

Algo más tarde, las campanas de la Iglesia de San Nicolás, cuyo grave sonido al tocar el Angelus casi era apagado por el de la campanilla del tranvía eléctrico y por el ruido de los carros y coches que en confuso tropel se cruzaban en todas direcciones, recordaron a Calabazatorre, quien había visto descubrirse y rezar a varios caballeros, que era ya tiempo de partir para Las Arenas, y luego de echar en su copa un poco de agua para apurar las gotas de *vermouth* que en el fondo quedaban, levantóse diciendo a Zugasti:

—Hoy mismo, mientras comamos, pienso hablar a Julia de nuestro asunto.

—Prepare Ud. antes el terreno, amigo don Cirilo, porque aunque supongo que la cosa no le disgustará....

— ¡Y aunque le disgustara!

—Muchas gracias. Por lo demás, ya Ud. sabe que a fuerza de trabajar honradamente lograré duplicar mi capitalito, y que acabo de cumplir los cuarenta, la mejor edad para ser todo un buen marido.

Después, dirigiéndose a uno de los mozos preguntó:

—¿Cuánto vale esto?...

—Una peseta.

—Déme Ud. cincuenta céntimos, don Cirilo.

—No, hoy no pagamos a escote—respondió Calabazatorre.—Ya le dije a Ud. antes que le convidaba yo.

Y sacando una peseta y una moneda de diez céntimos, cosa que extrañó mucho a Zugasti, porque el opulento don Cirilo no tenía la costumbre de dar propina, se las entregó una tras otra al camarero, añadiendo:

—Esto es lo del *vermouth*. Y esto.... para que me traigas del estanco una caja de cerillas.

EL POLLO SOLITARIO

Los vaporosos y pintorescos vestidos de verano con que, allá en sus *chalets* de Las Arenas, se habían engalanado coquetonamente las muchachas de la *crème*, para bailar aquella noche en el salón del balneario de Portugalete, hacían comparable el transbordador del puente *Vizcaya*, en el que ya se hallaban todas ellas esperando a que *el hombre de la corneta* diera la orden de marcha, con un gran canasto suspendido del cielo y lleno hasta los bordes de claveles, nardos y rosas.

Una carreta de bueyes, subiendo penosamente por la rampa que desde el camino real da acceso al transbordador, interrumpió con el chirrido de sus ruedas las animadas conversaciones que aquellas jóvenes sostenían con los *pollos* que las acompañaban, y cuando ya las bellas pasajeras y sus galanes se replegaban

contra los costados del *canasto*, para dejar libre el centro a la carreta, Marichu Zornoza, que se hallaba a la entrada del transbordador, exclamó llevándose el pañuelo a las narices:

—¡Jesús, qué peste nos traen aquí!...

—¿Qué es?...—preguntaron a un tiempo varias voces.

—¡Estiércol, hijas, estiércoll!...

Un clamoreo inmenso se alzó entonces de aquella turba femenil empapada en esencias y perfumes, y al penetrar el carretero en el transbordador, con la *quiña* al hombro y una mano sobre la piel de carnero que cubría las cabezas de sus bueyes, los pasajeros que componían el sexo fuerte creyéronse en el deber de plantar unas cuantas *frasecitas* al pobre hombre, para vengar de algún modo la molestia que causaba a las damas con su inoportuna presencia.

—Si no me tendría prisa por llegar a casa y habría sabido que les molestaba el olor éste—repuso el carretero—como a mí esos otros que ustedes tiran tanto... tal *ves* me habría *esperao pa* el otro viaje.

—En medio de todo—exclamó Marichu Zornoza, viendo que los del sexo fuerte se habían debilitado—es un hombre galante.

En aquel momento sonó la corneta que daba la orden de partida, y el transbordador, apartándose del muelle, emprendió con su carga de *crème* y estiércol el paso de la ría, siendo recibido en el muelle de Portugalete por otra turba de bailarines, que hacía rato esperaba con impaciencia a los de Las Arenas.

—No les choque a Uds. que olamos mal—dijo entonces Luisa Echévarri, saludando a Juanito Basterrechea y Joaquín Echaluze.

—¿Pues?—preguntaron los dos jóvenes, descubriendo sus cabezas embadurnadas de cosmético.

—Hemos venido acompañadas por una carreta cargada de estiércol y nada de particular tendría que se nos hubiera pegado algo del perfume.

—¿De modo, bellísima Luisa—interrompió Daniel Sorriqueta, abullonándose con ambas manos su corbata de plastón—que han tenido la buena idea de querer abonarlas a Uds?

—Estamos abonadas ya—replicó vivamente la interrogada.—Platea veinticuatro.

Y corriendo hacia Marichu Zorzona, sin hacer caso de Julia Calabazatorre y Guadalupe Castillejos que la llamaban desde un grupo,

colgóse de su brazo y la dijo con aire misterioso:

—¡Pero, que melón es Sorriguetal... ¿Sabes la que acaba de soltarme?... ¡Sin duda se ha creído que porque lleva un cuello de media vara de altura y los pantalones arremangados para enseñar bien los calcetines que le han traído de Londres, puede permitirse insultar a todo el mundo!

—Es muy famoso—replicó Marichu—¡Si supieras lo que me dijo ayer a mí porque le pregunté si le gustaban los niños!...

Poco después, atravesaba aquel montón de *pollas* y *pollos* la galería exterior del balneario, abandonando en ella a las mamás y otras personas de respeto, e invadía el salón de baile, una habitación no muy grande amueblada con media docena de divanes forrados de hilo crudo y algunas sillas de cervecería o taberna con pretensiones, alborotando y riendo a carcajada tendida.

El rústico barquichuelo, que cual ofrenda religiosa pendía del centro del salón, balanceábase suavemente.

—¡A ver!—empezó a gritar, dando palmadas, un pollo pequeño, rechoncho y chato, a quien

llamaban *Taponcito* y que estaba de moda entonces por los buenos negocios que con la subida del carbón había hecho su padre—¿Dónde anda el músico?...

— ¡Servidor!...—respondieron desde una esquina.

Luego, mientras que a los compases de un vals de *Waldteufel* se lanzaban algunas parejas al centro del salón, la señora de Echévarri, juntamente con otras mamás de su intimidad, se acomodó en uno de los bancos exteriores, quitóse los guantes, porque como le sudaban las manos aquello la fastidiaba mucho, y comenzó a decir, al paso que se acariciaba con el dedo meñique una de las ventanas de la nariz:

—Supongo que no sabrán Uds. lo de Julia Calabazatorre...

—¿Qué?... ¿Lo de la boda?...—interrogó otra mamá que estaba embarazada y tenía ambas manos cruzadas sobre el vientre.

—¡Ahl... ¿Pero lo sabe Ud. doña Javiera?...

—He oído algo...

—Pues yo les contaré a ustedes todo, a condición de que no lo repitan por ahí, porque como me han confiado el secreto...

Casi al mismo tiempo, Marichu Zornoza, re-

bosando de satisfacción por tener noticias que comunicar a sus amigas Elena Iturria y Jesusa Gatica, refería en voz muy baja, medio sentada en una de las ventanas que dan a la galería, que don Cirilo había hablado a su hija de una buena proporción; que el marido en ciernes había sido presentado ya a Julia; que comería en su casa dentro de unos días; que Calabazatorre daba a su hija tres millones de dote, y que, según parecía, estaba el novio muy enamorado...

—¿De los tres millones?...—preguntó Elena Iturria.

—¡No, mujer, de ella!... Me parece que Julia es capaz de entusiar a cualquiera... que no la conozca.

—¿Tú también la criticas?...

—El que a hierro mata a hierro muere. ¿No dice ella de mí que parezco un barrilillo de aceitunas y que tengo voz de caña rota?...

—Y otras cosas peores que tú no sabes y que no te gustarían si las oyeras —replicó Jesusa Gatica.

—A ver... cuéntamelas...

Pero Luisa Echévarri, que valsando con Marianito Irigoyen pasaba en aquel momento por delante de las tres amigas, vino a interrumpir

la conversación que éstas sostenían, al decírlas con gesto malicioso:

—¡Ahí tenéis al pollo solitario!...

—¿De veras?... —exclamaron a un tiempo. —
¡Vamos a verle!...

Y atravesando, cogidas del brazo, por entre las parejas que valsaban, fuéronse hacia el otro lado del salón, buscando al pollo anunciado.

—Es una barbaridad lo que ha hecho Pepe Gamborena —decía en tanto Juanito Basterrechea a su amigo Echaluze. —¿A quién se le ocurre traernos al salón un majadero como ése a quien nadie más que él conoce y de quien siempre se están burlando todas?...

—¡Si lo ha hecho para que nos divirtamos a costa suya!..

—¡Quiá!

—Como que ni le ha advertido que aquí venimos con traje de calle...

—¡Hombre!... Es verdad... Viene de *smoking*... Va a dar el golpe...

La voz chillona de una señora muy gruesa, que, a espaldas de los dos amigos, disputaba con otras damas de su linaje, diciendo a gritos:

—¡Pues, sí señora, hoy he comprado yo *merlusa* a nueve perras! —, puso fin a las consi-

deraciones de Echaluze y Basterrechea, sugiriéndoles la idea de largarse disimuladamente al *restaurant* inmediato, para reponer sus fuerzas con un par de *sandwichs* y una jarrita de cerveza.

—Voy a presentar a Ud.—decía entonces Pepe Gamborena al pollo solitario--a estas dos señoritas. La de la derecha es Julia Calabazatorre, uno de los mejores partidos que tenemos por aquí. La de la izquierda no es buen partido, ni mucho menos, pero es bastante agradable, y si Ud. lograra interesarla creo que se divertiría un poco, porque es de lo más romántica que darse puede.

Adelantóse Pepe Gamborena hacia Julia y Guadalupe, saludólas muy afectuosamente, murmuró luego en voz baja algunas palabras, y atrayendo por un brazo al pollo solitario, lo presentó diciendo:

—Mi amigo Gonzalo Valcárcel...

Se había concedido en aquel momento al pianista un rato de reposo, y al bullicio formado por los sonidos del piano, el rastrear de pies de los bailarines y las conversaciones de los que no danzaban, sucedió casi repentinamente un silencio sepulcral, en tanto que todas las mi-

radas se fijaban en Julia y Guadalupe y muy especialmente en el recién presentado.

Era éste un muchacho de 24 a 25 años, de cuerpo esbelto que realzaban su *smoking* admirablemente cortado y sus modales de aristócrata, color trigueño, ojos negros de mirar profundo, y boca pequeña y sonriente por entre cuyos labios asomaban unos dientes muy blancos contrastando con un bigotito del color del ébano.

—Tengo un verdadero placer en conocer a ustedes —dijo, haciendo una graciosa inclinación— y me consideraré muy dichoso si llego a conseguir que me distinguan con su amistad.

—¡Qué cursi!—murmuró Luisa Echévarri al oído de Marichu Zornoza.

—Como que es de fuera, chica.

—Y menos mal que no trae los pantalones de marras...

Un instante después hacíanse comentarios, en un grupo donde estaban reunidas Marichu Zornoza, Luisa Echévarri, Matilde Larrea y Elena Iturria, acerca de la primera *plancha* del pollo solitario en aquella noche memorable.

—Ha hecho muy bien Julia—decía Matilde

Larrea.—No faltaba más sino que se pusiera a bailar con un empleadillo de diez mil reales.

—Tal vez obedezcan sus nones—agregó Luisa Echévarri—a que piensa casarse dentro de poco.

—¡Pues, se va a divertir el niño!...—exclamaba Marichu Zornoza—¡Con seguridad que hoy todas le damos calabazas!

Y subrayaba el *todas* y el *damos*, al paso que se abanicaba con aire de importancia, porque sabía que a ella, al barrilillo de aceitunas, como la llamaba Julia, ni siquiera a un rigodón habría de invitarla el pollo solitario.

—Siempre comiendo pavo, siempre...

¡Con buena cara recibieron a aquel capitalista las cuatro amigas al serles presentado por Gamborena!..., Como que si no hubiera sido por el temor de hacer un feo a Pepe, ni aún se hubiesen dignado Luisa y sus amigas, *yo y vosotras*, como ella decía, inclinar la cabeza ante aquel intruso, cuyo *smoking*, a juzgar por el buen corte, no debía de ser propio sino prestado por algún amigo, tal vez por el mismo Gamborena, temeroso de que los famosos pantalones fueran a desgarrarse en el salón del balneario, dando lugar a un espectáculo poco *chic*.

Pero luego, haciendo de tripas corazón, domi-
náronse todas y procuraron aparecer correc-
tas, lo preciso nada más para cumplir.

—Después de todo, con no volver a salu-
darle...

Mientras tanto, Guadalupe, que no perdía de
vista a Gonzalo y que recordaba aún lo cobar-
de que había estado para replicarle, cuando
Valcárcel, después de ser rechazado por Julia,
le había dicho con cariñoso acento que a ella
no se atrevía a invitarla, porque suponía que
siendo tan bella tendría mil compromisos, acer-
caba sus labios al oído de Julia, y poniéndose
encarnada como una amapola, decía con voz
un poco velada:

—Es sangriento lo que están haciendo con
ese pobre muchacho. Casi estoy por ir a decir-
le que quisiera dar una vuelta con él.

—¡Jesús, qué disparate! — exclamó Julia —
¡Bonito papel harías!

—Pero es que...

Pepe Gamborena llevaba entonces a Valcár-
cel hacia el piano, invitándole afectuosamente.

—Sabrá, tal vez, alguna de esas polcas que
tocan los organillos—insinuó Julia.

Pero la profecía no resultó. Lo que Gonzalo

tocaba en aquél piano tan malo, que ahora parecía regular, era un vals deliciosísimo que nadie jamás había oído, y cuyos últimos compases fueron apagados por unos tímidos aplausos al ejecutante.

Acosado a preguntas de los bailarines para saber dónde lo había aprendido, Valcárcel respondió con sincera indiferencia:

—Es mío.

—¡Que lo repita!—dijo por lo bajo Matilde Larrea a Pepe Gamborena.

—Ud. perdone—apresuróse a replicar Gonzalo, que había sorprendido el aparte—pero desearía dar una vuelta de vals porque estoy poco menos que entumecido.

—¿De modo que lo tocará Ud. después?—preguntó Elena Iturria con ansiedad.

—Con mucho gusto...

Y dirigiéndose a Guadalupe, que acababa de acercarse al grupo, dijo sonriendo:

—Supongo que Ud. no me desairará...

La de Castillejos, por toda respuesta, hizo una cortesía, y, apenas el pianista se hubo sentado al piano, abandonóse en los brazos de Gonzalo, quien, demostrando entonces ser tan buen bailarín como compositor, despertó de

seos en todas las que antes le habían despreciado, de invitarle, si él no las invitaba, a dar aunque sólo fuese media vueltecita. Por esta razón, cuando el vals hubo concluido, Marichu Zornoza, acercándose a Gonzalo y dándole unas palmaditas en la espalda, como si toda su vida le hubiese tratado íntimamente, le dijo llena de satisfacción:

—¡Es Ud. el primer bailarín del mundo!..

Y Luisa Echévarri, pesarosa de haberse negado antes a bailar con él, creyó que podría conseguirlo ahora, diciéndole con tono muy cariñoso:

—Sin embargo, amigo Valcárcel, creo que a mí no me llevaría Ud. con tanta facilidad como a Guadalupe, porque como no soy tan ágil..

—Siento en el alma no poder demostrar a usted—respondió Gonzalo con el mismo tono—que para mí no constituiría eso obstáculo ninguno.

—¡A demostrarlo!—exclamó Pepe Gaborrena.

—¡Imposible!...—objetó Gonzalo—La señorita Echévarri me ha dicho antes que había decidido no bailar esta noche, y a pesar de que la he visto valsar constantemente, no quiero de

ningun modo empeñarme en disuadirla de su decisión.

Hora y media más tarde, la mamá de Elena Iturria decía a la de Jesusa Gatica, entre bostezo y bostezo:

—Pues, mire Ud. doña Ruperta. A pesar del choricito y del fote que me he comido antes de venir al baile, ya estoy deseando irme a casa para tomar el chocolate y meterme en la cama.

—En eso mismo estaba yo pensando. Precisamente tengo que madrugar mañana, porque es día de colada...

Circuló acto seguido la voz de ¡rompan filas!, envolviéronse las mamás en sus abrigos y las hijas en sus pelerinas y talmas; se levantaron los pollos el cuello de las chaquetas; encendieron después sus cigarros, y empujándose y repartiendo codazos, para no quedarse los últimos, fueron saliendo todos poco a poco a la galería por donde antes entraron.

El astro de la noche, que hacía rato plateaba las arenas de la playa, brillantando la blanca espuma de las olas que por ella resbalaban furiosamente, e iluminando el colosal pugilato sostenido entre el valiente muelle de Portugalete y las alborotadas aguas del mar, ocultóse

en aquel momento tras los negros nubarrones que se cernían en el espacio, borrando de la vista de nuestros personajes, al sumirlo entre las sombras, aquel cuadro de grandiosa y magnífica poesía.

Un marinero, que, sentado a horcajadas sobre el pretil del muelle, estaba esperando a que el baile concluyera, adelantóse hacia Sorrigueta, y, llevándose la mano a la boina, le dijo:

—Señorito Daniel... No sé qué cosa se ha estropeado en el *trasbordador* del puente... y no *funciona*. ¿Quiere usted que me prepare la barca para los que tengan que pasarse a Las Arenas?...

—¡Qué horror!...—exclamó Marichu Zornoza.— ¡Con lo agitada que está la ría!...

—Pues, hija, no hay más remedio...—replicó Luisa Echévarri.— A no ser que quieras pasar en globo.

—Sí, prepare Ud. la barca —dijo Sorrigueta al marinero.— Nos divertiremos un poco oyendo gritar a estas señoritas.

—¡Vaya una gracia!—prorrumpió enfadada aquella señora que había comprado merluza a nueve perras.— ¡Buenas me voy a poner las alpargatas!

—Pero... ¿viene Ud. con alpargatas, doña Restituta?—preguntó Matilde Larrea.

—Sí, hija, alpargatas negras—respondió la señora, alzándose un poquitín la falda para que Matilde se convenciera.—Porque tengo los pies perdidos de callos.

—Conque, ya lo sabe Ud.—dijo despidiéndose de la señora callosa otra que también los tenía.—El domingo que viene hay comunión del apostolado en la Residencia.

—Bueno, doña Simona, allí nos veremos—contestó doña Restituta.—El sábado por la noche pensamos ir a Bilbao.

Un cuarto de hora después, desatracaba de la rampa cercana a la estación del ferrocarril de Bilbao a Portugalete una gran barca, en la cual se había amontonado desordenadamente la *crème* de Las Arenas, juntamente con Gonzalo Valcárcel, y apenas comenzó a ser balanceada por las aguas, sus bellas tripulantes, atemorizadas por los mil apuros que habían ya sufrido en el acto de embarcarse, empezaron a entonar chillidos estridentes, que los de Portugalete coreaban con ruidosas carcajadas.

—Ahora, ahora verán Uds. la que arman en el otro lado—decía Sorrigueta, dando saltitos

de alegría—porque como es tan requetemala aquella rampa...

Y lo que vió la *crème* portugaluja, merced a la luna que había vuelto a reaparecer por entre los nubarrones, fué el resbalón y caída que al saltar a tierra dió una de las asustadizas navegantes, la enorme ola que amenazaba arrebatársela, y, casi al mismo tiempo, la figura de uno de los bailarines, que, dando un prodigioso brinco desde la embarcación, levantaba sobre su cabeza a la joven y corría rampa arriba, medio alcanzado ya por la rabiosa espuma de las aguas.

Contrato de compra-venta

Cuando el viejo Chómin, aldeano *pur sang* elevado a la categoría de jardinero por obra y gracia de don Cirilo Calabazatorre, concluía aquella mañana de regar los macetones colocados al pie de la escalera principal del *chalet* de su opulento amo, asomóse la doncella de Julia a la terraza, y después de llamarle varias veces dando grandes gritos, cosa necesaria porque Chómin era tan cerrado de oídos como de mollera, hízole señas con un plumero que tenía en la mano para que subiese a hablar con ella.

Rascóse Chómin la cabeza con sus uñas llenas de tierra; limpióse luego en la blusa el fanguillo que con el sudor de la testa y la tierra de las manos se había formado; echó después un poco de saliva en su mugrienta pipa de barro, aquella pipa que hacía un momento había encendido con sus fósforos *de ruido*, para sabo-

rear en ella algunas de las colillas que dejara don Cirilo el día anterior; y luego de dar una chupadita para cerciorarse de que ya estaba apagada, guardóla cuidadosamente dentro de la boina y con sus característicos pasos de orangután dirigióse hacia la escalera.

—¡Josús, hombre!— exclamó entonces Cecilia, apareciendo en la puerta de entrada — ¡Bien podías andarte más aprisa!...

Y enfadada por haberse tenido que molestar en salir alencuentro de Chómin, endilgóle a voz en grito un sermón en vascuence, que aquél escuchó como quien oye llover, mientras que, para arreglarse los medio caídos pantalones, cogíalos fuertemente de la cintura con ambas manos y tiraba hacia arriba con el mismo *chic* que si estuviese arrancando hortalizas en la huerta.

—En fin— concluyó Cecilia, marchándose — ya sabes qué *haser*. Cortarte las flores más grandes *pa* que me adorne yo la mesa.

Pero como al asomarse un momento después a la terraza, viera que Chómin, con la boina en la mano y la pipa en los labios, estaba en cuclillas detrás de un arbusto, esperando el instante en que la brisa soplara más dulcemente para poder encender un fósforo sin temor a desper-

diciarlo, no pudo reprimir su impaciencia, y bajando al jardín con una gran bandeja, encaróse con su camarada, le dijo otra partida de perrierías en *el lenguaje de nuestros primeros padres*, sacóle de la faja unas tijeras todas llenas de roña, y comenzó a cortar ella misma cuantas flores veía al alcance de su mano.

Media hora más tarde, cuando estaba terminando de llenar la bandeja, advirtiéndola Chómin que venían esos, y Cecilia, tirando al suelo las tijeras, marchóse corriendo, para que no la sorprendieran en su descuidado traje de limpieza don Cirilo y Claudio Zugasti, quienes, saltando del coche llegado entonces de Bilbao, aproximábanse a la verja del jardín.

—Supongo que Julia—dijo Calabazatorre a su convidado cuando llegaron a la escalera— estará todavía en la playa. Por esto le he traído a Ud. sin que conozca la apertura de Londres. Así podremos hablar con más libertad.

—Es que si no fuera por eso—replicó Zugasti sonriendo— le hubiese costado a Ud. mucho trabajo arrancarme del *Boulevard*.

Poco después, Calabazatorre y Zugasti entraban en el despacho del primero, una habitación muy grande, churriguerescamente deco-

rada, cuyas paredes embellecían los planos de las obras de la ría y del puerto exterior, no colocados en marcos sino sujetós a la pared por medio de *chinchés*; varias fotografías y planos de minas de hierro; un gran retrato al lápiz de la difunta doña Encarnación, criada que fué primero de los padres de don Cirilo y esposa luego de éste; algunos cuadritos al óleo, de esos que con marco *y todo* se adquieren en las subastas por tres o cuatro pesetas; dos o tres ganchos de los que pendían revistas industriales y mercantiles, en una de las cuales se habían publicado la biografía y el retrato de don Cirilo, cosa que costó al original cincuenta duros, pagados a regañadientes después de la publicación y ofrecidos con generosísimo desprendimiento al director de la revista antes de que el retrato y la biografía se publicaran; y en el lugar de preferencia, debajo de una pareja de aldeanos, nobilísimos ascendientes de Calabazatorre, una herradura toda mohosa, causa, según el propio don Cirilo, de la buena suerte con que había siempre realizado todos sus negocios.

—Vamos a ver—dijo el padre de Julia, sentándose, sin quitarse el sombrero, a su mesa ministro—cómo despachamos ésto.

Y viendo que Zugasti, que se había arrellanado en un sofá, buscaba por todos sus bolsillos la petaca sin lograr encontrarla, tiró de uno de los cajones de su mesa, sacó un paquete de cigarrillos Susini, guardado allí para los días en que repicaban gordo, y alargándoselo a Claudio, le dijo amablemente:

—Tome, tome Ud. de éstos... Dicen que son los mejores; pero, francamente... Eso de que cuesten sesenta céntimos diecisiete cigarrillos...

Un instante después, cuando Zugasti hubo devuelto el paquete a don Cirilo, éste, echándose hacia atrás el sombrero y dándose aires de orador, comenzó diciendo:

—En primer lugar, confieso a Ud. sinceramente que uno de los negocios que más me ha preocupado, y que con más cuidado me tiene desde hace tiempo, es el casamiento de mi hija. Estas muchachas de hoy en día, como tratan con todo el mundo y conocen a tantos jóvenes, están expuestas a enamorarse del primero que se les presenta y darle luego a uno la mar de disgustos. Por esto es por lo que ya he dicho a Ud. algunas veces, que les tengo verdadero miedo a los veranos. Aquí, en Las Arenas, parece que las chicas se declaran en huelga en

cuanto llegan, no pensando en otra cosa más que en ir a la playa, en hacer expediciones, en bailar...

—¡Hombre, Don Cirilo!...—interrumpió Zúgasti.—Es natural que las muchachas...

—No, no es natural, no señor. Las chicas, en el verano, debieran hacer aquí lo mismo que hacen en Bilbao durante el invierno, apartando lo de ir al baño por las mañanas: estarse en casa todo el día, ayudando a las criadas en las labores domésticas, para ir aprendiendo lo que deben ser y hacer cuando se casen.

Y al llegar a este punto, don Cirilo, que estaba sudando la gota gorda, quitóse el sombrero, metió la mano derecha en el bolsillo del pantalón, sacando de él un pañuelo a cuadros muy bien doblado, que desplegó y pasó por su frente, volviendo a doblarlo después, y fijando sus ojos en el retrato de la difunta doña Encarnación, continuó diciendo:

—Esa, esa sí que era un modelo de mujeres amantes de su casa. Recuerdo que un día en que daban en el teatro un drama que hacía reír mucho, compré dos delanteras de anfiteatro para llevarla a que viese aquello, fui a casa temprano porque tuviéramos tiempo de llegar an-

tes de que comenzase la función, se lo dije... y me hizo salir en seguida a vender las entradas, porque iba a preparar aquella noche no sé qué pintura con cera, que deseaba dar ella misma en los suelos de casa al día siguiente, para que aprendiese a hacerlo una criada que habíamos traído de la aldea hacía poco tiempo.

Enjugóse don Cirilo una lágrima furtiva con la yema del pulgar derecho, y luego de permanecer un instante pensativo y en silencio, prosiguió:

—En fin, después de todo, se explica que los veranos se junten las señoritas con los jóvenes. Ellos no encuentran por aquí costureras ni amiguitas con quienes poder divertirse, y, claro esta, no tienen más remedio que arrimarse a lo que hay.

—Al grano, don Cirilo, al grano—interrumpió Zugasti—que al paso que va Ud. no concluiremos hasta la noche.

Levantóse entonces don Cirilo de su asiento, se acomodó en el sofá al lado de Zugasti, y bajando la voz misteriosamente, como si fuese a decir algo muy grave, preguntó a su convidado:

—¿Ud. está dispuesto a casarse con Julia, verdad?...

—Si, señor.

—¿Lo ha pensado Ud. bien?

—¡Sí, hombre, sí!

—Pues, bueno, vamos a hablar entonces como dos amigos, con entera franqueza, para que no podamos echarnos nada en cara el día de mañana. Estos asuntos conviene arreglarlos de antemano muy detalladamente para evitarse luego disgustos.

—Estoy conforme.

—Conque... vamos a cuentas.

Y Calabazatorre, acercándose más a Zugastí, continuó:

—Mi hija, y con esto no quiero ofender a usted en nada, hubiera podido encontrar un partido mejor que Ud., un hombre más joven, de más ver, con más dinero.

—Tal vez...

—Pero, como Ud. bien sabe, un padre, al hacer la boda de sus hijos, no debe de ser tan tonto que busque únicamente la felicidad de ellos. Debe buscar también lo que a él le convenga, porque de algún modo, y esto es natural, tiene que indemnizarse de los gastos que los hijos ocasionan, y que son tantos que, la verdad, he perdido ya la cuenta. Pues, bien, yo

tenía desde hace tiempo una idea, un proyecto muy importante, para el que necesitaba la cooperación de un hombre activo, listo, entendido en negocios, con algún capital, y sobre todo, de absoluta confianza, que se tomara por mis asuntos el mismo interés que por los suyos. Para lograr esto, para conseguir que Ud. se asociase conmigo del modo que yo deseo, el medio mejor que se me ha ocurrido, y creo que no me equivoco, ha sido el echar mano de mi hija.

—¡Caramba, don Cirilo!— exclamó Zugasti— ¡Tiene Ud. más talento del que yo le suponía...

—Talento, no—replicó Calabazatorre con modestia,—pero un poquito de experiencia, sí, eso no me falta.

—Y vamos a ver—dijo Zugasti con curiosidad.—¿Que proyecto es ese que tiene Ud. entre manos?...

—Pues, sencillamente, montar un escritorio, una especie de casa de Banca, donde además de ocuparnos de los asuntos de minas, tratemos de explotar la plaza, haciendo operaciones de Bolsa.

—¿A nombre de Ud. verdad?...

—Por supuesto... Yo seré el jefe, la cabeza del negocio, y Ud. el brazo, el instrumento...

Claudio Zugasti sonrióse burlón, miró con extraña fijeza a don Cirilo, y, tendiéndole la mano, le dijo alegremente:

—¡Bravo, don Cirilo, bravísimo! Ha tenido usted la misma idea que yo acariciaba desde hace tiempo.

—¿De veras?...

—Pero no había querido comunicársela por si acaso creía Ud. que era únicamente el negocio lo que me impulsaba a casarme con Julia.

—¡Hombre!... ¡Ya sé yo que mi hija le es a Ud. simpática y agradable!... ¡Un buen bocado, como Ud., que tan entendido es en estas cosas, suele decir algunas veces!... De lo contrario no me hubiera atrevido a proponerle a Ud. la cosa, porque eso de exponerme a que me diera Ud. calabazas...

Y don Cirilo, satisfecho del chiste que había hecho con lo de las calabazas, echóse a reír a mandíbula batiente, mientras que Zugasti, habiendo oído sonar la campanilla de la verja del jardín, se levantaba y sacudía con el pañuelo las manchas que la ceniza del cigarro le había dejado en la chaqueta y el pantalón.

—¡Ah, coqueto!...—exclamó Calabazatorre

con tono cariñoso.—¡Se prepara Ud. para hacer la conquista!

—¡Phs!... ¿No está ya hecha?...

—Por lo demás—prosiguió don Cirilo, hablando otra vez con misterio—creo que no necesito aclarar a Ud. los pormenores del asunto.

—No, no hay necesidad.. Ya he comprendido sobradamente que lo que Ud. quiere es no dar dote a Julia, conservar todo el capital, y que mi mujer y yo nos conformemos con la mitad de lo que produzcan el de Ud. y el mío juntos.

—Con la mitad, no—advirtió Calabazatorre.
—Con el cuarenta por ciento.

—¿Nada más que el cuarenta?

—¡Hombre!... Creo que es bastante...

—Sin embargo,—replicó Zugasti—no se escurre Ud. mucho. Julia, como mujer acostumbrada al lujo, no creo que sea de las esposas que más interés produzca. Todo lo contrario. Con seguridad que arruinaría a un príncipe ruso.

—Pero ..

—¡No hay pero que valga!... Si Ud. me entregase una mujer modestita, una compañera de poco gasto, como por ejemplo, esa amiga de Julia de que hablábamos el otro día, santo y

bueno; pero no siendo así, es necesario subir un poquitín más.

—¿Al cincuenta?...

—¡Más!

—Al cincuenta y cinco?...

—¡Más todavía!

—Vaya, subiré hasta el cincuenta y siete y medio... En fin... Hasta el sesenta, para no disputar más.

—Conforme. Por ahora, con eso me basta. Luego, cuando venga la prole, ya veremos.

Un instante después, entraba Julia en el despacho, tendía su mano a Zugasti sonriéndole picarescamente, y habiendo saludado a su padre con un «qué hay» que don Cirilo contestó encogiéndose de hombros, dirigióse a Claudio diciendo con tonillo de enfado:

—¿Qué?... ¿No me pregunta usted nada?.... Pues, mire Ud. que si me hubiese ahogado...

—¡Es verdad!... No me acordaba en este instante...—balbuceó Zugasti, a quien el descocado aire de Julia tenía distraído.—¿Está Ud. ya completamente bien?...

—Perfectamente. Fué sólo un susto...

—De todos modos...

—La verdad es que otra cualquiera se hubie-

se quedado en la cama lo menos un par de días. Sin ir más lejos, ahí está mi amiga Guadalupe. La pobrecilla se emocionó tanto al verme en peligro que, según dice el médico, no podrá salir de casa lo menos en una semana. Conque, figúrese Ud. si llega a ser ella la víctima.

—¿De modo, que se quedará sin ir a los toros?...

—Tal vez...

—¿Y usted, por supuesto, irá de mantilla?...

—¡Eso es lo que a Ud. no le importa! —respondió coquetonamente.

—Es que deseaba saberlo para irme relamiendo de antemano.

—¿De veras?...

Y Julia, entornando sus ojos azules y formando un hociquito muy mono con los labios, aquellos labios tentadores en los que, a no ser por la presencia del papá, hubiera Claudio depositado un beso sin encomendarse a Dios ni al diablo, quedóse un instante frente a frente de Zugasti, pensando en que aquel hombre de quien le habían dicho tantas perrerías, por las amiguitas y otros excesos que se le achacaban, era guapo, realmente guapo, y capaz de dar al mundo muchos niños, aunque lo de los niños

precisamente no era lo que a ella más le entusiasmaba.

—¡Ocasionan tantos gastos!...

Luego, quitándose el par de alfileres de plata con que tenía prendido el sombrero, hizo ademán de marcharse mientras decía:

—Uds. me perdonarán el que les haga esperar un poquito. Voy a subir un momento a mi cuarto.

—Bueno—replicó Calabazatorre,—ve a mudarte, si quieres, pero no tardes mucho. En el comedor te esperamos.

Un segundo después, cuando Julia hubo desaparecido, encaróse con Zugasti, le guiñó el ojo izquierdo, y, poniéndole las manos sobre los hombros, dijo:

—Vamos... ¿qué le parece a Ud. eso?

—Un tesoro.

—¡Y una ganga!

—Para Ud.

—Y para tí, hijo mío, para tí también...



EL PADRE PÉREZ

Bien se notaba que aquel domingo era día de repicar gordo en la aristocrática iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, vulgarmente llamada *La Residencia*.

Desde muy temprano, los elegantes confesonarios en que los PP. Jesuitas ejercen con incansable constancia su sagrado ministerio, hallábanse bloqueados por enórmes colas de Evas enlutadas, beatas la mayor parte de ellas, quienes cuchicheaban entre sí, hermanando sus narices, para comentar lo mucho que tardaba la penitente en vías de ser absuelta, o para criticar el desahogo de Fulanita o Menganita, la cual, sin decir oste ni moste, había hecho caso omiso de la legalidad de la cola, plantándose en segundo o tercer lugar, a pesar de los tironcitos del manto que, para advertirla del desacato, habíanle dado las beatas más cercanas.

—¡Semejante descarada!...

Tampoco faltaban dimes y diretes sobre la preferencia que los Padres otorgaban a los jóvenes congregantes de San Luis Gonzaga, aquellos jóvenes que tan guapos se veían con sus medallitas colgadas del cuello por medio de una cinta azul, pues maldita la gracia que tenía el que, después de estar ya preparadas para acercarse a la rejilla, se presentase uno de aquellos jovencitos, y luego otro y otros después, dando lugar a que, mientras el Padre los despachaba, se cometiera el venial pecadillo de la impaciencia, olvidando otros, no tan veniales, cuyos pelos y detalles tan presentes se tenían al hacer el examen de conciencia.

—¡Y pensar que esos mocosos!...

En verdad que era una broma aquello de tener que emplear dos o tres horas en tal espera, sin contar el ratito que la tarde del sábado habían pasado en acecho a la vera de un confesionario, y resultar después que hacían la confesión mal y con prisa, es decir, tardando en desembuchar los pecados cometidos durante la última semana tan sólo veinte o treinta minutos. Como que ni había tiempo de consultar al confesor sobre los disgustos con las criadas, ni tampoco de preguntarle qué remedio habría

de emplearse en contra del marido, cuando se enfadara por el mucho tiempo que su media naranja había perdido en la iglesia.

—*¡Perder el tiempo en la iglesia!...* Si le digo a usted que está dejado de la mano de Dios...

Y lo peor del caso era, que, en cuanto llegaba la hora de la comunión, como se les había hecho tarde y tenían las llaves de la despensa en el bolsillo, razón por la cual no podrían tomar el chocolate ni el marido ni los chicos, no tenían más remedio que conseguir a toda costa ser de las primeras en comulgar, aunque tuviesen que abrirse camino a fuerza de codazos, como los hombres cuando van a tomar entradas para los toros, y aún repartiendo algunos pellizquitos a las menos transigentes en dejar libre el paso.

Nada, que mientras el P. Superior no trajese de Loyola los confesores necesarios para que cada media docenita de aquellas señoras tuviera el suyo, iría la cosa de mal en peor, y tal vez llegase el día de tener que renunciar a *La Residencia* para irse con la música a otra parte, es decir, para tomar por confesores a los de otra iglesia que no les pillara muy lejos de casita.

—Esas cosas, cuanto más cerca...

Se tropezaba, sin embargo, con un inconveniente. En las demás iglesias no había jesuitas, eran curas todos los confesores, y la verdad. Los jesuitas son tan finos y preguntan tantas cosas...

—Sobre todo el P. Pérez.

—¿De veras?...

—¡Oh, el P. Pérez es un primor, un encanto en eso!—decía la señora de Larrea.—¡Un verdadero fenómeno!

—¿Y tiene la manga ancha?...—preguntaba, agazapándose junto a la última beata de la cola, una solterona que nunca se había acercado a él y que no sé por qué mudaba de confesor cada quince días.

—Pues, mire Ud.—respondía la interrogada poniendo una cara muy humilde.—A mí suele echarme un Crédito a Nuestro Señor, una Salve a la Virgen y un Padre Nuestro al Corazón de Jesús; pero a pesar de eso sigo siempre con él, porque, aunque otros me echen menos, con éste da gusto confesarse. Ya vé Ud. Apenas digo el «Ave María Purísima», empieza a preguntarme por mí salud y por la de los de casa, con un interés y una amabilidad... Por cierto, que hoy tengo que decirle que ya he

destetado a la chiquitina y que la cocinera sigue yendo a los jardines de los Campos, a pesar de los sermones que la he soltado para que no vaya a esos sitios de perdición. En fin, con permiso de Ud. voy a ver si recuerdo algunos pecados de la vida pasada, porque como no traigo hoy nada de particular...

Efectivamente, el P. Pérez, jesuita de moda entonces por los admirables sermones que había predicado en contra del teatro, los bailes, la prensa liberal, los paseos públicos y otros horripilantes vicios de esta pervertida sociedad en que vivimos, era lo que se llama una buena persona, un santo Job, que se pasaba las horas muertas en el confesonario, saturándose de chismografía doméstica y respirando el aliento de aquellas beatas en ayunas, a las que despachaba de su lado, cuando ya le corría prisa, imponiéndolas la misma penitencia de la vez pasada, sin tomarse el trabajo de escuchar sus pecados, unos pecados que eran siempre iguales y que ellas le presentaban aderezados con una salsa de cuentos insípidos que maldito lo que le importaban.

—Mire, mire Ud. qué templada es ésa— decía, cerca de su confesonario, cierta beata cuya

nariz tenía relaciones íntimas con el hombruno vello de la barbilla.—De seguro que es para pegarle algún sablazo o para alguna otra cosa por el estilo.

Y sacando por entre el manto una mano no muy limpia, con la que apenas alcanzaba a sostener su devocionario del tamaño de un misal, señalaba, levantando un dedo casi amomiado, a doña Agueda Santillana, respetable señora ya entradita en años, de quien se susurraba, entre aquellas penitentes por oficio, que era protegida en su mala situación por los sonantes y contantes consejos del bondadosísimo Padre Pérez.

—¡Y será capaz de estarse ahí un siglo!—murmuró otra vez la beata, viendo que la tía de Guadalupe continuaba hablando con el Padre.

—¡Mujer!—exclamó la doña Casilda que conocimos en Portugalete—¡Haga Ud. el favor de callarse, que estoy haciendo el examen!...

—¡Pues, váyase Ud. á otra parte!...

—¡No me da la gana!...

—¿Qué?...

—¡Nada!...

—¡Tiene gracia!...—refunfuñó la otra socarro-

namente—¡Si se habrá creído ésta que porque tiene muchas sortijas!...

Una hora después, el azulado humo del incienso, medio ocultando de la vista de los fieles a los Reverendos Padres que allá en el altar mayor celebraban con toda solemnidad el santo sacrificio de la Misa, esparcía suavemente su perfume por los ámbitos del templo; las juguetonas ondas sonoras, escabulléndose por entre las columnas pintarrajeadas, llevaban hasta lo alto de las naves el dulce susurrar de las voces que en el coro cantaban, acompañadas por los melancólicos acordes del órgano, y el brillo movedizo de las incontables luces que ardían en honor del Altísimo, derramaba sobre los numerosos pecadores que había en la iglesia, una claridad débilmente rojiza, que no acertaban a dominar los rayos del sol, a pesar de que, asomados a las elevadas ventanas de la nave central, pugnaban por contribuir con sus fuerzas, filtrándose por los cristales de colores, a embellecer aquella fiesta en que se rendía pleito homenaje al Creador de todas las cosas,

—¡Esto, esto es lo que se llama decir misal—murmuró por lo bajo la doña Ruperta que también conocemos y que estaba en la iglesia

desde las cinco de la mañana—¡Luego dirán por ahí que las misas cantadas son aburridas!

—¡Lo que es a mí—replicó aquella otra señora de las alpargatas—siempre me parecen cortas!

Y roto ya el silencio, que durante más de media hora habían guardado, comenzaron a mirar hacia sus costados con el rabillo del ojo, para ponderar luego en voz muy queda los pendientes de perlas que llevaba Fulana; el *Ancora de Salvación* encuadrada en nácar que tenía Zutana, y que levantaba hasta sus ojos, haciéndose la corta de vista, para que todo el mundo reparara en el lujo del libro; sin olvidar, al paso que prodigaban los elogios, el hacer comentarios sobre cuánto habrían costado los objetos alabados, si estarían ya pagados o no lo habrían sido todavía, y si su dueña debía aún los últimos vestidos hechos en casa de Simeón o Ca-torruelo.

—¡La verdad es que hay gente que no tiene vergüenza!...

—¡Ni pizca de dinero!...

Algo más tarde, cuando la función religiosa hubo terminado y apenas quedaban fieles en el templo, doña Agueda Santillana, que había sa-

lido de la iglesia por la puerta que da a la calle de Ayala, atravesó por entre los numerosos Congregantes de San Luis, alumnos de la Universidad de Deusto muchos de ellos, que agolpados a la entrada de la verdadera Residencia encendían sus cigarros, y subiendo los seis escalones del reducido portal, oprimió el botón de un timbre, abrióse un ventanillo por entre cuyo enrejado brillaron los ojos del hermano portero, y, al cabo de un instante, cedió la puerta, apareciendo tras ella el hermano en cuestión, quien, como si no hubiera ya visto a la visitante, hizo un gesto de asombro al paso que exclamaba:

—¿Usted por aquí?... ¡Qué sorpresa!...

Guiada por el hermano, atravesó doña Agueda, marchando hacia la derecha, un corredorcito cuyo suelo estaba esmeradamente encerado; cruzó una puerta que no se puede llamar de cristales, porque los dos que tiene son muy pequeños y más bien parecen puestos allí para espiar que para otra cosa, y sentóse en el rojo sofá de una salita muy cuca, comenzando a hojear algunos libros lujosísimamente encuadernados que había sobre un velador, y levantándose luego para ver un cuadro, colocado encima del so-

fá, reproducción exacta del majestuoso palacio en que nació San Francisco Javier, y del que hoy es dueña la Compañía de Jesús merced a la generosidad del Conde de Guaqui, ilustre descendiente de aquel santísimo varón, según reza el impreso elzeviriano de la estampa.

—Ahora mismo bajará el P. Pérez —dijo el hermano retirándose.

Efectivamente. Al poco rato se presentaba en la salita el Rdo. P. Pérez, cruzadas las manos, que escondía en las amplias mangas del balandrán, y sonriendo con aire bonachón a doña Agueda Santillana, quien, levántandose presurosa, tomó una mano que le tendía entonces el jesuita y la besó con efusión.

—Siempre tan santa...

Era el Rdo. P. Pérez, pequeño de cuerpo y enjuto de carnes, un hombre que por su aspecto de bondad y mansedumbre hacía simpático tan sólo con mirarle, y que, a pesar de tener siempre en sus labios estereotipada una sonrisa, infundía cierta lástima por adivinarse en su rostro el padecimiento del incurable insomnio y constante dolor de cabeza, ocasionado sin duda por los mil chismes e historietas de las beatas, que sufría con resignación, sin quejarse a

nadie, edificando con ello a todos sus compañeros de comunidad.

Después que doña Agueda hubo vuelto a tomar asiento y que el P. Pérez se medio tumbó en uno de los sillones, pues estaba rendido a causa de las tres horas y pico que, sin levantarse para nada, había pasado en el confesonario, comenzó a decir la tía de Guadalupe:

—Vengo a molestar a Ud., Padre, porque necesito pedirle consejo acerca de cierta cosa referente a mi sobrina, que no me he atrevido a decirle a Ud. en el confesonario y que me tiene preocupadísima.

—¿Qué es?

—Pues, dicho sea aquí *inter nos*, creo que la pobrecilla...

—¿Se trata de su vocación?...

—Todo lo contrario, Padre. Creo que...

—¿Saltó el amor?

—Usted lo ha dicho.

—¡Hola, hola, hola!...—exclamó el P. Pérez, siempre sonriendo—Cuénteme, cuénteme eso ..

—En primer lugar, ya Ud. sabe el peligro en que estuvo Julia Calabazatorre la otra noche y su oportuna salvación por ese muchacho Val-

cárcel que tan amable había estado con Guadalupe.

—Sí, me lo contaron a la mañana siguiente. Por cierto que no dejó de hacerme gracia. Es casi un capítulo de folletín. Adelante, doña Agueda.

—Pues, bien: mi sobrina, que, como Ud. también sabe, está en cama desde entonces a causa del susto, comenzó a decir anoche en un rato de delirio...

—¿Delirio tenemos?... A ver... a ver...—interrumpió el P. Pérez, quitándose las gafas y limpiándolas con un pañuelo de hierbas en el que había no pocos residuos de rapé.—Dígame lo con las mismas palabras a ser posible, para que vaya formando concepto.

—Pues... si mal no recuerdo... dijo esto: «Valcárcel... no... no quiero... Zugastí sí... Zugastí...»

—¿Conque... a Valcárcel nones y a Zugastí pares, eh?... Nada, lo dicho, que si el P. Coloma u otro cualquier escritor notable, cogiera eso de su cuenta, le sacaría punta, muchísima punta.

—Bueno, deje Ud. en paz al P. Coloma y dígame qué le parece de esto.

—¿De qué?—preguntó el Padre, que se había distraído.

—De eso de que no quiera a Valcárcel y a Zugasti sí,

—Pues...

Quedóse meditando durante un momento el bueno del P. Pérez, volvióse a poner las gafas, y ocultando otra vez sus manos en las mangas del balandrán, púsose muy serio y dijo lentamente:

—Pues... la cosa es sencilla. En las muchachas de la edad de Guadalupe, no puede menos de despertarse la pícara envidia cuando se trata de amigas que se casan bien. Es natural. Claudio Zugasti, a quien conozco a fondo porque fué discípulo mío en Orduña, es un muchacho de talento y de muy buena posición. Al otro, de quien no respondo porque no se ha educado con nosotros, aunque no le falte lo primero tampoco le sobra lo segundo. Justo es que su sobrina de Ud., si se vió galanteada por... *el pollo solitario*—y aquí se sonrió un poco el bondadoso jesuita—en uno de esos bailes que Dios destierre, pensara un poco en él; creciese algo su simpatía ante el heroico acto del muchacho, y que luego, al compararlo con Zugasti, al parango-

nar la boda de Julia... y la suya, cambiara de parecer en redondo y estuviese más por Claudio que por Valcárcel. En fin, eso pasará pronto, no se apure Ud., y si no pasa, Dios es muy grande y...

Y el P. Pérez se calló como un muerto, porque en aquel instante se le había ocurrido una idea maravillosa, una idea que ya pensaba meditar bien, allá en su cuarto, durante las largas noches que sufriendo pasaba, antes de atreverse a comunicarla a nadie, pues sabía por experiencia que no todo lo que su corazón de oro solía dictarle podía llevarse a la práctica de buenas a primeras.

—¡Si así fuese!...

Especialmente en los asuntos mundanos, aquellos en que por afecto a sus penitentes solía inmiscuirse, a pesar de que no le agradaba mucho rebasar el círculo a que su sagrado ministerio le reducía, había que andarse con gran cuidado. Más de una vez, y llevado de laudabilísimo deseo, pretendió hacer bien en el mundo, y el mundo, ese mundo que tan sólo conocía desde el confesonario, pues a los 16 años comenzó su noviciado y no había tenido por tanto ocasión de *correrla*, como otros Pa-

dres que, arrepentidos ya de su pasado, eran ahora mucho mejores que él, le había devuelto mal por bien, ocasionando con ello a su escrupulosidad, remordimientos y disgustos muy hondos. Por eso quería guardar para sí sólo la maravillosa idea que acababa de ocurrírsele; por eso quería pensarla detenidamente, meditar sobre ella con calma, y luego de contrapesadas las ventajas con los inconvenientes, ver de llevarla a feliz realización, valiéndose para ello de los medios que estuviesen al alcance de su mano y que el Corazón de Jesús seguramente le proporcionaría.

—¿Que si se divierten?...—decía poco después doña Agueda, despidiéndose del P. Pérez— Como que están organizando una expedición a las minas...

—Eso, eso es, que procure distraerse todo lo posible... y que no deje de venir a confesarse en cuanto salga a la calle. Salúdela mucho.

—Hasta la vista, Padre, y no me olvide Ud. en sus oraciones, que buena falta me hacen.

—Descuide, hija, descuide... Sabe que siempre la tengo presente... Como a nadie...

Dos minutos más tarde, cuando doña Agueda salía ya a la calle, aquella beata que

toleraba en su cara relaciones de fea índole, entró precipitadamente en el portal y dijo encarándose con ella:

—¡Jesús, María y José!... ¡Creí que no iban ustedes a concluir nunca!... ¡Como que casi se me han olvidado las frescas que voy a plantarle!... ¡Figúrese Ud. que estoy haciendo una novena en sufragio de las ánimas y que tenía su permiso para comulgar todos los lunes, y va... y me lo quita hoy sin más ni más!... ¡Y yo que siempre estaba diciendo que era tan bueno el P. Pérez!... ¡En el nombre del Padre y del Hijo!... ¡Privar a las ánimas de mis sufragios!... ¡Con seguridad que, si pasa por el Purgatorio, le agarran entre todas por la sotana y no lo dejan salir de allí ni a tres tirones!...

DIA DE TOROS

Allá en el miradorcito de la calle de Bidebarrieta, medio acurrucada en una silla de mano, tan sumamente pequeña que costaba trabajo adivinarla bajo los pliegues de su abullonada falda, la melancólica convaleciente, suelto el hermoso pelo sobre los hombros y ensimismada en la lectura de un libro, que entre las manos tenía, levantaba de cuando en cuando la cabeza para lanzar una mirada hacia la vecina plaza de Arriaga, invadida entonces por un bullicioso gentío que se arremolinaba ansiosamente alrededor de la caseta de tablas donde apenas quedaban localidades para los toros.

Subían hasta Guadalupe, en confuso torbellino, el ruido de los carruajes y carricoches que comenzaban a rodar entonces en pintoresco tropel; los acordes de la banda de música, que, seguida de las mulillas y un sin fin de chiquillos, encaminábase a Vista Alegre para

amenizar la fiesta del *mondongo*; el clamoreo producido por el pitar de los mayores del tranvía urbano, las campanillas casi religiosas del eléctrico y las chillonas bocinas de algunos *mail-coaches* rebosantes de gente joven; el rum-rum de los gritos y voces de aquel pueblo ardiendo en loco entusiasmo, y, por encima de todo, allá a lo lejos, el penetrante silbido de los trenes que de Portugalete llegaban a cada instante repletos de viajeros, gente de *Sol* en su mayor parte, deseosos de engrosar el hormiguero humano que por el puente de Isabel II y la calle de la Estación serpenteaba alborotadamente con rumbo a la plaza.

Ni el haber cerrado a piedra y lodo los cristales de su mirador, ni el poquitín de guata que se había puesto en los oídos, ni aún el indecible interés con que Guadalupe leía la *Grazie-lla* de Lamartine, aquella novela que por el correo interior había recibido sin saber quién se la enviaba, bastaban a mitigar la impaciencia que sentía por que la gente acabara de marcharse a los toros, dejándola a solas con aquella pescadorcita de la bahía de Nápoles, que tanto amaba al ilustre huésped albergado en la modesta cabaña de sus padres.

Precisamente aquella misma mañana habían estado a visitarla Julia Calabazatorre y Mari-chu Zornoza, con el decidido propósito de hacerla ir a la corrida, quisiera o no quisiera, y ella, temiendo que su tía Agueda se ablandase ante las repetidas instancias de sus amigas, había fingido sentirse un poquitín peor, nada más que un poquitín, lo cual fué lo bastante para que la buena señora la obligase a no exponerse a una recaída, tal vez peligrosa, que la hiciera perder todo lo ganado.

Prefería mil veces pasarse la tarde, allí en su rinconcito, vestida a la *négligée* y gozando con aquel libro remitido tan misteriosamente, que no el encajonarse en un palco de la plaza, desde donde no vería otra cosa más que asquerosas tripas de caballos y acaso de toreros, mientras serviría de blanco a los gemelos de la gente del tendido, y lo que era peor, a los bríbones ojillos de sus vecinitas, de aquellas múchachas fajadas como nenes entre mil trapos costosos y ansian-do siempre el decir «¡qué mal se pone esa la mantilla!», para disculpar la poca sal con que se la habían puesto ellas, a pesar de los siete u ocho días empleados en el ensayo de la operación.

El paseo que a la salida de los toros se formaría en el Arenal, frente por frente de la fachada de San Nicolás, sobre aquella alfombra de asfalto medio reblandecida por el ardoroso calor de la tarde, y cuyos vapores se confundirían, en desagradable vaho, con los perfumes baratos de las niñas cursis y el gas escapado de las bombillas; la función de la noche en el Nuevo Teatro, a la que seguramente acudiría todo el Bilbao elegante, pues para algo pagaban el abono durante los doce meses del año, aunque no se hubiesen ocupado de otra cosa más que de pagarlo; aquella función en que los jóvenes de la *crème* lucirían en obsequio a los forasteros *sus bien cortados smokings*, apestantes a alcanfor por haber estado en conserva durante el invierno; el *zezenzusk*, o toro de fuego, que a eso de las once se correría entre los sustos y trompicones de los que se habían quedado sin subir el primer tramo de la torre Eiffel, ó sea los doscientos y pico de escalones que conducen... medio muerto, a la sala del Teatro Arriaga; todo aquello a que los bilbainos se entregan con sed inapagable en ese *por corridas* que dudarían en cambiar por el paraíso terrenal, a pesar de que en el paraíso no

habría necesidad de gastar un cuarto, preocupaba poco y tenía muy sin cuidado a la *rara* Guadalupe, como la llamaron Julia y Marichu al confiarles su modo de pensar sobre el asunto.

Únicamente a ella, a una romántica incorregible, esperanzada sin duda en que viniese a enamorarla un Lohengrin con calzones y hongó, podían ocurrírsele aquellas cosas tan extravagantes y considerarse contenta estando sola y alejada del bullicio de las fiestas.

—¡Mira que distraerte leyendo esa novelucha! —había dicho la de Calabazatorre. — ¡Si al menos fuese de Zola o de otro *poeta* por el estílo!

Y para disculparse ante Marichu Zornoza, quien, toda asustada, advirtió a Julia que ese *franchute* estaba excomulgado *por los jesuítas* y también, según creía, por el mismo Papa, la hija de don Cirilo, con aire de persona formal, había asegurado que a las jóvenes próximas a casarse les era muy necesario el estar al corriente de *ciertas cosas*.

—Por eso es por lo que Claudio me ha prestado algunas novelas un poquitín verdes.

—¿Qué es de su vida?—interrumpió Marichu—Hace mucho que no le he visto.

—Hoy, precisamente, ha estado en casa, pero no he podido hablarle. Sin duda entre papá y él tenían algún negocio importante, algo en que no estaban conformes, porque les he oído gritar y discutir mucho, y claro está, no me han hecho caso. Lo primero es siempre lo primero.

Aquella conversación, entre Marichu y la hija de D. Cirilo, había recordado confusamente a la de Castillejos algo de lo mucho en que pensara mientras estuvo en cama; el temor a que su tía Agüeda sorprendiese en los ratos de delirio alguna palabra referente al *pollo solitario*, aquel muchacho tan apuesto y tan valiente, que no debiera de haber sido el salvador de Julia, sino el salvador de ella misma, de Guadalupe, que con gusto se hubiese cambiado por su amiga en aquel peligroso trance, tan sólo por el placer de que la levantara en sus brazos el que con ellos habíala enlazado la cintura al bailar aquel vals inolvidable.

Por cierto que Gonzalo no debía de vivir lejos de la calle de Bidebarrieta, o cuando menos tal calle le pillaba de camino, pues más de una vez le había visto pasar por la acera de enfrente, y aún alzar un poco los ojos, para mirarla

un segundo y volverlos a bajar luego, temeroso acaso de que Guadalupe le sorprendiese.

Precisamente, aquella misma tarde, una hora antes de la anunciada para el comienzo de la cuarta corrida, había cruzado por la acera ya citada y doblado la esquina del *Boulevard*, lenta, muy lentamente, cual si no tuviese prisa por ir a los toros. Sin duda el pobrecillo se había quedado sin localidad, por no querer pagar una exagerada prima a los revendedores, y después de ver marchar la gente hacia la plaza, se metería tranquilamente en el Circo del Ensanche para matar la tarde, por un par de pesetas, viendo saltar a las *écuyéres* sobre los caballitos y oyendo decir chistes de brocha gorda a los payasos más o menos graciosos.

Lo que sí le había extrañado, y no poco, era que Gonzalo no levantara sus ojos hacia ella como otras veces, y que, todo colorado, mirase a los cerrados escaparates de las tiendas como para disimular su turbación, una turbación que ella no acertaba a explicarse satisfactoriamente, pero que creía adivinar, dominada por una sospecha gratisima. ¿Sería por lo del libro?... Tal vez obedeciese también su confusión a la media docena de cantares amorosos publicados

aquella mañana en la segunda plana de *El Noticiero*, entre la Revista Metalúrgica y la cotización oficial de la Bolsa de Bilbao, que no sólo a ella sino también a Julia y Marichu habían gustado mucho, a pesar de la tristeza y pena de que todos ellos estaban impregnados.

Pero no, era imposible que aquellos cantares estuviesen dirigidos a Guadalupe, y que Gonzalo, de quien nadie había sabido hasta entonces que fuese poeta, y bueno, hubiera pensado en su pareja de vals al componerlos. De lo contrario, de ser ella la musa inspiradora de los versos publicados, *el pollo solitario* miraría hacia arriba con más insistencia, con muchísima más.

Y la de Castillejós, barajando todos estos pensamientos con los que absorbía en las páginas bellísimas de *Graziella*, perdía el hilo de la narración y veíase obligada a recomenzar la lectura, en tanto que la tarde avanzaba de prisa, muy de prisa, deseosa tal vez de que regresase pronto la gente de los toros para interrumpir el silencio que en la plaza de Arriaga, en el *Boulevard* y el Arenal, reinaba desde que principiara la corrida.

Mientras, Gonzalo Valcárcel paseaba lentamente por el camino de San Mamés, deteniéndose cariñoso y repartiendo limosnas a cuantos pobres, y eran muchos, se le acercaban implorando.

Las pocas pesetas que de su sueldo de aquel mes había separado para asistir a los toros, tenía las destinadas ya, por saber que *ella* no iba, a adquirir una corbata y pagar las últimas medias suelas echadas a sus botas, dedicando el resto a repartirlo en sus pequeñas caridades y a comprar papel pautado para escribir cierta serenata, letra y música, que desde el primer día de fiestas andábale bullendo en la cabeza y en el corazón.

Ahora, marchando a pasos contados hacia la Casa de Misericordia, llegábanle los primeros pensamientos que luego habría de encerrar en docena y media de versos, y sólo sentía, cuando sacaba del bolsillo lápiz y papel para apuntarlos a la ligera, que aquella noche, como la anterior, acaso perdería su inspiración y quedara en agua de cerrajas su trabajo, por no poder encerrarse en aquel cuarto de su casa de huéspedes, allá en Ascao, cuyas paredes había cubierto con retratos, fotografías y graba los en

los que recreaba la vista y la memoria de su alma, pues le llevaban mentalmente a los sitios queridos y al lado de las personas que amaba.

La súplica de su patrona había sido para él cosa un poco dura y a la que dudó un momento en acceder; pero la pobre señora bien se lo merecía, y no era justo que por él, que tan modestamente pagaba, fuese a perder la dueña de la casa los exorbitantes hospedajes de aquellos días de toros y regocijo. Por eso había consentido en ceder su cuarto a cierto rechoncho y adinerado forastero, resignándose a irse a dormir durante media docena de noches a una pobrísima casa de las Ollerías Altas, donde la cuñada de su patrona habíale arreglado un reducido cuchitril, con una cama alta, vieja y desvencijada, a la que no conseguían prestar buen aspecto ni la blancura de la almohada y las sábanas, ni el color azul celeste de una colcha, que, por ser lo mejor que en la casa había, sólo se usaba para colgarla hacia la calle en los días de procesión o fiesta nacional.

Verdad es que comía en la calle de Ascao, y que, por compensación, tratábanle en los manjares al igual del forastero barrigudo; mas el sacrificio era muy grande, y se le caía el alma a

los pies cuando entraba en su ratonera nocturna, después de subir una escalera parecida por su elevación a la que Jacob vió en sueños, y, sobre todo, al asomarse a aquella ventanilla de madera carcomida, algunos de cuyos cristales estaban remendados toscamente con pedazos de periódicos, y desde la cual sólomente podía pasear su vista por los tejados de Bilbao, los lejanos montes y la bóveda celeste.

Si su madre, su pobre madre, que desde Madrid le escribía diciéndole en todas sus cartas lo mucho que trabajaba con sus buenas e influyentes relaciones, a fin de conseguirle en la Corte un destino de 12.000 reales, para que, contando con eso y con lo poco que ella cobraba de su viudedad, pudieran al fin vivir juntos, supiese la vida que estaba haciendo durante aquellos días de fiesta, y dónde dormía para no perjudicar a su patrona, oprimírasele seguramente el corazón y lloraría, lloraría mucho, al pensar en el desdichado hijo de sus entrañas.

Su único consuelo, lo que le reanimaba un poco el abatido espíritu, dándole fuerza para trabajar en su oficina durante todo el día, era la vista de aquella muchacha en la cual pensaba, y a la que, sin embargo, no se atrevía a

mirar frente a frente, por un algo misterioso que no acertaría a explicar de palabra y que acaso tampoco pudiese contar por escrito.

La posición de Guadalupe, noble por su familia pero en situación difícilísima, según todos le habían dicho, constituía para él una infranqueable muralla.

Pudiera ocurrir que aquella joven llegase a seducir con su belleza a algún hijo de familia adinerada y poderosa, aunque no tan de sangre azul como ella, que, obcecado por su amor, dejaría de pensar *bilbainamente* y la llevaría al altar, dando de mano a las hablillas del pueblo, que tanto le rebajaría y criticaría después por haberse casado con una pobre. Tal vez un hombre de talento y de porvenir, aunque no tuviera tampoco una peseta, enamoraría de Guadalupe, conseguiría despertar en su corazón el amor que ella había encendido en el suyo, y modestamente, dispuestos a luchar los dos, comenzarían su luna de miel, para después, cuando él se hubiese abierto ya camino, vivir en santa paz y jugueteando con algún chiquitín que Dios les concediera. Acaso Guadalupe, luego que su tía Agueda muriese, viéndose sola y sin amparo alguno, pensara en el sacrificio

de su vida y tomase la resolución de abstraerse del mundo y entrar en un convento...

—Ha sido lo mejor que podía hacer— dirían en Bilbao— porque como no habría quien quisiera casarse con ella...

Y la de Castillejos entraría al convento, en medio del aplauso general de las señoras, de la secreta alegría de sus amigas, que perdían con ello una rival en belleza, y de la decepción de ciertos jóvenes, pesarosos de que la enclaustrada no hubiera emprendido otro camino.

— ¡Tonta!... Con lo bien que viven algunas hoy...

Sólo él, únicamente Gonzalo, lamentaría noblemente el sacrificio enorme de Guadalupe, él, que ni aún al enterarse de aquella decisión sería capaz de mirarla y decirla una palabra de amor, pues si, por no ser hijo de familia adinerada y por no tener talento ni la más mínima fe en un porvenir medianamente halagüeño, no quería ahora en modo alguno hacerla concebir una esperanza de felicidad que contribuiría luego a agrandar más su desgracia, tampoco entonces, cuando Guadalupe estuviese ya resignada a ser humilde esposa del Señor, atreveríase a disputarla a los claustros del convento,

apropiándose para sí aquel alma y aquel corazón que se escapaban del mundo hacia los salvadores brazos del Todopoderoso.

¡Qué impregnada de melancolía iba a resultar su serenata, si lograba trasladar al papel, nada más que medianamente, lo que su musa entonces le inspiraba!..,

Pero ni aún con eso estaba permitido gozar a Valcárcel. Cuando, ya entrada la noche, regresaba hacia Bilbao para pasar un rato en la Gran-Vía, curioseando entre los espectáculos de la feria y las barracas de objetos a real y medio, tuvo un acceso de tos, aquella pícara tos que tanto le molestaba desde hacía algún tiempo; sintió que su vista se nublaba, que le ardía la cabeza, y montando en la Plaza Circular en un tranvía que le condujo hasta Achuri, subió tambaleándose como un borracho la escalinata de las Ollerías; realizó el ascenso, por la ya mencionada de Jacob, muy lentamente y poco menos que gateando; penetró en su camaranchón, y haciendo un supremo esfuerzo, quitóse la chaqueta y las botas, arrojó el sombrero, que tanto le pesaba, y tumbóse sobre la cama, vencido y aniquilado por la fiebre.

El débil tararear de una serenata romántica, cuyos compases eran de cuando en cuando interrumpidos por hondos suspiros, turbaba al cabo de un rato el silencio de la estancia, en tanto que, a la plateada luz de la luna, parecía sonreír tiernamente a Valcárcel desde la cabecera del lecho, la muy vieja imagen de una estampa, enclavada entre dos antiquísimas palmas cargadas de polvo.

Horas después, pasada ya la media noche, el aire que por los rotos cristales entraba refrescó un poco la cabeza de Gonzalo, aliviándole del ardor intensísimo que en las sienas sentía, y levantándose penosamente para aspirarlo desde más cerca, abrió la ventana, apoyó la frente en los alambres que había cruzados en ella para tender la ropa, y pensando primero en su madre y luego en Guadalupe, paseó su mirar por el sinnúmero de tejados que ante sí tenía, sonriendo al suponer que allá, en las guardillas de las más altas casas, tal vez hubiese alguna persona que fuera feliz...

UNA EXPEDICIÓN

La mina *Mi difunta*, título que en memoria de su fenecida esposa y por tener ya una demasia llamada *Encarnación*, había puesto Calabazatorre a la que últimamente comprara por un millonaje de pesetas, presentaba aquella mañana animadísimo aspecto.

Desde muy temprano, el contratista don Medardo Lingotechea, avisado telefónicamente el día anterior por don Cirilo, bullía de un lado para otro, gesticulando, dando voces y golpeando el suelo con la puntiaguda contera de su rústica cachava, a fin de que todo estuviese convenientemente preparado para que los aristocráticos visitantes que se esperaban, pudieran, sin molestia de ninguna clase, admirar una por una las mil magnificencias que encerraba aquella fecunda y extensísima mina, cuyo rojizo y resquebrajado terreno tan bello contraste forma-

ba con el terso y azulado manto de los cielos.

—Vamos, que se barra un poco todo eso...
Colocad pronto los burros... Ahora, las tablas...
Que vengan enseguida a poner los manteles...
Muévete, tuerto, muévete...

Y los pobres trabajadores, que en su vida las habían visto más gordas y que maldecían entre dientes de aquel extraordinario trabajo que se les daba, barrían presurosamente, levantando nubes de polvillo rojo; cargaban con los *burros*; nivelábanlos luego sobre el desigual terreno; formaban la mesa con toscos tablones, y volvíanse a su ordinario trabajo, echando pes-tes del burgués Calabazatorre y abandonando los últimos preparativos del *lunch* en manos del fondista, expresamente venido para el caso desde Ortuella.

—¡Con seguridad que no nos darán ni media hora de descanso!...

—¡Al contrario, nos harán trabajar más para divertirse mejor!...

—¡Así se les indigeste todo lo que coman!...

Poco después de las nueve, cuando ya Lingo-techea habíase mudado en la oficina su camisa de *cama* por una con cuello y puños, cepillándose un poco el traje y lavándose las manos

con el agua del botijo, apareció por la quebradura del monte que servía de entrada a la mina, silbando endemoniadamente, la locomotora que conducía el tren de expedicionarios.

Toda la *crème* de Portugalete y Las Arenas, a más de Gonzalo Valcárcel y Claudio Zugasti, que en la estación del Desierto habíanse reunido con ellas y ellos para tomar juntos el ferrocarril de Triano y trasladarse más tarde en alegre jolgorio a la mina *Mi difunta*, venía encajonada en aquel tren de vagonetas, interiormente forradas de percalina encarnada para preservar a los expedicionarios del tizne mineral, saludando con abanicos, sombreros y pañuelos, el rincón de la cuenca minera de donde Calabazatorre había sacado, en brevísimo espacio de tiempo, cuantiosos montones de cuartos.

Por cierto, que la señora de Echévarri habíase extrañado sobremanera de que el futuro yerno de don Cirilo formara parte de la expedición, pues, según su marido le había contado el día anterior, Calabazatorre y Zugasti estaban *fachés* por razón de una perrería que Claudio había hecho a su futuro suegro al negociar unos títulos de Interior.

—Figúrese Ud. —decía la señora en cuestión

a su amiga doña Lupercia — que don Cirilo había dado orden a Claudio de comprar no sé cuantos miles de pesetas en buenas condiciones...

—¿Y las compró mal?...

—No, al contrario. Le dió unas que tenía compradas para él mismo, diciendo que las había comprado para don Cirilo, cuando se enteró de que perdía en el negocio.

—¿Y en qué ha quedado el asunto?...

—En que Claudio le tomó de nuevo los títulos a Calabazatorre, pagándoselos a muy bajo precio, para dárselos sin duda a algún otro que pagara mucho más por ellos.

En este momento detúvose el tren bruscamente, y después que, durante un instante, hubieron admirado los expedicionarios el minero paisaje que ante sus ojos tenían, y dado algunos detalles Calabazatorre acerca del tranvía aéreo, cuyos baldes atestados de mineral cruzaban rápidamente por encima de las testas de nuestra *crème*, comenzó el desembarque.

—Bueno, déme Ud. la mano—decía Marichu Zornoza, disponiéndose a saltar de la vagoneta, a Juanito Echaluze,—pero cierre Ud. los ojos.

—¿Tiene Ud. miedo de que le vea las pantorrillas?...

—¡Claro!

—Pues... ¡no sería la primera vez!

—¡Cómo que no!...

Y en tanto que Echaluze, arrepentido de lo dicho y más encendido que la grana, balbuceaba una explicación, confesando, por fin, que desde su asiento del tendido, allá en los toros, y por tener Marichu un poco prendida la falda en el enrejado de la delantera del palco, había visto sin querer lo que ella no quería que se viese, aquel pollo rechoncho y chato, que conocimos en el baile de Portugaleta, hacía alarde de sus hercúleas fuerzas, bajando de las vagonetas al suelo, poco menos que a pulso, a la gente gorda de la expedición, la cual, seguramente, de conocer que iba a andar en aquellos trotes y en brazos del hijo del carbonero, se hubiese quedado en casita haciendo media o alguna otra cosa por el estilo.

—¡Caramba!—exclamaba doña Javiera Iturria, enderezándose la capota que se le había montado sobre una oreja—¡Lo que es para carguero no tiene Ud. precio!

—¡A mí me ha roto dos ballenas del corsé!— observaba doña Ruperta—¡Miren Uds. por dónde salen!..

Pero a pesar de que levantaba mucho el brazo izquierdo, para que todos se enterasen de cómo por allí, muy cerquita del sobaco, asomaban las puntas de dos ballenas que habían rasgado la seda del vestido, Juanito Basterrechea, alumno de Deusto tan estudioso que nunca desaprovechaba la ocasión de aprender algo, apresuróse a tocarlas, preguntando al mismo tiempo:

—¿Y por qué llaman a ésto, ballenas?..

—Porque como ves—interrumpió Daniel Sorriqueta, afanoso de hacer un chiste—van siempre acompañando... a los ballenatos.

Echáronse a reir todos, al ver el efecto que lo de los ballenatos había hecho en la obesa doña Ruperta, sulfuróse ésta prometiendo vengarse de la afrenta en cuanto se presentara ocasión propicia, y una vez en tierra todos los visitantes, gritó Calabazatorre, empuñando la cachava del contratista Lingotechea y poniéndose a la cabeza de sus convidados:

—¡En marcha, señores!..

—¿Por aquí?..—preguntó Claudio Zugasti, se-

ñalando una senda entre dos elevados depósitos de mineral.

—No, por ahí no se va a ninguna parte— contestó secamente Calabazatorre.—Seguiremos por la vía hasta llegar a los hornos de calcinación.

—¡Pero ésto es poco menos que intransitable!...—exclamó Luisa Echévarri, cuyos pies no acertaban a encontrar apoyo en aquel suelo de puntiagudos pedruscos.

—¡Nos vamos a quedar sin zapatos!—añadió Matilde Larrea.

—¡Uds. tienen la culpa!—replicó Calabazatorre malhumorado—¡Ya les advertí ayer que para andar por estos sitios era preciso llevar calzado fuerte!

—¡Pues más fuerte que el que traemos!...—observó Jesusa Gatica, enseñando sus zapatos de lona con suela de goma.

—¡Eso no vale nada!—dijo despreciativamente don Cirilo—¡Esto, ésto es lo que se necesita!.

Y, apoyándose en la cachava, levantaba en alto una de sus piernas, para que todos se enterasen del calzado que él llevaba, unas botas que dejaron de ser amarillas a fuerza de uso y cuya doble suela estaba reforzada con tres hileras de

gruesas tachuelas, más una herradura muy propiamente puesta en el mismísimo tacón.

—¿Quiere Ud. darme su mano?—preguntó entonces Gonzalo Valcárcel a Guadalupe, al paso que se subía en uno de los carriles.

—¿Para qué?...

—Para que equilibrándonos uno con otro podamos caminar sobre las dos líneas de la vía.

Dió Guadalupe su mano a Gonzalo, enrojeciendo al notar que Valcárcel la miraba fijamente, y haciendo lo que *el pollo solitario* dijese, comenzaron a marchar sobre los railes con paso indeciso y desigual.

—¡Magnífica idea!...—exclamó Julia toda alborozada—¡Parecen unos saltimbanquis trabajando en el doble alambre!...

—¿Les imitaremos?—interrumpió Zugastí, tendiendo su mano a Julia.

—¡Sí, sí!—dijo Pepe Gamborena, radiante de júbilo—¡Les imitaremos!...

Formáronse entonces unas cuantas parejas de ellas y ellos, exceptuando a las mamás, que por no tener quien las ofreciese una diestra salvadora resignábanse a marchar a la cola, sudando el quilo y estropeándose las botas... o

las alpargatas, y en tanto que los alegres equilibristas procuraban no dar traspies, a pesar de los intencionados empujoncitos que de un carril a otro se iban y venían, Calabazatorre, con el sombrero echado hacia atrás y marchando al trote largo por el centro de la vía, señalaba hacia los depósitos de mineral de los costados, haciendo de *cicerone*.

—Eso que se ve ahí—decía deteniéndose un instante—lo tengo vendido a diez chelines tonelada.

—¿Es campanil de primera, verdad?—preguntaba Gonzalo.

—Sí, eso es campanil.

—¿Y aquello otro es rubio?—volvía a preguntar Valcárcel, ansioso de hablar con don Cirilo porque no sabía qué decir a Guadalupe.

—Rubio, sí señor.

—Es un buen rubio—agregaba Valcárcel—Con seguridad que da del 55 al 56.

—Sí, por ahí, sobre poco más o menos.

—En cambio, el mineral que se ve en aquel otro depósito, no podrá Ud. venderlo arriba de seis chelines.

—¡Caramba, qué enterado está Ud.!—exclamó Calabazatorre, deteniéndose y mirando a Gon-

zalo de pies a cabeza— ¡No creía que estuviese Ud. tan fuerte en esto!

—Fuerte, precisamente, no—respondió Gonzalo bajándose del carril,—pero como he tenido precisión de estudiar un poco de minería, para escribir unos artículos que me encargó cierto amigo director de una revista...

—¡Hola, hola, hola!—dijo Calabazatorre, dando unas palmaditas en el hombro al salvador de su hija—¿Conque también hace Ud. versos acerca de esto?...

—Me permiten Uds...—interrumpió Julia, colocándose entre Guadalupe y Valcárcel.—Quisiera andar con Gonzalo un trechito, porque como con Claudio estoy tropezando a cada instante...

Y volviéndose a Guadalupe, concluyó sonriendo:

—Anda, hija, hazme el favor de encargate un momento de éste, a ver si contigo se las arregla mejor.

Poco después, la vanguardia de aquella original caravana llegaba ante los grandes hornos de calcinación, y mientras esperaba a las mámas, que, allá a lo lejos, medio gateaban procurando apoyar los pies en los travesaños de

la vía, don Cirilo principió a explicar el cómo se echaba en los tales hornos el carbonato; la temperatura que era necesario alcanzar para que el ácido carbónico se evaporase; las toneladas que podían ser calcinadas en un día; el precio a que se vendían para Inglaterra; el coste de los hornos, y otras mil cosas de las que Claudio se reía, diciendo por fin a su futuro suegro:

—Pero ¿no comprende Ud. que nos está dando la gran lata...?

—Todo lo contrario... todo lo contrario...—murmuraron cortesmente algunas voces.

—Una observación, don Cirilo—dijo Gonzalo, cuando Calabazatorre hubo terminado su explicación y guiaba a sus invitados hacia el lavadero de mineral cercano al río.—Y Ud. me perdonará.

—Venga—dijo el padre de Julia.

—Estos hornos de ladrillos refractarios, son ciertamente de gran utilidad y de beneficiosos resultados, pero yo que Ud., preferiría construir grandes hornos de piedra con revestimiento interior de hierro, porque si con un par de estos hornos calcina Ud. diariamente de cien a ciento quince toneladas, con uno sólo de aque-

llos, además de calcinar ciento sesenta o ciento ochenta...

—¡Miren, miren Uds.--exclamó Marichu Zornoza alegremente—qué gorditos y qué guapos están esos chiquilanes!

—¡Jesús, hija!—replicó Elena Iturria—¡Si tienen las boinas tan sucias como las alpargatas!...

—¡Pero, míralos, míralos qué monos!...

Efectivamente, allá en la parte baja del lavadero, docena y media de robustos mineritos, tiznados de hierro como si quisiesen imitar a los pieles rojas, trabajaban afanosamente, apartando del *menudo*, recién lavado, las pelotas de arcilla que arrojaban los trómeles de la maquinaria.

—¿Para qué sirve esto?—preguntó Zugasti, cuando llegaron hasta allí, cogiendo una de las pelotas de arcilla.

—Para nada—respondió Valcárcel.

—Se aparta del mineral—agregó Calabazatorre, extrañado de que Claudio no estuviera enterado de aquello—para purificarlo.

—Es un trabajo muy curloso...

Inclinóse entonces Calabazatorre, para coger la cachava que se le había caído, y al levanta-

tarse dijo sonriendo burlonamente y dirigiéndose a Julia:

—A Claudio todo le parecerá curioso, porque, por lo visto, está más empollado en las cuestiones de Bolsa...

—Que Ud. que está más fuerte en las de minería—concluyó Zugasti con sequedad.

Luego, volviéndose a Guadalupe, a quien Gonzalo estaba explicando el modo de funcionar del cono y los trómeles del lavadero, dijo ofreciéndola una mano:

—¿Quiere Ud. continuar sirviéndome de pareja por los carriles del plano inclinado?...

—No, si no vamos a ir por ahí...—cortó Julia, mirando friamente a Zugasti—Vamos a los descagaderos del carbonato.

Alegróse Gonzalo, viendo que Zugasti no le quitaba ahora su pareja como Julia se la había quitado antes, y mientras se acercaba nuevamente a Guadalupe, aproximóse Claudio a su prometida, y, bajando la voz, dijo nerviosamente:

—Ud. me abandonó antes para irse con Valcárcel. Me parece que el mismo derecho tenía yo para abandonarla a Ud. ahora e irme con Guadalupe.

—¡Ah!...—replicó Julia sonriendo coquetonamente—¿Pero lo toma Ud. en serio?...

—Tanto como en serio...—murmuró Zugasti, emocionado por la mirada de su prometida—tanto como en serio...

—Pues, entonces...

—¡Jesús!—interrumpió doña Ruperta, que en aquél momento estaba frente a frente de los futuros esposos—¡Qué caras más patibularias traen ustedes!...

Y cogiéndose del brazo de Julia, mientras que Zugasti sacaba y encendía un cigarro, añadió en voz baja:

—¿Estáis de monos?...

—¡Quiá!—contestó Julia sin saber qué responder.

—Pues, entonces, prosiguió la obesa mamá—señálame un sitio donde pueda...

—Mire Ud.—indicó Julia, sin dejarla concluir.—Métase Ud. por este callejoncito, y detrás de una chavola que hay a la izquierda...

Poco después, los expedicionarios se encontraban esperando junto al descargadero del carbonato calcinado, prolongado andamiaje bajo el cual había unos cuantos miles de toneladas de dicho mineral, y cuando ya Calabaza-

torre anunciaba que estaba pronta a llegar, por aquella vía semi-aérea, la vagoneta completamente cargada, preguntó Matilde Larrea:

—Pero señores, ¿se ha evaporado doña Ruperta?...

—¡Hombre, es verdad!—exclamaron algunas voces.

—¡No se apureñ Uds!...—dijo Julia que, cogida del brazo de su padre, escuchaba una disertación de Gonzalo acerca de la influencia del ambiente en el carbonato.—¡Está muy cerca de aquí!

En aquel momento llegó a toda velocidad la ansiada vagoneta, sobre la cual se veía un trabajador contentiendo la marcha con el freno, y, apenas se hubo detenido y comenzado el hombre a hacer los preparativos para su descarga, exclamó don Cirilo separándose del descargadero:

—Apártense Uds... apártense Uds... que de lo contrario se van a poner perdidos...

—¿Por?...—preguntó Juanito Basterrechea.

—Por el mucho polvo que se levanta...

—¡Caracoles!—exclamó Echaluze—¡Yo que pensaba irme junto a aquella chavola para ver la descarga desde más cercal...

Y cuando la vagoneta, el hombre que iba a su cuidado, el descargadero y la chavola, desaparecieron de la vista de los espectadores tras la densa nube de polvo que el carbonato levantaba al caer desde gran altura, oyéronse unos agudos chillidos entre aquella humareda infernal, asustáronse todos temiendo hubiera ocurrido alguna desgracia, y de pronto, corriendo fatigosamente y agitando en el aire los brazos, apareció ante los expedicionarios, siendo acogida con una carcajada general, porque Julia se creyó obligada a decirlo para calmar temores infundados, la infeliz doña Ruperta, jurando y perjurando que antes se enclaustraría en el *water-closet* de su casa que volver a visitar una mina, aunque fuese de oro.

—Ahora se le pasará a Ud. el susto...—dijo Calabazatorre—Con tomar alguna cosita...

—¿Pero me voy a sentar a la mesa con tanto polvo encima?...

—¡Que traigan unos zorros! —gritó Sorri-gueta.

—No, lo que le hace a Ud. falta—interrumpió Claudio Zugasti, ansioso de entablar conversación aunque fuese con doña Ruperta—es tomar un baño...

—¡Hombre!.. A propósito de baños... Me han dicho que se marcha Ud. a Alzola dentro de tres o cuatro días.

—Sí, señora: el viernes.

—Pues, bien, tengo que darle a Ud. unas estampitas de la Sagrada Familia, para que se las entregue de mi parte...

Media hora más tarde, cuando el *lunch* tocaba a su fin, acercóse el contratista Lingotechea a don Cirilo y le dijo:

—Si quieren Uds. estar en Las Arenas para las doce y media, ya pueden prepararse.

—Ahora mismo...

Después de empaquetada de nuevo la gente expedicionaria en el tren de percalina roja, embarque que, por hacerse apresuradamente y sin orden alguno, obligó a Gonzalo a colocarse al lado de Calabazatorre y no al de Guadalupe, quien juntamente con Julia había subido en una vagoneta de señoras solas, gritó Pepe Gamborena levantando su sombrero de paja:

—¡Viva el trabajo!.. ¡Viva don Cirilo!.. ¡Viva!..

Una detonación espantosa, seguida de otras varias; interrumpió los vivas de Gamborena, y cuando todos los convidados se llevaban las manos a la cabeza encomendándose a Dios y a

la Santísima Virgen, pues vieron de repente cruzar por el aire y en todas direcciones una copiosa lluvia de pedruscos, algunos de los cuales cayeron muy cerca del tren en que se hallaban. Calabazatorre, loco de entusiasmo y gritando como un energúmeno, dijo dirigiéndose a sus convidados:

—¡No hay cuidado!... ¡Son los barrenos que había preparados y que di orden de quemar a un tiempo cuando llegase la hora de la partida!... ¡Todavía faltan algunos!...

—¡Pero esto es una barbaridad!—exclamó Marianito Irigoyen con voz de tiple—¡Una salvajada!...

—¡Claro!—chilló doña Simona Zornoza.—Como que de esta hecha...

—¡Tortilla, señora!—concluyó doña Restituta.—¡Todas tortilla!...

Y confundida con el silbar de la locomotora, que comenzaba entonces su marcha, las detonaciones de los nuevos barrenos y las protestas de los expedicionarios, oyóse la monumental voz de Calabazatorre, quien, sin hacer caso de nadie, gritaba entusiasmado:

—¡Viva... viva *Mi difunta!*...

LA GRAN IDEA

El lejano silbido del expreso que a las once había salido de Bilbao, y que dentro de unos minutos se presentaría en la estación de Alzola, tambaleándose como un borracho y sembrando en los ojos de los viajeros los gruesos residuos de carbón que se escapaban por la chimenea de su locomotora, hizo cesar las conversaciones que, allá en el jardín del Establecimiento, sostenían los aburridos bañistas, obligándoles a franquear presurosamente el empinadísimo puente sobre el río Deva, para llegar, echando el bofe o poco menos, al modestísimo andén de la estación, donde paseaban en amigable consorcio, desde hacía largo rato, una robusta pareja de jóvenes miqueletes y otra no tan robusta de RR. PP. Jesuítas.

Aquellos dos mocetones de rostro lampiño y ojos muy azules, habían sido, durante su primera edad, pinche de cocina uno de ellos y

fámulo limpiabotas el otro, en el santuario de Loyola, y de ahí su amistad, su respetuosa amistad para con aquellos buenos Padres, que huyendo de los bañistas, porque entre ellos había algunos no muy devotos de la Compañía, buscaban en la charla con los guipuzcoanos el medio de entretener dulcemente el tiempo mientras reposaban un poco la comida.

Por tal razón, cuando entre los numerosos viajeros que del tren bajaron un momento después, descubrió el P. Pérez a Claudio Zugasti, su antiguo discípulo de Orduña, dirigióse alegremente hacia él, sin hacer caso del otro Padre, entretenidísimo entonces en recorrer con la vista el interior de todos los vagones, y, ayudándole a sacar de la plataforma del coche la abultada maleta, díjole radiante de júbilo:

— ¡Muchacho!... ¡Tú por aquí!... ¡Si supieras qué bien me vienes!...

Luego, volviéndose hacia un chicuelo mofletudo y coloradote, que estaba comiendo a dos carrillos una hermosísima manzana, sin preocuparse poco ni mucho de lo que en su alrededor pasaba, díóle un cariñoso cogotazo, y, entregándole la maleta, le ordenó:

—¡Anda, *mutilla!*... ¡Al Establecimiento!...

Cinco minutos más tarde, el silbar de la locomotora turbó de nuevo el grandioso silencio de las elevadas montañas; arrancó el tren penosamente, dando tiempo de sobra para que a él subiesen algunos aldeanos que habían ido a visitar la sección de «caballeros», allá en el maizal, y juntamente con el alegre *jagur!* de una arrogante *nesca* asomada a la ventanilla del último coche, perdióse el expreso tras un brusco recodo de la línea.

—Nada, lo dicho—repitió el P. Pérez a Claudio Zugasti, cogiéndose de su brazo y conduciéndole hacia el balneario.—Me vienes que ni de perillas.

—Pues, si no hubiera sido por unas estampitas que para Ud. me ha dado su amiga doña Ruperta, me habría extrañado encontrarle a Ud. aquí.

—Es mi época de vacaciones, hijo mío—replicó el P. Pérez cambiando de tono;—la época en que me escapo de Bilbao para tomar estas aguas.

—¿Le sientan a Ud. bien, verdad?...

—¡Oh, sí!... Me rejuvenecen un poquito, nada

más que un poquito, porque, créeme chico, el Padre Pérez es ya cosa perdida.

Entraban entonces en el jardín del Establecimiento, y como el jesuíta notara que su compañero de comunidad se había quedado en el andén, charlando con los miqueletes, dió a Claudio unos golpecitos en la espalda, e indicándole una criada que salía entonces a encargarse del recién llegado, despidióse de él diciendo:

—¡Hasta luego, muchacho!... Cuando hayas concluido de comer vendré a buscarte para que vayamos juntos a dar un paseo, si es que no tienes inconveniente en ello.

—Al contrario, Padre, con mucho gusto — replicó Claudio, a quien la compañía del reverendo no desagradaba del todo, por saber que no encontraría en el Establecimiento persona alguna con quien hablar.

—Si te parece, podremos llegarnos hasta Mendaro.

—Eso es, tomaremos allí un chocolatito y nos traeremos una buena provisión de los célebres bizcochos.

—Conforme.

Y dando su mano a Claudio, el cual se inclinó para besarla, no consiguiéndolo porque al

bueno del Padre no le gustaba que le besasen los hombres, dió media vuelta, y, cruzando, otra vez el puente con las manos escondidas según costumbre en las mangas del balandrán, fué a reunirse con su compañero en Jesús, quien, lleno de entusiasmos, contaba a los dos miqueletes cierta aventura que le sucediera siendo capitán carlista en la pasada guerra, y a causa de la cual ingresó en la Compañía.

—Conque ¿qué hace Ud. esta tarde, señor capitán?—interrumpió el P. Pérez, sonriendo bonachonamente.

—¿Quién, yo?... replicó el interrogado—Pues, sencillamente, encerrarme en mi cuarto después de tomar el agua, para estudiar un poco la nueva clase que el Padre Provincial me ha encomendado en Deusto.

—Vaya, me alegro de que me deje en libertad. Ha llegado de Bilbao un mi exdiscípulo de Orduña con quien tengo que tratar de ciertos asuntos, y mientras Ud. se dedica al estudio yo voy a largarme con él para dar un paseito hasta Mendaro. Le traeré a Ud. unos bizcochos de aquellos que tanto le gustan.

Una hora después, cuando el sol brillaba con toda su plenitud, haciendo, por el contraste, más

negras las sombras de las altas montañas y más blanca la empolvada ceniza de la carretera, el rodar de una cesta, tirada por un par de caballos, cuyo trote acompañaban armoniosamente los cascabeles colgados de sus arreos, alborotó a la gente del Establecimiento, ocupada casi toda ella en dormir la siesta tranquilamente, despertando su curiosidad hasta el punto de lanzarla de la cama, para ver por detrás de los cristales quiénes eran aquéllos viajeros.

Iban en la cesta, resguardados de los rayos del ardoroso Febo por el cimbreante toldo del carruaje, el P. Pérez, Claudio Zugasti, y un matrimonio de siglo y medio a repartir, al cual el jesuita y Claudio se habían prestado a acompañar hasta Deva, porque, francamente, valía más darse el paseo en coche y tomar el chocolate y comprar los bizcochos en Mendaro, cuando volviesen de la orilla del mar, que lanzarse a pie por aquella carretera en que las ruedas de la cesta levantaban espesas nubes de polvo.

Además, el viaje a Deva no venía mal a Zugasti, pues en el Hotel Monreal había de entregar unos títulos de Interior, los famosos títulos

que tanto dieron que rabiaron a Calabazatorre, a un capitalista bilbaíno al que por telégrafo se los había vendido el día anterior, y sobre todo, porque no tenía realmente nada de qué hablar con el P. Pérez, a no ser que se dedicasen a recordar aventuras del colegio o a lamentar desdichas de la repatriación de Cuba y de Filipinas entonces en su apogeo.

¡Ni juego que habían dado los tales títulos!..

Cuando Zugasti llegó y hacía su entrega y el recuento de los billetes sobre la cama del comprador, mientras que el P. Pérez aprovechaba la ocasión para darse unos paseitos por el largo corredor del primer piso del hotel, leyendo su breviario, dijole el capitalista, bajando mucho la voz para que Claudio comprendiese que le hablaba en secreto, que no había comprado para él aquel papelucho que seguramente bajaría mucho dentro de poco, sino para un cura del pueblo al cual cobraría cincuenta céntimos más de lo que los títulos habían costado...

—Porque, la verdad, eso de trabajar de balde a nadie le hace gracia.

Dieron luego el P. Pérez y Claudio una vueltecita por la Alameda; entretuviéronse un rato

viendo jugar en el frontón adyacente a la playa a algunos pelotaris de la colonia madrileña; subieron un poco por la carretera que conduce a Iziar para contemplar, desde el sitio llamado «el mirador», la majestuosa tranquilidad del mar y el bello paisaje de la costa al alcance de sus ojos; regresaron luego, internándose hacia la plaza del pueblo, para rezar un credo en la iglesia y admirar, ya casi al anochecer, el valioso claustro construído a la derecha del altar mayor, y después de entretenerse un instante, cuando de la iglesia salieron, gozando de la algazara que levantaban las muchachas amontonadas a los cuatro chorros de la fuente, con sus herradas de reluciente cobre, volviéronse hacia la Alameda, y una vez que el cochero hubo encendido los faroles de la cesta, subieron a ella y arrellanáronse cómodamente en los almohadones forrados de dril.

Minutos después, cuando por el serpentear de la carretera perdieron de vista la iluminada galería del palacio del marqués de Valmar, última gran casa del pueblo cuando de él se sale por la carretera de Elgoibar, el P. Pérez, que desde que montó en la cesta no había dicho «esta boca es mía», inclinóse misteriosamente

hacia Claudio, seguro de que éste le escucharía con interés, porque a ello convidaban la soledad del camino y el eco que iba dejando el rodar del coche en las montañas de la orilla opuesta del río, y le dijo con voz un poco velada por la emoción.

—Oyeme, Claudio... Tengo que hablarte..

Y un poco más envalentonado, al reparar en que Zugasti se disponía a escucharle, continuó:

—Tu creerás, seguramente, que si me he cosido a tus faldones esta tarde, ha sido tan sólo por dar un paseo... Pues, no ha sido por eso. Ha sido por otra cosa de mayor importancia, cuestión de vida o muerte para tí, de la que me atrevo a hablarte porque te quiero de verdad, y porque sé que sobre ella has de guardar reserva aunque yo no te la pida. Escúchame con calma y medita cuanto te diga, porque todo ello es para tu bien.

Corrió el P. Pérez las cortinillas de la cesta, pretextando que hacía fresco, y una vez cerradas por los cuatro costados y aislados en aquel pequeño y obscurísimo cuadro, prosiguió lentamente:

—Hace ya algún tiempo, cierto día en que yo hablaba con una buenísima señora, que tú de-

bes de conocer cuando menos por referencia, ocurrióseme una idea, una idea maravillosa por las buenas consecuencias que su realización puede reportar en caso de que a tí no te desagrade, la cual he meditado larga, muy largamente, sin decidirme nunca a sacarla fuera de mi cacumen ni mucho menos exponerla a aquella o aquellas personas a quienes puede interesar. Apenas bajaste hoy del tren, pensé que había llegado la ocasión de decidirse, y por eso, mientras te abrazaba, te dije que me venías de perillas. Tú no me pudiste comprender entonces; pero ahora, apenas comience a darte cuenta de mis meditaciones, me entenderás perfectamente. Vamos al grano. Tú has contratado, *contratado*, fíjate bien en la palabra, con don Cirilo Calabazatorre, tu boda con su hija. En ese contrato no perseguís él y tú otra idea que la del mútuo negocio, la de regodearos en vil metal. Pero en cuanto a la base del sacramento matrimonial, en cuanto a eso que se llama amor y que debe existir por fuerza en todo matrimonio para que los cónyuges sean felices, no habéis contratado nada... porque no había materia contractable. En fin, háblame con

franqueza, sé sincero conmigo. ¿Tú amas a Julia o no la amas?...

—No, Padre, no la amo—replicó Zugasti como dudando de lo que decía.—Es decir... la amo... pero...

—¿No con el amor del matrimonio, verdad?...

—No...

—Con el amor del maridaje...

—Padre...

—Sí, amor material. No te avergüences, que no eres el único. Vamos adelante.

Y lleno de contento el P. Pérez al ver las buenas disposiciones de su compañero de expedición, sacó del balandrán la caja de rapé, sorbió un polvo, y continuó diciendo:

—Un matrimonio en tales condiciones sería tu desdicha, tu infelicidad para toda la vida, porque si tú no la quieres a ella más que... así, y ella no te quiere a tí más que del mismo modo, pasados los primeros meses, mejor dicho, los primeros días, no solamente llegaríais a miraros con indiferencia, sino a no poder soportaros el uno al otro, es decir, a odiaros, precisamente cuando más falta os haría quereros entrañablemente. Parece que me entiendes. Cuando vienen los hijos.

—¿De modo, Padre, que usted cree que debo romper con Julia?...

—Lo creo, sí, pero no te lo aconsejo porque mi papel en este mundo no es el de hacer y deshacer matrimonios.

—¿Entonces?...

—Atiende... No te lo aconsejo como sacerdote, porque el asunto es en cierto modo de índole mundana y pudiera muy bien equivocarme a pesar de mi santo deseo al aconsejarte; pero como amigo, como particular que te ha conocido siendo pequeño y te ha tomado más cariño del que generalmente suelen tomar los maestros a sus discípulos, debo advertirte, para que tú medites la advertencia y hagas después lo que te parezca, que, dando de mano al egoísmo que por desgracia preside hoy día en la *confección* de casi todas las bodas, pudieras encontrar tu felicidad precisamente allí donde crees que no puede ni debe buscarse, dando ocasión con ello para que tu prometida fuese también feliz al imitar tu buen ejemplo. Porque, así como Julia tiene lo suficiente para elevar a su posición pecuniaria a alguno que la quiera... a alguno a quien tal vez tenga algo que agradecer... así también tú... podrías casarte con alguna que

te ame... y que por sus bellezas y sus bondades... lograría hacerte feliz.. aunque no llevara un sólo céntimo de dote.. No sé si me explico, ni tampoco si me comprendes bien...

—¡Estamos en Mendaro!—interrumpió entonces el cochero, asomando la cabeza por entre las cortinillas delanteras—¿Bajaré a cojer los bizcochos?

—No, sigue adelante—replicó Claudio, a quien las palabras del P. Pérez habían despertado extremadamente la curiosidad.

Y reanimados por un par de trallazos los caballejos que tiraban de la cesta, salieron corriendo casi al galope, mientras Zugasti decía al jesuíta con no fingida emoción:

—Pero habiendo dado ya mi palabra... Estando enterado todo el mundo de que me caso con Julia... Habiendo hecho público...

—No, realmente no es fácil ni mucho menos—replicó el P. Pérez,—porque como no todo el mundo sabe lo de esos títulos...

—¿Quién se lo ha dicho a usted?..

—Y lo de aquellos pequeños *morros*—concluyó el P. Pérez, sin hacer caso de la pregunta de Claudio—que hubo entre tú y ella en la expedición del otro día...

Quedóse pensativo Zugasti durante un instante, pasóse la mano por la frente con ademán nervioso, y cogiendo de pronto la que el Padre Pérez le tenía puesta sobre la rodilla, preguntó estrechándosela fuertemente:

—¿Puedo saber quién es ése uno a quien Julia tiene algo que agradecer?...

—No creo que haya inconveniente.

—¿Quién?...

Un muchacho... que tú conoces... y de quien me han dicho que le ha sido muy simpático a Calabazatorre.

—¿Y la mujer que me quiere, quién es?...

—Eso... no puedo decírtelo.

—Pero...

—Vale más que lo adivines.

En aquel instante llegaron a Alzola, y en tanto que Claudio se entretenía en pagar al cochero, el Padre Pérez, acercándose al ex-capitán carlista, que le esperaba a la entrada del Establecimiento, le dijo alegremente:

—Padre.. ¡se habían concluído los bizcochos! Pero, en cambio, le traigo a este antiguo colegial de Orduña con quien he pasado una gran tarde recordando tiempos pasados. Era todo un buen muchacho, casi un santo, y si no fuera

por lo revoltoso... hubiese merecido que se le quisiera. Figúrese que en la clase de Retórica me soltó un día un ratón... con un papel en el rabo que decía «Viva la libertad». Gracias a que ahora es más formal... ¡Como que está hecho un bolsista de primeral...

Y Claudio Zugasti, recordando lo de los títulos de Interior y las muchas jugarretas que a Calabazatorre podría hacer mientras no fuera su yerno, asintió con un movimiento de cabeza a lo dicho por el P. Pérez y sonrióse suavemente.

Estaba pensando en Guadalupe.

INTERMEZZO



Desperezábase el alba.

La nevada copiosísima que sobre París había caído durante toda la tarde anterior, despertando gran contento entre las vacantes de los *boulevards* por lo inesperado de que en aquél Noviembre de 1898 pudieran encaminarse, llevando las faldas arremangadas hasta la rodilla y los patines metálicos bajo el brazo, a lucir sus gracias y habilidades en el *Jardin d'Acclimation* o en los *Champs Elisées*, luego que el frío congelase el agua de los estanques en modo suficiente para que sobre su tersa superficie pudiesen actuar ellas de ondinas y neréidas, prestaba a la gran ciudad, en el tardío clarear de aquella mañana, un aspecto tristón y melancólico con el que sin duda simpatizaba, allá tras los cristales de un balcón del *Grand Hôtel*, ese magno edificio del *Boulevard des Capucines*, cierta joven a medio vestir, de la

que se burlaban, sin que ella pareciese notarlos, los cocheros que, habiendo por fuerza madrugado, retozaban por entre los árboles, las columnas *Rambuteau*, los quioscos de periódicos y los *fiacres* de la parada, arrojándose gruesas pelotas de nieve, y celebrando los blancos con carcajadas cuyo eco se perdía entre los pliegues de sus enroscadas bufandas.

Dentro, en la habitación a que aquel balcón correspondía, gabinetito muy cucamente adornado sobre cuyos muebles veíanse, arrojadas en confuso *maremagnum*, ropas de hombre y de mujer, sacadas precipitadamente del baúl y maletas en que con todo cuidado habían sido acondicionadas para un largo viaje, turbaban el silencio, de cuando en cuando, los sollozos de aquella joven que, con finísima camisa de batista y los pies descalzos, desafiaba el penetrante frío del amanecer, en tanto que de allá, tras los cortinajes de la alcoba, escapábanse con ruidosa parsimonia los ronquidos de un hombre que dormía a pierna suelta, soñando acaso en que dulcemente le sonreía la que con tanta congoja lloraba.

Llevada por su imaginación calenturienta a esferas más altas que las de tejas abajo reco-

rremos, la desdichada que con su aliento empañaba débilmente el cristal en que apoyada tenía la cabeza, complaciase en volar audazmente, como el condor y el águila caudal en los elevados picos de los Andes, por lo que para ella era entonces cordillera aún más elevada, de la cual, si las caricias de su marido no llegaban a tiempo para salvarla, estaba ya próxima a despeñarse con las alas fundidas como Icaro y enrollada la cabeza entre las negras trenzas de sus frondosísimos cabellos.

La recién casada pensaba en *Cyrano*, en *Cyrano de Bergerac*, en el protagonista de esa obra de Rostand, cuyos versos había devorado en el ejemplar que a sus manos llegase, admirando y envidiando el sobrenatural modo de amar de este poeta y espadachín de nariz descomunal, en tanto que rabiaba contra *Roxana*, la mujer amada, por su torpeza en no adivinar el cariño de aquel hombre extraordinario, llevado por su pasión hasta el imponderable sacrificio de arrancarse el alma, para, delante del ídolo adorado, dejarla pisotear una y mil veces.

Tal vez porque estaba en París, muy cerca probablemente del teatro donde *Cyrano* se re-

presentaba, y acaso también por la promesa que su marido hablaba hecho, cuando ella se lo suplicó durante el viaje, de llevarla a admirar al gran Coquelin en la encarnación que de tan importante papel hacía, era por lo que, para tortura de su corazón y de su pensamiento, meditaba en aquel personaje del mundo de los poetas, tan diferente del que, sin acordarse de su *Roxana*, dormía como un lirón, importándole tres cominos de cuantos sacrificios de amor se han hecho y puedan hacerse en este pícaro barrio.

Acaso para distraerla de sus pesadumbres, por misteriosa orden del dios Cupido, el dorado reloj, que sobre la chimenea del gabinete había, dió entonces siete campanaditas a las que respondieron en diferentes tonos las de otros relojes del hotel, no muy alejados, estremeciéndola primero y haciéndola pensar después, en que también los relojes tienen su voz para entenderse unos con otros y contarse sus amores con la seductora velocidad del tiempo.

Y en tanto que, por el grisáceo cielo, comenzaba a difundirse el sigiloso resplandor rojizo con que el astro soberano anunciaba su solemne despertar, dió la joven tregua a sus sollozos,

separando al paso la frente del cristal en el que tan largo rato habíala tenido apoyada; enjugóse dos gruesas lágrimas con el vaporoso encaje que pendía del descote de su camisa, y fué andando, andando lentamente, en dirección a aquella alcoba, de la que por causa del prosáico roncar que la impedía conciliar el sueño, habíase escapado con la mente atestada de negros pensamientos y muertas en su corazón las ilusiones que forjase para aquella tan ambicionada noche de amor.

Poco después, cuando temblando de frío echaba mano a las cubiertas del lecho, para levantarlas suavemente y esconder su cuerpo en aquella dulce tibiedad, detúvose temerosa; recostó su hermoso busto contra la mesilla de noche, haciendo caer de ella un cenicero, apesante por las colillas de que se hallaba repleto, y permaneció un largo rato en aquella posición, mirando con tristeza hacia la desocupada mitad de la cama y evocando en silencio un sin fin de amargos recuerdos.

Ahora era cuando aquella rival de Venus, cuya aflicción realzaba a no dudarlo su belleza, se daba cuenta de todo cuanto por ella había pasado desde el día en que su primer amor,

aquel amor del que tan sólo Dios, ella y... acaso él conocían, había sido abofeteado por un cruelísimo desengaño.

Recordaba confusamente cierta peligrosa aventura en la que un apuesto joven había actuado de héroe; un libro que de mano desconocida recibiera y que constituyó para ella mayor fiesta que la que sus amigas le brindaban; media docena de palabras pronunciadas en un instante de delirio y acaso por eso mal interpretadas; la repentina e inexplicable indiferencia de aquél por quien se había creído adorada; la noticia escuchada en una visita, con la sonrisa en los labios y la mueca de dolor en el alma, de que el héroe se casaba; su desengaño dolorosísimo y el consiguiente despecho; una inesperada declaración de amor... y su fervorosa súplica a Dios para que la hiciese olvidar aquel sueño y enamorarse a ciegas del hombre que la pretendía por esposa, del hombre que allí, a su lado, roncaba como un hipopótamo.

¡Cuán diferente habría sido la conducta del otro, de aquél otro con quien soñó ser feliz, si la suerte se lo hubiese deparado por esposo!...

A buen seguro que no relincharía como re-

linchaba éste, y a buen seguro también, que no la hubiese dado la espalda sin siquiera pedirle permiso para cometer tal falta de conyugal galantería. No, y mil veces no. Aquél jamás se hubiera dormido hasta verla dormida a ella; nunca la hubiese hablado con frases vulgares y bajas, carnales y soeces, sino que por el contrario, hubiera procurado engarzar en sus palabras delicados pensamientos de amor sagrado, no de amor chabacanamente profano, y habría pintado ante sus ojos, mojando los pinceles en el enorme tarro de las ilusiones de color de rosa, un porvenir de felicidad sembrado de bellezas y de encantos, un cielo azul sin nube alguna...

Y la recién casada volvía sin quererlo a pensar en *Cyrano*, en un *Cyrano* por ella forjado, y que, allá en su imaginación, veía trabajando a la mesa de un despacho muy artísticamente adornado; mesa toda revuelta que pondría ella después en orden, porque ella tan sólo era quien sabía arreglarla a su gusto, colocarla de manera que desde el mirador en que su mujercita cosía, aquel mirador todo adornado de flores, pudiera él, sin levantarse, sonreirla y echarla besos con la punta de los dedos, para

que después, cuando la hora del descanso llegase, salieran los dos a paseo... no en coche, porque no lo tenían, sino cogiditos del brazo y hablando en voz muy queda, con las caras muy unidas, por sitios solitarios, por lugares en que nadie pudiera verlos y burlarse de ellos, como dos novios, como dos enamorados, haciendo proyectos para cuando Dios les enviase el primer chiquitín.

¡Qué de ternuras, qué de mimos y placeres indecibles habrían de procurarse una a otra sus dos almas, en aquella deliciosa intimidad conyugal con que soñaba en otro tiempo y que tanto temía ahora no llegar a conseguir jamás!... ¡Y ella, infeliz, que había querido, a fuerza de voluntad, hacerse a la idea de que aquel marido, que al lado tenía, era igual en todo al marido de sus sueños de soltera!...

Nunca hubiese creído, ni aunque se lo hubieran jurado habría tenido temor de ello, encontrarse en su viaje de novia como ahora se encontraba, fuera del lecho, medio helándose de frío, y llorando como una Magdalena al ver caídos por el fango sus risueños ideales de amor, en tanto que se disponía a acostarse, tan sólo porque a ello la obligaba la baja tem-

peratura de la habitación. Pero no, no era a su lado donde quería buscar abrigo para la aterida epidermis de su cuerpo. Allí no había más que materia y lo que necesitaba era un corazón, algo de poesía y espiritualismo, que la indemnizase del penoso sufrimiento que sus tristes ideas veníanla ocasionando durante aquella noche inacabable, aquella noche horrible de fracaso brutal para ella.

Un hilito de luz, que, filtrándose por el balcón, jugueteaba entonces con los avalorios de una salida de baile extendida sobre el sofá del gabinete, sugirióla una idea que no dudó un sólo instante en realizar, y dos minutos más tarde, con los pies envueltos en su vistosa manta de viaje y arrebujada cuidadosamente en la forrada prenda, la acongojada novia, entornando sus hermosos ojos garzos en dirección a la coqueta que enfrente del sofá tenía, sonrefase melancólicamente al verse tan abandonada, y elevaba su pensamiento a Dios suplicándole que la ayudase a olvidar aquel amor de otro tiempo, iluminando al paso a su marido para que comenzase a amarla como ella se proponía amarle a él, con todo su espíritu, con todo su pensamiento, con su alma toda.

Y cuando, rendida de cansancio, escondía entre sus párpados los ojos, sintiendo que ya su cuerpo se iba templando lentamente y casi arrepintiéndose de no haberse acostado junto a su marido, oyó la regocijada voz de una *femme de chambre*, ocupada sin duda en barrer la sala adyacente, que con *boulevardier* acento tarareaba el delicado aire de *La Mascotte*:

Un baiser c' est bien douce chose
un baiser sur le lèvre de rose,
c' est avec ça que les mamans
consolent les petits enfants...

Breve rato después, los rayos de sol que penetraban por el balcón del gabinete y que alegremente se filtraban por entre los cortinajes de la alcoba hasta el mismísimo lecho conyugal, comenzaron a cosquillear en los ojos del incansable roncante, haciéndoselos abrir cachazudamente, y cuando ya el medio despierto cónyuge se desperezaba, estirando hacia el techo sus brazos y abriendo una boca de a palmo, con la cual parecía querer tragarse la bombilla eléctrica pendiente sobre la cama, desaparecieron repentinamente, privando de su

luz a la estancia, por capricho sin duda de alguna nube que en aquel momento cruzaba por el espacio.

Casi despabilado ya nuestro hombre, y mientras con los dedos hacía una rápida *toilette* de su barba y bigote, no olvidando el toquecito de saliva para las guías, cayó en la cuenta, al volver su vista a la desocupada mitad del lecho, de que no se hallaba allí su compañera de amores, y luego de contener la respiración durante un segundo, para cerciorarse de si en el gabinete se hallaba, juzgó prudente y acertado el opinar que tal vez hubiese salido de la habitación un momento, y, en tal creencia, se volvió a desperezar largamente, inclinándose luego hacia la mesa de noche, donde antes estuvo reclinada su media naranja, para alcanzar la petaca y entretenerse fumando hasta que regresase.

Extrañóle ver en el suelo el cenicero y regadas por la alfombra las puntas de los pitillos que fumara la noche antes, mientras ella arreglaba su peinado nocturno; sorprendióle también el encontrar, allí junto a la mesilla de noche, las chinelas de su mujer, y colgadas de una silla sus medias negras enroscadas en las

ligas azules; pero pensando que habría, durante el sueño, tirado el cenicero de un manotazo, por no poder aguantar el mal olor del tabaco ya fumado, y que acaso por andar de prisa hubiese llevado desnudas las piernas y los pies metidos en las botas suizas que recordaba haber visto fuera del baúl, encendió su cigarrillo, lanzando al aire grandes bocanadas de humo, y volvióse hacia la otra mitad de la cama para dejar libre a su mujer la que entonces ocupaba.

Por cierto que aquella ausencia de su compañera, ahora que con la cabeza ya por completo despejada la meditaba, disgustábale extraordinariamente. Siempre, en sus correrías de muchacho y de mayor, habíase dado el gusto de despertar a la que tenía al lado, aproximando mucho sus labios a los de ella y echándola por la entreabierta boca el humo del cigarro hasta hacerla toser y abrir los ojos, y hubiera querido, con la que hoy era su esposa legítima, continuar su tradicional costumbre, aunque sólo fuese por comprobar si resultaba en realidad tan pava, que le disgustaban el sin fin de cosas por las que tanto la habían distinguido las demás hembras que tratara íntimamente.

Desde que se encontró a solas con su costilla, había comenzado la sospecha de su equivocación.

Aquella joven con quien se había casado por cierto afán de venganza, por amor propio, y por la perspectiva de hermosos negocios con alguien a quien no llegó a tener por suegro, es decir, por socio para las ganancias, sin tomarse el trabajo de procurárselas, no era ni con mucho lo que presumiera al ofrecerla su nombre, aquel nombre que, como había creído hasta entonces, no podía menos de subyugar y seducir por lo mucho que significaba estampado al pie de un talón o de un cheque. Era, por el contrario, una niña mimosa y tímida, una romántica, como había oído apodarla en otro tiempo, a la cual se hacía preciso tratar con cierta delicadeza y amar de cierto modo que no acertaba a satisfacerle a él, ilusionado hasta entonces con que, disfrazada tras sus recatos y pudores, fuese aquella una mujer voluptuosa y nunca harta de goces, una sensual curiosa y anhelante por estudiar y aprender de amor.

¡Cuánto más se hubiese divertido en este segundo viaje que a París hacía, si hubiera ve-

nido sólo, libre en absoluto para dejar hoy la compañera que ayer eligiese, con la única obligación de desembolsar unos cuantos francos y contestar *pas de quoi* a un sonriente *merci!*

Nunca olvidaría, y ahora más que nunca las recordaba, aquellas comiditas que en compañía de *madamas*, todos los días diferentes, hacía en la *Maison Dorée* y en otros *restaurants* de mucho menos fuste que el del *Boulevard des Italiens*; los bailes a que en el *Moulin Rouge*, allá en *Monmartre*, había asistido sin llevar compañera, pero volviendo con una a más no pedir, y aquellas borracheras que, cenando a altas horas de la noche, había pillado más de una vez, para dormirlas luego con un camisón de seda muy bien perfumado, prestado por ella y por ella misma puesto, cuando él estaba ya tumbado en la cama sin saber apenas dónde se encontraba, pero sin haber olvidado que tenía luises sobrantes en el bolsillo del chaleco, para pagar con esplendidez las mil atenciones de la que tan galantemente le había invitado a pasar doce horas en su casa.

Nada, estaba visto que la mujer que le cupiera en suerte era una mujer sin sal, una que

había errado su vocación y que en vez de andar en tales trotes debiera estar cantando maitines, allá en el viejo coro de un convento tris-tón y sombrío, cosa ya comprobada por el respeto y timidez con que le besara y por sus espantados ojos al escuchar algunas frases de amor, sus chistes apropósito de varias cosas y sus breves palabras acerca del porvenir, y cierto también, que si hubiera creído llevarse tal chasco, habríase echado atrás, diciéndola *no-nes* aún a última hora, como solía hacerlo en los negocios cuando por recibir oportunas noticias veía que no le eran convenientes, o proponiéndola algo parecido al matrimonio y cien mil veces más cómodo para ella y para él, sobre todo para él, tomando como poderoso pretexto para el caso su caritativo celo y su afán de protección hacia el necesitado.

¡Qué diferencia entre ésta y aquélla con la que estuvo a punto de contraer antes el vínculo sagrado!...

No sabía por qué, la otra le recordaba las cantantes de *Folies Bergères*, las *demoiselles* que en su anterior viaje a París había visto pasar, muy encopetadas y sonrientes con todo el mundo, por los concurridos *Boulevards*, de-

teniéndose a mirar los escaparates de las tiendas en cuanto notaban que alguno las seguía; y no sabía tampoco por qué, hubiese dado algo importante para que, en lugar de ser su mujer de ahora la que volviera dentro de un rato a tumbarse a su lado, fuese su novia anterior, aquella rubia de ojos azules y labios tan incitantes, en la que podría pensar todo cuanto quisiera, aunque sin esperar conseguir nada de ella, en primer lugar, porque tenía dinero, y, en segundo, porque acaso era ya de otro, de aquel mequetrefe, de aquél títere que aún tenía atragantado.

¡Y pensar que únicamente por un disgusto en cierto negocio, mejor dicho, por el engaño que en él habían causado algunos consejos dados con la más sana intención del mundo, y por la esperanza de encontrar en la que ahora era su mujer otra igual a aquélla o aún más de su gusto, se había jugado la felicidad que imaginara, aparte de unos cuantos miles de renta anual!...

Lo dicho, que esta señora que Dios le había concedido para que él la diese de comer y ella le diera que gastar en otras, podría ser muy buena para madre o para hermana, para es-

posa de un viejo necesitado de cuidados y atenciones o para cónyuge de algún macaco que hubiera estudiado la carrera de cura y se hallase dispuesto a meterse a fraile, si su costilla quería hacerse monja; mas para él, que estaba muy lejos de todo eso, para él que era todo vida y todo amor, asemejábase su esposa a un título grande de Amortizable, que podría valer mucho por ser muchos los miles de pesetas nominales que representaba, pero que nunca se pagaría con dos o tres enteros sobre la cotización, como sucedía, por ser más codiciados, con los títulos pequeños del mismo papel.

Y una vez evocado el recuerdo de la Bolsa, aquella su profesión en la que tan ducho estaba y a la que pensaba dedicarse, en cuanto su viaje de boda terminara, con más ahinco que nunca, para poder indemnizarse de lo que con su precipitado y no bien digerido bodorrio había perdido, comenzó nuestro hombre a recordar los buenos negocios que año y medio antes había hecho en París, comprando a bajo precio acciones de Explosivos que después vendiera allá muy altas, y, atraído por la fiebre de la ganancia, pensó en los arbitrajes que con su

banquero del *Boulevard Malesherbes* podría hacer tal vez aquel mismo día, cosa que, aunque era muy temprano, le sugirió la idea de levantarse y vestirse para, después de almorzar y pasar con su mujer un corto rato, largarse a hacer sus visitas bursátiles y correr luego al gran edificio de la Bolsa a recrear sus oídos con el *jje donne, je prends, je vends!* gritos que prefería cien mil veces a las tonterías que su mujer pudiera decirle en aquella mañana por muy cariñosa que estuviese.

Lanzóse de la cama, asombrado ya de lo mucho que su costilla tardaba en regresar, vistióse de pies a cabeza, y, después de encender un segundo pitillo, pasó al gabinete.

Acurrucadita en el sofá, con la boca un poquitín entreabierta y algunos rizos de los negros cabellos enredados entre los avalorios de la salida de baile, halló a su mujer durmiendo plácidamente; encontróla más bella y encantadora que nunca, y olvidándose repentinamente de aquella otra con cuyo pensamiento estuviera poco antes recreándose, arrodillóse junto a ella sin pararse a meditar por qué estaría allí y no en el lecho; metió los dedos por entre las trenzas de sus cabellos, y oprimiéndola amo-

rosamente la cabeza con ambas manos, imprimió en su boca, tocando casi con los labios los menudos dientecitos de la durmiente, un brusco y sonorosísimo ósculo que la hizo despertar sobresaltada y retirar la cabeza.

Sonrióse ella entonces dulcemente, al ver la postura en que su marido, mirándola con apasionada fijeza, parecía estarla adorando y pidiéndola perdón, y después, cuando respondió a sus cariñosas preguntas diciendo que se había marchado de su lado y acostándose allí porque a causa tal vez del viaje sentía un poco de fiebre y le pesaba demasiado la mucha ropa de abrigo que en la cama había, la levantó en sus brazos y llevola hacia el lecho, besándola una y otra vez mientras así la transportaba. Luego, cuando ella, procurando desasirse, le rogó que no la acostase porque deseaba vestirse ya para salir a misa y ver si con el aire de la calle se calmaba su malestar, tornó a cruzar por su pensamiento la imagen de aquella otra, y dejando a su mujer en la alfombra de los pies de la cama, dió media vuelta hacia el gabinete, murmurando un ¡haz lo que quieras!, y, nerviosamente, comenzó a buscar sus cepillos de ropa y el traje que debía poner-

se para ir a visitar a su banquero, silbando con no disimulado mal humor el *couplet* de moda entonces.

Ella, en tanto, pesarosa de haber dicho a su marido que no se sentía bien, y de haberle manifestado su deseo de salir tan pronto, lagrimeaba tristemente, recostada allá contra el borde de la cama, sin atreverse a pedirle perdón por la ofensa que, sin pretenderlo, le había hecho, y pensando en el modo de suplicarle que no fuese tan brusco y tan rudo para con ella, porque había estado soñando que los dos se querían tanto, tanto, que, así al uno como al otro, les parecían pocas cuantas dulzuras y cariñosas atenciones se prodigasen mutuamente.

Pero el exroncante, que continuaba silbando desagradablemente, miraba entonces por el balcón, distraído acaso con el bullicioso ir y venir de tranvías, carros, ómnibus y coches, con que París iniciaba su agitado vivir de aquel día.

La mañana avanzaba.

*
* *

Caía entonces la tarde.

Los numerosos carruajes que, allá en el paseo de Recoletos, se cruzaban en contrarias direcciones, llevando unos su carga hacia la Castellana y otros a la Cibeles, al parecer con el único objeto de servir de distracción a quienes, sentados a las mesillas de los puestos, tomaban una copita de aguardiente acompañada del imprescindible vaso de agua con azucarillo, levantaban con sus ruedas un rum-rum sordo y monótono, que armonizaba perfectamente con la pesada tristeza de aquel desagradable día de Noviembre, incapaz, a pesar de sus rigores, de hacer marcharse a casita a ese Madrid que se desvive por pasearse, para probar acaso, aunque la prueba no pase de ser aparente, que allí sobra el dinero y que, por tanto, puede todo el mundo vivir holgadamente y sin tomarse la molestia de trabajar.

Poco después, cuando ya la noche iba cerrando y comenzaban a lucir débilmente algunos faroles de los jardines, uno de aquellos coches, landó que, a pesar de su elegancia y de su buen tronco de caballos, dejaba ver a la legua que no era carruaje particular, sino de los que por temporadas se alquilan, separóse del paseo, desembocando en la Cibeles, dió luego

la vuelta por frente al pabellón del Ministerio de la Guerra, y después de marchar durante unos instantes a la vera de un tranvía, que llevaba hacia el barrio de Salamanca la gente que había tomado en la Puerta del Sol, detúvose cerca de la iglesia de San Pascual, frente a cierta casa, donde, tras los cristales del balconcillo de uno de sus entresuelos, parecía esperar impaciente una señora de distinguido porte con el cabello todo blanco peinado a la antigua.

Apenas el lacayo hubo abierto la portezuela del carruaje, descendió de él un joven de gallarda figura y rostro paliducho, que luego de saludar con una amable sonrisa a la señora en espera, volvióse hacia el coche, tendió su mano derecha en dirección a otra muy finamente enguantada que del interior asomaba y que se apoyó en la suya, y ofreciendo después su brazo a la esbelta mujer que, tibiamente acariciada por las pieles y sedas de su vestido, venía acompañándole, penetró en la casa andando muy de prisa, como si tuviese miedo de que, a pesar de su grueso abrigo, se le colara por entre los pulmones el sutil airecillo del Guadarrama.

Algunas horas más tarde, cuando tan sólo transitaban por Recoletos los que, después de

cenar apresuradamente, se dirigían a la Zarzuela o Apolo para ver una sección, la elegante dama que en el coche viniese abría la puerta de la habitación en que la señora del plateado pelo estuviera antes esperando, y cogiendo entre las sombras el interruptor de la luz eléctrica, dióle la consabida media vuelta, fuése hacia un armario de espejo de colosales dimensiones, hizo ante él algunos guiños picarescos con sus juguetones ojos azules, y quedóse frente a la biselada luna contemplando con placer las bellezas del lujoso traje de casa que se pusiera después del paseo, en tanto que con un palillo se limpiaba los restos de comida que entre sus dientecillos habían quedado.

Era la habitación, en que la joven se encontraba, una gran sala cuyos muebles Luis XV debieron ser algún día muy bellos y relucientes, y en la cual, la madre de su marido, aquella suegra que tan gozosa se hallaba por los huéspedes que albergaba en su casa, había instalado a los novios con cariñoso celo, amontonando todo lo mejor que desde tiempo inmemorial poseyera, para que ellos, mejor dicho, para que ella, no echase de menos las comodidades que, pagándolas a muy alto precio, hu-

biera podido encontrar en un hotel de los de primer orden. Todo, exceptuando la bordada pantalla de la chimenea y los cortinajes de la puerta y los balcones, era allí viejo, mejor dicho, de severa y rigurosa antigüedad. El elevado y vetusto lecho de caoba tallada que, en una esquina de la sala, destacaba como el mueble más importante de la habitación, era el mismo en que su dueña había descansado en brazos de Morfeo y en los de su noble y malogrado esposo, desde que allá por el año 65 contrajeran el sagrado vínculo. La mesilla de escribir, colocada cerca de uno de los balcones y ocupada por los libros y papeles de su hijo, era también la misma en que los padres de la buena señora habían firmado su contrato matrimonial, ante un sin fin de convidados, aristócratas todos ellos desde la planta de los pies hasta el cogote. Aún los cuadros y cachivaches que adornaban las paredes, entre los cuales descollaba un enorme sable del año 8 y un árbol genealógico de remotísima fecha, encerrado en un marco cuyo oro había ennegrecido y descascarillado la acción del tiempo, eran sagrada herencia de antepasados, por cuyas buenas almas rezaba todas las noches el

rosario, con sus criadas, la actual posesora de aquellos bienes.

Tal vez por este especial carácter de la estancia, poco apropiado acaso para inspirar risueñas ideas y dulces sueños de amor, era por lo que la joven que ante el espejo se hallaba parecía no querer apartar de allí sus ojos, aquellos ojos cuya vista recreaba contemplando la belleza de sus ropas y la esbeltez de las líneas de su cuerpo.

Por cierto que sería una lástima, una desdicha sin nombre, que aquel vestido que puesto tenía y con él las dos docenas más que su padre la regalase como presente de boda, tuvieran que ser arrinconados en un ropero al cabo de algunos meses, para pasar de moda, allá entre las bolitas de alcanfor, mientras que ella se privaba de mirarse al espejo por el temor de encontrar feo y deforme aquel cuerpo en que tanto lucían las telas, los lazos y los encajes. Pero no, no tendría tan mala suerte... Sólo se resignaría a soportar un nene, o, mejor dicho, una nena, pues podría emplear más lujo en vestirla, en el caso de que esto sucediese al cabo de media docena de años. Así no se vería precisada en lo mejor de su edad y de su vida

a sacrificar sus aficiones y acaso la belleza de sus contornos, ante los lloriqueos constantes de un hijo que muy bien pudiera resultar, por feo y por raquítico, indigno de que se hubiera privado por él, de lucir y de divertirse.

Lo malo del caso, lo que más la apesadumbraba ahora, era que en aquel Madrid a donde su marido la trajese a pasar los primeros días de la luna de miel, como nadie la conocía y era tanta la gente que vestía con lujo, nadie se paraba a mirarla, ni una sólo persona hacía de ella el menor caso ni la prestaba la más pequeña atención.

Por eso no le gustaban las grandes poblaciones, sobre todo cuando se estaba de paso y apenas había tiempo de meterse entre la gente gorda, pues no sabiendo el mundo quién era y los millones con que contaba... ¡Ah! si ella pudiera quedarse en Madrid un mes, nada más que un mesecito, otra cosa sería. A buen seguro que todas aquellas señoras y señoritas que ni aún se habían tomado el trabajo de volver hacia ella los ojos, cuando la vieran dos o tres tardes pasearse con su marido en el mejor landó de alquiler que en Madrid había encontrado, llegarían al cabo de algún tiempo, tropezán-

dola siempre con diferentes vestidos a cual más costosos, a mirarla con curiosidad primero, a inquirir después de dónde venía, y a prodigarla mil alabanzas y elogios, apenas se enterasen de que era una millonaria recién casada, rica por su casa y no por su marido, conocidísima por su lujo y elegancia, allá en la industriosa población donde, en telas y perifollos, gasta una mujer en un día mucho más de lo que un pobre minero gana en un año.

Aun más que esta indiferencia de la gente de Madrid, que, bien pensado, no tenía obligación ninguna de traerla en palmitas, dolíala el poco caso que de sus conversaciones de modas y sombreros hiciera su marido, sus contrarias ideas a todo lo que oliese a despilfarro, y sobre todo, su negativa a hacerse de golpe media docena de trajes, para que, como ella hubiese deseado, pudiera decir quien les viese que también él variaba de ropa como su costilla, aunque no era ni con mucho tan elegante como ella.

Y mientras la recién casada pensaba en todo esto, entristeciéndose al considerar que jamás llegaría su marido a ponderar aquellas ropas de que tan enamoradísima estaba y a convertirse en un esposo absolutamente *smart*, co-

menzaba a desabotonarse lentamente la blusa de *fulard* y a soltar el broche de su falda y la cinta de sus enaguas, sin acordarse de que había dejado a su marido y a su suegra, allá en el comedor, diciéndoles que volvería dentro de un instante, para que pudiera él continuar leyéndoles ciertos pasajes de una preciosa y casi desconocida novela, en la que pensaba inspirar una obra en tres actos a la que él mismo pondría la música, una música sentimental y tris-tona que armonizase con el simbolismo del argumento y la delicadeza de las principales situaciones.

Poco después, cuando hubo arrojado sobre una silla el corsé en que había estado durante todo el día aprisionada, aquel corsé que a pesar de su flexibilidad y blandura dejaba siempre la blanca y tersa carne de su talle marcada con arrugas y rayas de color de sangre, cayó en la cuenta de que no había dicho adiós a su suegra ni advertídole a él que iba a meterse ya en la cama; sintió deseos de echarse una bata para presentarse de un salto en el comedor y decir a su marido que dejase la lectura para el día siguiente; pero temerosa de que tanto él como su madre hiciesen burla de ella por el

afán que mostraba en estar cambiando de trajes a todas horas del día, contentóse con llamarle un par de veces, entreabriendo la puerta y asomando por ella su rubia cabecita, y viendo que su voz no era escuchada, sin duda porque tanto la madre como el hijo estaban ensimismados en aquellos tristes pasajes del libraco, fuése rabiosamente hacia el antiguo lecho de caoba; sacó de abajo de la almohada un precioso camisón de batista de color azul pálido; despojóse de la bordada camisa de hilo que puesta tenía, y luego de vestirse el camisón rápidamente, volvió a colocarse otra vez ante el espejo, contemplando en él deleitosamente su voluptuosa figura, en tanto que componía con sus cabellos un par de hermosísimas trenzas.

Si la hubiese visto así el hombre que había amado ella hacía aún tan breve tiempo, aquel hombre que vestía mil veces mejor que su marido y que nunca olvidó cuando la hablaba el alabar las bellezas de su *toilette*, no habría seguramente parado mientes en las cosas que por aquel maldito negocio le dijera el buenazo de su padre, cuando ya comenzaban a hacerse los primeros preparativos de la boda. Hubiera, por

el contrario, sufrido todo con perfecta resignación, consolándose del contratiempo con la idea de que iba a ser dueño de aquella mujer que valía por sí sola cien mil veces más que cuantas amiguitas había tenido en toda su larga vida de soltero, de aquella mujer cuyas caricias podrían pagarse con montones de oro, y que, sin embargo, no le sería gravosa en modo alguno, porque no era una perla sin engarzar, sino una perla que estaba montada entre miles de billetes del Banco, de valores del Estado, entonces muy altos y a bajo precio comprados, y, lo que era mejor, de títulos de propiedad de varias minas importantes que pasarían a ser suyas tal vez muy pronto.

Aquellas novelas de Zola y de Paul de Koek que tan buenos ratos la hicieron pasar cuando, delante de su padre, las leía diciendo que eran libros de cocina, venían ahora a su memoria juntamente con el recuerdo de las unísonas opiniones que ella y él formaban acerca de lo escrito. Los amorosos ósculos que, después de aquellas conversaciones tan íntimas, se dejaba ella dar presentando humildemente su mejilla y poniendo después una cara muy enfadada, porque no era en la mejilla sino en los labios

donde él los depositaba, recordábalos ahora experimentando la emoción misma que sintiese al recibirlos.

¡Y qué diferencia entre aquellos besos y el primero que de su esposo recibió cuando después de la boda se encontraron solos!... Fué un beso respetuoso, un beso sin ruido, pero muy largo, dado allá entre los rizos que colgaban de su frente, mientras ella bajaba pudorosamente la cabeza... ¡Un beso cobarde, un beso de hermano, un beso... sosol!

Y rabiando por lo poco que parecía preocuparse su marido de que no volviese al comedor; pensando en que sería muy capaz, si entonces entraba en el cuarto, de ponerse a hablar tranquilamente del maldito libro sin reparar en lo mucho que favorecía a su belleza aquel camisón tan precioso de color azul pálido, fuése hacia la cama; levantó las ropas perezosamente; hizo sobre su frente y sobre su pecho un garabato que acaso quisiera ser la señal de la cruz, y luego de acurrucarse entre las sábanas, porque la cama estaba muy fría, entornó los ojos para hacerse a la idea de que no estaba en Madrid sino en París, y de que allí a su lado, teniéndola aprisionada dulcemente entre sus

brazos, se encontraba aquel hombre con el cual hubiera sido seguramente feliz y dichosa a más no pedir.

Fuera, en el silencio de la calle, apoyado en el barandal de uno de los balcones del entre-suelo, canturreaba el sereno en voz baja la conocida jota

Si vas a Calatayud
pregunta por la Dolores
que es una chica muy guapa
y amiga de hacer favores.

Poco después, sonaban en la puerta de la nupcial habitación dos suaves golpecitos; entreabríase luego dejando oír un «buenas noches, madre» seguido de un par de besos, y andando lentamente, como temeroso de interrumpir el reposado sueño de su mujer, avanzó hasta el lecho conyugal, después de haber cerrado tras de sí la puerta, aquel recién casado con el que, como sabemos, no soñaba entonces su dormida media naranja.

Una vez junto al lecho, y luego de apartar hacia un lado el cortinaje de muselina que, desde la gran argolla pendiente del techo caía

sobre los pies de la cama, apoyó uno de sus codos en la tallada caoba, dejando tendido a lo largo del cuerpo el brazo en cuya mano apriionaba la novela de marras, e inmóvil como una estatua, agitado tan sólo de cuando en cuando por estremecimientos nerviosos de que seguramente no se daba cuenta, permaneció largo rato en tal posición, mirando con pensativos ojos aquella hermosa cabeza de su compañera, medio escondida entonces entre el hueco de la almohada, los pliegues de las sábanas y los sedosos cabellos rubios.

Estaba hermosa, muy hermosa ciertamente con aquella sonrisa que, entreabriendo sus labios de carmín, dejaba ver los menudos dientes blancos como la nieve; pero no le era posible contemplarla con admiración ni decidirse a despertarla dándole un beso, porque desde que con su madre había llegado hasta la puerta de la sala, asombrado de que su mujer no regresase al comedor y temiendo acaso que la hubiere sucedido algo, había experimentado, allá en el alma, una impresión especialísima y por desdicha poco grata, que, abofeteándole el corazón, enrojecióle de vergüenza y despecho, llegando hasta inspirarle un no sé qué indefinible para

él, algo que muy bien pudiera asemejarse al comienzo de un rencor profundo.

¿Por qué no haberle dicho francamente que la lectura de aquella novela no le agradaba y que debía dejarla para otro día o para leerla él sólo, en lugar de escaparse de su lado y del de su madre, asegurando que volvería enseguida y acostándose luego sin tomarse siquiera el trabajo de advertírselo?... ¿No la escuchaba él pacientemente cuando le leía periódicos de modas y hacía sobre los grabados y lo escrito largos comentarios, que apenas entendía y que muy bien pudiera suponer ella no podían en modo alguno servirle de distracción y entretenimiento?...

Y el desaire de su mujer, por haberlo sido delante de su madre, tomaba tan magnas proporciones, se agigantaba tan exageradamente, que a no ser porque se lo vedaban su educación y su nobleza, hubiera sido capaz de despertar bruscamente a la que con tanta placidez dormía, para con enérgicas palabras afejar su conducta... Pero no, su pensamiento iba demasiado lejos y había que contenerlo para evitar mayores males. Era preciso que por su madre, por él mismo y... también por ella, procurase

despojar de importancia aquel incidente desagradable, relegándolo al olvido para siempre, aunque se viese obligado a sobreponerse a sí mismo, haciendo un poderosísimo esfuerzo de voluntad.

Lo que ahora le sucedía habíalo ya previsto, mejor dicho, habíaselo temido, cuando al saber que se casaba aquella joven de pelo negro y ojos garzos a quien en silencio amara, habíale al mismo tiempo indicado la benevolencia con que, por la que ahora era su mujer, sería recibida una declaración de aquél que la salvarse la vida. No se le ocultó entonces, que tal decisión en ella obedecía tan sólo al despecho de verse abandonada por el otro cuando ya casi comenzaban los preparativos de boda; pero también él padecía del mismo mal desde que su platónico amor habíase quedado sin cimientos, y como en aquél matrimonio estaban su salvación y la de su madre, no dudó ni un momento en aceptar el consejo que le dieran, haciéndose a la idea de que si no la amaba entonces, no tardaría en llegar a amarla y ser amado.

Podría, durante algún tiempo, tener que sufrir los desdenes y acaso los desprecios de la que

debía ser la madre de sus hijos, mientras ella no olvidara que era la dueña de las llaves; más cuando poco a poco llegase a infiltrarla sus ideas de felicidad, aquellas ideas a las que precisamente la falta de dinero y la necesidad de trabajar para conseguirlo prestaban su mayor encanto, el dueño de las llaves, el amo siempre amable y cariñoso, dispuesto siempre a ordenar todo aquello que mejor pudiera contribuir a hacerla dichosa, sería el pobrete que había salvado ella de la miseria pretextando el agradecimiento y no el amor, él sólo, que, tranquilo por haber olvidado su secreta pasión de otro tiempo, sería más feliz acaso con la mujer que Dios le había dado que lo que lo hubiese sido con aquella otra, de la que no hubiera tenido que sufrir desdenes y desprecios, porque era seguramente mejor comprendido por ella y estaban también más en armonía su educación, sus gustos y aficiones.

En los sueños de amor que ocuparan su espíritu, cuando antes de casarse con ésta pensaba en la otra, en aquellos sueños de que su mujer le despertara con el ruido de sus alhajas y el *frou-frou* de sus vestidos de seda, era necesario reemplazar desde entonces, sin hacer

caso del desagradable incidente que le había llevado a pensar sin quererlo en el objeto de sus amores de otro tiempo, la imagen de aquella mujer de ojos garzos, por esta otra que, ocultando entre las pestañas rubias sus ojos azules, dormía allí, delante de él, celosa tal vez de que se hubiese quedado al lado de su madre en lugar de seguirla a la alcoba conyugal apenas se levantó de la mesa.

Un tanto consolado con estos pensamientos, libre ya del comienzo de rencor que antes sintiera y dispuesto a pedir cien mil perdones a su mujer, aunque en realidad no era él quien debía implorar absoluciones de ninguna clase, apartóse de los pies de la cama, volviendo a correr sobre su tallada caoba el cortinaje de muselina, y arrojando sobre una silla la causa del enojoso incidente, aquella odiosa novela que jamás volvería a coger en su manos, para no verse obligado a recordar lo que dentro de un instante quedaría olvidado, comenzó a desnudarse apresuradamente, confundiendo, allá sobre un sofá, las ropas que velozmente se quitaba con aquellas de que poco tiempo antes se había despojado su mujer.

Preparado ya para acostarse, acercóse al le-

cho lentamente; levantó con suavidad la parte de las cubiertas que correspondían a la mitad que él iba a ocupar; subióse a la cama, pensando en el modo más dulce de despertar a su compañera, y luego de arrebuajarse entre la ropa y de permanecer inmóvil durante un momento, para que su cuerpo se templase con el suave calorcillo que emanaba del de ella, aprisionó delicadamente con ambas manos la cabeza de la recién casada, imprimió un beso sobre cada uno de sus cerrados ojos, y cuando al notar que, medio dormida aún, le sonreía amorosamente tendiéndole los brazos, murmuró con dulzura un «perdóname» salido del fondo del alma, que subrayó con un sonorosísimo beso, allá entre los ricitos rubios de su frente.

Al cabo de un segundo, abrió ella los ojos; fijólos con extrañeza primero y con espanto después en los de su marido, y dejando de sonreír como antes había sonreído, apartando de él aquellos brazos que, sin que se los pidiera, le había tendido hacía un instante, desasíó su cabeza de las manos que la sujetaban; dejó escapar un «déjame en paz» que contrastó por su dureza y sequedad con el «perdóname» que él había murmurado, y bruscamente volvióle la

espalda, acurrucándose junto a la pared, como temerosa de que aún hasta allí fuese a molestarla, distrayéndola de sus sueños, aquel hombre que por no parecerse al otro ni siquiera olía a tabaco.

Sin acertar a explicarse el por qué de la conducta de su mujer, mudo de asombro doloroso y con los ojos empañados por un par de gruesas lágrimas, el rechazado penitente permaneció inmóvil durante largo rato, estrujando entre sus manos nerviosamente el bordado de las sábanas, y cuando medio repuesto ya de la emoción sufrida, pensaba en acercarse a ella para pedirla otra vez perdón y hacer las paces, cruzóle rápidamente por la mente, llevando a su alma una consoladora caricia, la figura de aquella joven a quien en otro tiempo amara secretamente y con la que más de mil veces había imaginado ser feliz.

Dominado poderosamente por la seductora sugestión de tal pensamiento, cerró los ojos fuertemente para que su fantasía lo aproximase más a la realidad que su corazón envidiaba ahora, y allá a su lado, sonriéndole y clavando en él con sacratísimo cariño sus hermosos ojos negros, vió con placer inefable la imagen

de aquella mujer tan tiernamente seductora, a cuyo cuerpo no podía acercarse más de lo que ya lo estaba, porque prendido al botón de rosa de uno de sus pechos, con la pelona cabecita medio cubierta por el gorro que ella tegiera y absorbiendo con inagotable ansia el preciado alimento maternal, encontrábase entre ambos el monísimo chiquitín con cuya posesión soñar tanto ella como él, desde el primer día de su matrimonio.

Horas después, cuando, medio dormido, hubo recordado uno por uno todos sus sueños de soltero, fingiéndose feliz para amortiguar en cierto modo lo inmenso de su pena, despertóse por completo con el ruido que llegaba hasta él desde la calle, y avergonzado de sus pensamientos, al caer en la cuenta de que no era la otra sino su esposa verdadera la que al lado tenía, lanzóse presuroso de la cama, no sólo para huir de esta mujer a la que con su imaginación había estado ofendiendo cruelmente, sino también para alejar de su cabeza, distrayéndola en otra cosa, aquellas ideas con las que tan sólo conseguiría agigantar su desdicha.

Y mientras que, balbuceando una oración, la oración que cuando era niño le enseñara su

madre, caminaba con los pies descalzos en dirección a la mesa donde tenía amontonados sus libros más queridos, sin temor a que el frío de la noche le proporcionase uno de aquellos golpes de tos que tanto molestaban a su mujer, sintió vivísimos deseos de solazar la mirada en algo que no fuese la habitación donde su luna de miel iba deslizándose tan tristemente, y abriendo las contraventanas de uno de los balcones, apoyó la cabeza contra el cristal, después de desempañarlo con una manga de su camisa, y quedóse allí admirando a través de la semiobscuridad el paisaje que ante sus ojos tenía.

En los jardines, corriendo sobre la blanca alfombra que las nubes habían tejido durante la noche, los cocheros del puesto de la Cibeleles perseguíanse unos a otros, tirándose gruesas pelotas de nieve que acompañaban con ruidosas carcajadas, en tanto que por el grisáceo cielo comenzaba a difundirse el resplandor rojizo con que el astro soberano anunciaba su solemne aparecer.

Desperezábase el alba.

FINALE..a

CARNESTOLENDAS

—¡Ni en Niza, mamá, ni en Niza! —exclamaba Marichu Zornoza, poniéndose en pie para admirar mejor desde el coche el aspecto que la Gran-Vía presentaba en la tarde de aquel tercer día de Carnaval.—¡Mira, mira qué diferencia del domingo!...

Y en efecto, aunque Marichu no había viajado más que de Bilbao a Portugalete y Las Arenas, porque de un día que estuvo en Arrigorriaga ella misma decía que ni se acordaba a causa de la *jaquecona* que tenía, bien podía perdonársele lo atrevido de la comparación y aún pasársela como buena, en gracia al golpe de vista verdaderamente bello y pintoresco que, después de la tímida intentona del primer día, había logrado prestar con su lujo y su dinero lo más selecto de la buena sociedad bilbaína, en aquel 14 de febrero de 1899, a la calle más amplia y espaciosa de la invicta villa.

—¡Lo dicho, mamá, lo dicho!—proseguía el barrillillo de aceitunas, palmoteando de júbilo— ¡Fíjate en cómo están los balcones!..

—¡Hija, por Dios!...—chillaba doña Simona, cogiendo a Marichu por la manera de la falda y obligándola a sentarse— ¡No saltes de ese modo, que se están riendo de ti los de las aceras!..

— ¡Phs!... ¡Poco me importa la gente cursil... ¡Lo que yo quiero es que me vean los de los coches!... ¡Mira, mira cuantos *confettis* echan por allí!..

—¡Pero, Marichu, estate quieta, que ya me has dado dos pisotones!

—Dispensa...

—¡Con razón no han querido esas que vayas en su coche.

—¡Peor para ellas!... Ya verás, ya verás las cosas que voy a contarles a las máscaras que vengan por aquí... ¡Por de pronto, todo lo que me ha dicho en secreto ayer tarde Luisa Echévarril!..

—Déjate de historias—interrumpía la mamá

—Lo que debes hacer es tirar unas cuantas serpentinatas para que se fijen en tí.

—Es verdad... Dame el paquete...

—No eches muchas.

—¿Pues?...

—Porque ya entre los de los balcones, las máscaras y los de los coches, han puesto los árboles bastante bonitos, y casi podrían servirnos para el año que vie...

Un sopapo en plena boca, dado inconscientemente por Marichu al arrojar una serpentina que, toda arrolladita, fué a chocar con gran estrépito en la chistera del cochero, cortó el sermón filosófico-económico de la buena señora, obligándola a llevarse ambas manos a la cara, no solamente para evitar que se la escapasen los dientes postizos, sino también para librarse del puñado de *confettis* con que la amenazaba un lujosísimo Mefistófeles que acababa de saltar en aquel instante sobre la capota del landó.

—¡Ya, ya tenemos aquí una máscara! —exclamó Marichu toda alborozada! — ¡A ver que me dice!...

¡Que eres muy torpe, hija, que eres muy torpe! —replicó el Mefistófeles a voz en grito — ¡Vaya un tute que le has arreado a doña Simonita!

—¡Ay, es verdad!... — dijo Marichu, volviéndose hacia su madre — ¿Te he hecho daño?..

—¡Pues no le has de hacer daño con esas manazas de tocinera que Dios te ha dado!— prosiguió el Mefistófeles— ¡Como que con otra serpentina que tires te quedas huérfana y dejas sin chimenea al cochero!...

—Le compraríamos otra.

—¡Por supuesto!... ¡Ya sabemos que tienes talegas de sobra!... ¡Como que aún no se ha olvidado en Bilbao lo mucho que tu abuelo ganaba con la alpargatería de Achuri!... ¡Pero a pesar de eso me parece que te quedas para vestir santos!... ¡Ya has visto lo que te ha sucedido en los bailes del Thérminus!... ¡Ni te han sacado a bailar, ni te han convidado a un vaso de agua, ni siquiera han ido al guardarropa a buscarte la capa!...

—Porque estáis todos muy bien educados.

—No, hija, no es por eso... Es porque como estás tan gorda y hueles tanto...

Púsose muy seria Marichu, no precisamente por esto que la máscara le dijera, sino porque le pareció escuchar en aquel momento un ruido sospechosísimo causado adrede por el Mefistófeles, y cuando, toda colorada, se disponía a ordenar al cochero que con un latigazo despachase del carruaje a aquel indecente, éste

pasándola una mano por la espalda, con intención sin duda de apaciguar las iras del barrillito pronto a destaparse, dijo con voz que apenas dejaba entender una risa malamente contenida:

—No te apures hija, no te apures... Han sido los muelles del coche que deben de estar algo flojos... Conque, manda que los compongan y abur, que voy a dar otra broma por ahí...

Y cuando Daniel Sorrigueta, que él era el Mefistófeles, bajó del landó, doña Simonita, sin dar importancia a lo del ruido y llena de satisfacción por haber llevado a su lado una máscara tan elegante, dijo a Marichu:

—La verdad es que, con los que están bien disfrazados, da gusto hablar, porque como son tan graciosos y dan unas bromas tan finas...

Casi al mismo tiempo que esto sucedía, las mamás de Jesusa Gatica, Luisa Echévarri, Matilde Larrea y Elena Iturria, comentaban en su coche las pesadísimas bromas que, en el paseo del Arenal, habiales dado aquella mañana una máscara asquerosa, mujer de mala vida al parecer, que, por las intimidades que de sus casas conocía y por el modo insolentísimo con que las desembuchara, las había dejado tan aver-

gonzadas y tan en ridículo, que aún resonaban en sus oídos las burlonas carcajadas que el tal bromazo promoviera entre la gente cercana a las sillas en que ellas estaban sentadas.

—Y no ha sido sólo a nosotras—decía doña Casilda—porque cuidado que al pobredon Cirilo Calabazatorre le ha dicho disparates. Lo menos que le ha llamado, ha sido ladrón...

—¡Pues mire Ud. que lo que le ha soltado de su consuegra!—observaba la mamá de Luisa Echévarri—¡Como que no debe de ser verdad!..

—¡Sí, señora, sí!—afirmaba doña Lupercia— ¡No le envía más que veinticinco duros al mes!

—¿Y cómo se las arregla la pobre mujer?

—Pues, con lo que le manda su hijo Gonzalo, que ni fuma, ni bebe, ni viste, ni nada.

—Así anda él. Más parece un pobrete que otra cosa.

—Eso mismo le ha dicho la máscara.

—¿Y no han podido Uds. averiguar quién era...?

—Debía de ser alguna doncella...—insinuó doña Ruperta.

—No, no era doncella—objetó doña Casilda.

—Más bien parecía cocinera.

—Pues, doncella o cocinera, el caso es que

debe de haber servido en casa de alguna de nosotras o estar sirviendo todavía, y que, por si acaso, esta misma noche voy a registrar el cuarto y los baules de mis criadas, para ver si encuentro ese maldito traje de aldeana con que estaba disfrazada la muy escandalosa.

—Yo, que voy a hacer lo mismo agregó la mamá de Matilde Larrea—les aseguro a ustedes que, aunque muy rara vez he pegado a las criadas, como descubra a esa...

- ¡Lo peor es, que ha dicho que vendría esta tarde por aquí para continuar la broma.

—¡Menos mal que vamos solas!...

Y congratulándose de que de nada de ello se hubieran enterado las *chicas*, y de la buena idea que habían tenido al abandonarlas en un landó, acomodándose ellas cuatro en otro, no solamente para que no se escandalizasen sus hijas de lo que a ellas les pudieran decir esos mamarrachos que nunca faltan en estos días de irreligioso olvido y desenfreno mundano, sino también para que tuvieran las pobrecillas más libertad y pudiesen gozar a sus anchas de las inocentadas y tonterías propias de esa edad, por la que ellas ¡ay! habían pasado hacía larguísimo tiempo, las buenas señoras continua-

ron charlando acerca del lance peliagudísimo de aquella mañana, dispuestas a ordenar al cochero que la emprendiese a fustazos con la primer aldeana que pretendiera subirse al coche.

—¡Pues no faltaba más—decía doña Ruperta—sino que paseáramos en landó con las que nos friegan los *bañaos*!

Era, entonces, brillante y deslumbrador el aspecto que la Gran-Via presentaba. Dos largas hileras de coches en las que figuraban los carruajes más elegantes de la localidad, llevando ataviadas con sus más costosas galas a las niñas de la *crème* y a las mamás, que también aquel día habíanse vestido con lo mejorcito que tenían, paseaban lentamente a todo lo largo de la adoquinada calle, desafiando el chaparrón de serpentinas y *confettis* que sobre ellos caía constantemente, adornándolos con mil variados colorines. Máscaras elegantísimas, en las que desde luego se adivinaba a los pollos de la *hig-liffe*, corrían por entre los caballos, tomando por asalto los estribos, los pescantes y las capotas de los landós, para propinar bulliciosamente las bromas que preparadas llevaban. Llovían desde los balcones, atestados de gente todos ellos y engalanados con sombrillas de

vistosos matices, cañonazos de *confettis* que se-
mejaban, al esparcirse en el aire, copos de una
nevada misteriosamente embellecida por los
brillantes tonos del Iris. Serpentinazos azules,
blancos, violáceos, amarillos y sonrosados, on-
dulaban por el espacio yendo a enroscarse
en los árboles de la calle, para permanecer
allí unos días recordando que habían sido du-
rante un momento lazos de alegría y paliativo
de sinsabores y penas. Multiplicábase los guar-
días municipales para contener en las aceras,
manteniendo despejado el arroyo de todo lo
que no fueran coches, caballos y máscaras, al
inmenso gentío que se atropellaba bruscamen-
te para presenciar desde más cerca aquella fies-
ta gratuita y casi improvisada.

Y el pueblo bilbaíno, que desde su fundación
por el ilustre López, jamás las había visto ma-
yores ni creía que nadie le pudiese aventajar en
eso de alfombrar el suelo con oro convertido
en papelillos, hormigueaba levantando un cla-
moreo ensordecedoramente alegre, que maldita
la gracia que estaría haciendo en los oídos de
la Empresa de los Campos Elíseos, lugar don-
de, antes de que esta fiesta se improvisara, con-
curría todo Bilbao a dar expansión a su deseo

de gastar y divertirse, excepción hecha de las manás y niñas de la aristocracia, que se quedaban en casita a fin de no presenciar ciertas escenas, o se metían en la iglesia para rezar una estación en desagravio al Sagrado Corazón de Jesús.

Pero aquella tarde no pensaba ninguna de ellas en la estación acostumbrada. Como ya tenían dónde divertirse...

Mientras tanto, el pollo rechoncho y chato que tan buena fama de *carguero* adquirió cuando la famosa expedición a la mina «Mi difunta», corría por entre los coches luciendo el elegantísimo traje de *clown* que se vistiera, después de haberse bebido las cuatro copas de *cognac* que él juzgaba necesarias para no amilanarse al dar las bromas que preparadas tenía, y saltaba por fin sobre la capota de un landó abarrotado de máscaras, diciendo a voz en grito, mientras empujaba a uno de los disfrazados para hacerle caer del coche:

—¡Sitio, dejadme sitio, que voy a dar una broma a Luisa Echévarri!

—¡Que pase, que pase!—exclamó Jesusa Gatica, llena de gozo, porque sabía lo que el *clown* iba a decir a su amiga Luisa.

—¡No, que es *Taponcito* y suelta muchas burradas!—replicó la de Echévarri, medio tumbándose sobre Elena Iturria.

—¡Te han fastidiado!—dijo, dirigiéndose al *clown*, un *arlequín* que iba en uno de los estribos—¡Ya no hay de qué!

—¡No importa!—insinuó Matilde Larrea, pegando con el codo a Jesusa Gatica—¡Que la dé para que nos riamos un poco!

—¡Pues allá va esol...

Y el lujosísimo *clown*, acurrucándose cerca de Luisa, que estaba temblando por la seguridad que tenía de que *Taponcito* se arrancaría con una de las suyas, empezó diciéndola:

—¿Te acuerdas, hija, te acuerdas de lo que, al salir de la reunión de las Hijas de María que tuvisteis en el Sagrado Corazón, ibas diciendo la otra tarde a Matilde Larrea?...

—¡No, no es verdad!—interrumpió Matilde, poniéndose toda colorada—¡A mí no me dijo nada!

—¡Sí, sí es verdad!—exclamó *Taponcito*, levantando una pierna y tocando casi con la punta del pie en el sombrero de la de Larrea—¡Te iba diciendo que Jesusa no debía haberse lava-

do lo menos en un mes, porque tenía un pesuezo muy sucio!...

—¡Era porque desteñía la cinta que me había puesto!...

—Bien... ¿y qué?—preguntó nerviosamente Luisa Echévarri, fijando sus ojos en los del *clown*.

—Pues, nada, hija; que tú que te las ibas echando de limpia y hablando mal de Jesusa, tropezaste al bajar uno de los últimos escalones de la capilla, se te torció el pie izquierdo, y cuando te lo descalzaron las monjas para darle unas fricciones, se encontraron con una mina de car...

—¡Mentira!—interrumpió furiosa Luisa Echévarri, descargando sobre la careta de *Taponcito* todo su paquete de *confetis*.—¡Mentira!

—¡No te enfades, Luisita!—dijo con tono conciliador un *oso* que iba en la capota—¡Después de todo no tiene nada de particular!

—¡Claro!—exclamó *Taponcito*, intentando arriar velas—¡También las medias desteñen!

—¡Qué modo de meter la pata!—exclamó el *arlequín*!

—Como que lo que debiera de hacer—dijo Luisa, sonriéndole agradecidamente y deseosa

de que *Taponcito* se largase—es irse a dar bromas a otra parte donde hacen más falta.

—¡Al coche de Julia Calabazatorre!—insinuó Elena Iturria.

—¡Eso, eso!—asintió Jesusa, llena de gozo.—Que le pregunte a ver cuánto le cuesta alimentar a su marido.

—¡Y si está componiendo alguna pieza para que la toquen las murgas!

—¡Y que por qué no lo manda a Panticosa!

—¡Conformes, chicas, conformes!—dijo alegremente el *clown*—¡Ahora mismo voy allá!

Pero antes de que bajase del coche, cogióle por un brazo Luisa Echévarri, y en voz lo suficientemente baja para que pareciera que le hablaba en secreto, sin que por eso dejaran todos de enterarse, le dijo sonriendo maliciosamente:

—Pregúntale también si todavía se acuerda del otro.

—¿De quién?

—De Claudio.

—¡Eso, eso!—interrumpió Jesusa—¡A ver si lo echa de menos!

—¡Y que vaya luego al coche de Guadalupe la triste—añadió Matilde Larrea—para enterar-

la de las buenas amistades que tiene su marido por los barrios altos!

— ¡Sí, sí!...

— ¡Puede que no sepa que hay otras dos que están como ella!—dijo una de las máscaras.

— ¿Pero, Guadalupe?...

— ¡Chico, qué atrasado andas de noticias!— exclamó el *arlequín*— ¡Si ya está haciendo la canastilla!...

— ¡Como no se le conocel!...

— ¡Por Dios, no hablen Uds. así delante de nosotras!—protestó Luisa Echévarri, enrojeciendo— ¡No se les puede decir nada!...

Un chaparrón de *confettis*, que media docena de máscaras a caballo arrojaron en este instante sobre el coche, al que habían rodeado hociqueando casi con las cabezas de sus bestias las de las cuatro buenas amigas, dió fin a tan escabrosa conversación, y mientras que *Taponcito* se largaba a cumplir los sagrados encargos que le habían encomendado, Pepe Gamborena, Joaquín Echaluze y Marianito Irigoyen, que ellos eran de los disfrazados jinetes, comenzaron a hablar en voz natural con las del coche, sin hacer caso de Juanito Basterrechea, que por quinta vez se caía en aquel momento del caba-

llo, dando con ello que reír y qué gozar al vulgo de las aceras, deseoso casi de que se rompiese las costillas aquel pedante mozalbete, cuyas pretensiones de *jockey* tal vez hicieran descoyuntarse de risa a la más humildísima pollina.

—Nos hemos divertido mucho —decía entonces Gamborena— con lo que acaba de hacer el marido de Julia Calabazatorre.

—¿Qué, qué ha hecho? .

—Pues, nada, largar una bofetada a la primer máscara que se les ha subido al coche.

—Un revés... —insinuó Echaluze.

—¿De veras?...

—¡Y tan de veras!.. ¡Como que se ha armado la gran trapatiesta!... De seguro que si hubiera sido otro, le llevan a la cárcel.

—¡Caramba!..

—Y todó, porque le han dicho que quiere mucho más que a la suya, a la mujer de Claudio Zugasti... En fin, una *sinsorgada* sin pies ni cabeza...

—¿Ha sido alguno de ustedes el que se ha ganado la bofetada?...

—No, no ha sido uno, ha sido una.

—¿Una mujer?...

—Sí, esa aldeana que no hemos podido averiguar quién es, y que también esta mañana ha estado dando cargas en el Arenal.

—¡Nuestra costurera, de seguro!

—No, más tipo tenía de otra cosa que de costurera.

—Pues, la verdad, no creí que Valcárcel tuviese tanto genio.

—No, genio no le falta, lo que le falta es fuerza. Con decir que la máscara ni siquiera tenía arrugada la careta...

En aquel instante, el landó en que paseaban Gonzalo Valcárcel y Julia, cruzó, corriendo al trote largo de sus caballos, por entre las dos filas de coches que formaban el paseo, dando lugar a que Luisa Echévarri, señalándolo con el dedo, dijese a sus amigas:

—¡Mirad, chicas, mirad!... Se marchan a casa..

—¡Y cómo va tosiendo el pobrecillo!...

- La culpa la tiene ella por traerle a estas cosas.

—¡Claro!... Si debía de tenerlo en la cama...

- *Taponcito*, en tanto, buscaba con ávidos ojos el coche de Guadalupe, para satisfacer de una vez, dándola un buen bromazo, los deseos brutales que tenía de descargar contra alguien

la inspiración que las cuatro copas de *cognac* le habían metido en la mollera. Encontrólo por fin y púsose al verlo muy alegre, pero cuando ya había subido al estribo derecho del landó y se disponía a comenzar la broma, aprovechándose para darla a su gusto y placer de lo sumamente entretenido que Claudio iba con una aldeana colgada en el estribo opuesto, notó algo extraño en el rostro de Guadalupe, un no sé qué indescifrable que contrastaba con la forzada sonrisa que en los labios tenía, y comprendiendo, a pesar de su poco *pesquis*, que por el corazón de la melancólica joven cruzaban en aquel momento nubes amenazadoras que lo comprimían dolorosamente, decidió el tragarse todo lo que en la punta de la lengua llevaba, y enderezar la broma por camino menos escabroso. Por eso, recordando la noticia que oyera hacía poco respecto al estado de la de Castillejos, concretóse a ponderarla a su modo las bellezas que adornarían al futuro chiquitín, asegurando muy seriamente que sería tan mono como un ternerillo y más hermoso que un cerdifo, y viendo que Guadalupe sonreía tristemente sin hacerle apenas caso, bajó del coche y fuése por la Alameda de Urquijo,

con intención de meterse de cabeza en esos Campos, donde, a pesar de la mucha gente que aquella tarde paseaba en la Gran Vía, no faltarían costureras o modistas, u otra cosa, con quienes bailar una polca, un schotis o alguna habanera de las de rompe y rasga. Porque, la verdad, en algo habría de emplear las cuatro copas que de tan poca cosa le habían servido para con aquellas niñas de la arí tocracia, más sosas y más feas todas ellas que las del género costureril, y con las cuales no podía tomarse confianzas ni hablar de todo, sin que en seguida se le echaran encima... para arañarle.

Sin embargo, Marichu Zornoza, que no perdonaba a sus amigas lo aburrida que había pasado aquella tarde, y que no sabía cómo desahogar su envidia, decía en aquel instante a doña Simona:

—Míralas, mamá, míralas qué locas están. Parecen cualquier cosa. Y a pesar de eso, mañana irán muy devotas y muy mustias a que les pongan la ceniza.

Fuése tras *Taponcito* la aldeana, saltando y gritando como una loca, y apenas quedó el coche libre de bromistas, la pobre Guadalupe, mirando con llorosos ojos a su marido y con

voz que una mal reprimida emoción velaba haciéndola casi imperceptible, dijo, pasándose una mano por la frente:

— ¡Llévame a casa, Claudio, por favor!..

— ¿Pues?...

— No me siento bien...

Y Zugasti, luego de transmitir la orden al cochero, arrellanóse en los almohadones del landó y comenzó mentalmente a pasar revista a todas sus buenas amistades de soltero, a fin de descubrir entre ellas quién era aquella aldeana que no había querido decirle su nombre, en tanto que Guadalupe, satisfecha de haber conseguido tan fácilmente de Claudio que la volviese a casa, meditaba también acerca de aquella misteriosa máscara, que tantos líos de su marido habíala hecho saber, y que con él había quedado citada no sabía cuándo ni en dónde, según le había parecido comprender, a pesar de que, aún creyéndola distraída con las bromas del *clown*, lo habían convenido en voz muy baja y como temerosos de que su oído finísimo llegase a entenderlo.

Efectivamente, aquella noche, mejor dicho, en la madrugada de aquel día memorable, los concurrentes al baile de máscaras del Circo

del Ensanche, hombres en su mayor parte casados y de intachable fama religiosa en el pueblo, escandalizábanse grandemente, mientras muy agarraditos con su pareja se balanceaban al son de una dormilona habanera, de que allá en uno de los palcos, al lado precisamente del que ocupaban la Fulana y sus pupilas, cenara Claudio Zugastí, aquél que se había vuelto tan jesuíta, con una descocada *aldeana* que no se había quitado aún la careta y que, pasándole uno de los brazos por el cuello, ofrecíale con la otra mano un pedazo de jamón del que ya ella había mordido, en tanto que le decía por lo bajo:

—Pues, mírate chico, es *desir*, mírate *usté*. Fué el día en que se casó la señorita Julia. Por *sierto* que ella debe sospechar algo y casi casi barruntarse que hago de *ves en ves* estas escapadas. Pero no me se *ïmporta*. Creo que aunque me vería en estos trotes no me despacharía de la casa, porque como con nadie tiene tanta *confiansa* como conmigo... El otro día, sin ir más lejos, fué y me dijo que estaba ya aburrida de la tos del señorito y que iba a marchar a dormir a otro cuarto.

—Pues, escucha Cecilia...

—No, déjate que concluya. Como ya iba *disiendo*, pasó después de la boda, allá en el *invernadero* de al *lao* de la *verja*. Fué Chómin el *jardinero*, ese animal que *parese incapás* de romper un plato. *Empesó* por asegurar que él era *biscaitarra* y que tenía *fuersas pa* levantar en el aire a media *dosena* de *maquetos* igual que me levantaba a mí. *Hiso* la prueba dos, tres, seis *veses*, ya no recuerdo cuántas. Y como yo estaba bastante bebida...

—Comprendido.

—En fin, suéltate ahora eso que tienes que *desirme*.

EL AQUELARRE

Aquel día, el último del mes más cortito del año, había estado lloviendo desde por la mañana con esa agua tan menuda como copios³, que generalmente se conoce con el nombre de calabobos y que los bilbaínos llaman *s.rimiri*, acaso para que ni aún por las cosas de la Divina Providencia se les califique de lo que no son ni serán mientras el mundo exista, hallándose por tal razón, al caer de la tarde, sucias y embarradas las calles, faltas de animación y alegría las plazas y plazuelas, *alondonado* el ambiente, y tristonas como ellas solas las farolas eléctricas que, luchando con las primeras tinieblas de la gran tercera para todo, comenzaban a lucir entonces, abriantando el empapado asfalto de las aceras y los adoquines rectangulares del arroyo.

Los escasos transeuntes, llevando arremangados los pantalones para dar a conocer, des-

cuidadamente, que por el forro no estaban muy allá y que las botas tenían acaso más lengua hoja de servicios, marchaban por las calles presurosos, apartando de cuando en cuando el paraguas, para mojarse mientras se convencían de que aún no había cesado de llover, y deteníanse, un momento, ante algún escaparate de ultramarinos o ante alguna librería en la que por equivocación habían creído ver un queso de buena marca o algún otro apetitoso comestible por el estilo. Las transeuntes, también escasas y guapas algunas de ellas, que, con el pretexto de hallarse en esa época cuaresmal en que la mujer debe consagrar más que nunca gran parte de su tiempo al visiteo de las iglesias, habíanse escapado de sus casas, lucían por esos barrios de Dios, alzándose mucho las faldas, los elegantes bajos de color con encajes y el nacimiento de la pierna, tal vez bien contorneada, que en la mayoría de los casos desfiguraban las arrugas de la media mal sujeta por la liga a la rodilla. Los coches y tranvías, los carros y vehículos de carga, que en días de buen tiempo tan alta idea proporcionan del industrial y comercial movimiento de la villa, componían con sus ruidos un clamoreo abru-

mador y tristón, que indicaba la pereza y lentitud con que marchaban y que contribuía a hacer aún más melancólico aquél paisaje con *sirimiri*, tan común en este Bilbao donde tanta agua sobra, excepto para beber. Todo, en fin, parecía convidar a la meditación y al silencio, al olvido de los placeres del mundo y a la elevación del alma hacia Dios, bien bajo las techumbres del hogar de cada quisque, o mejor aún, bajo las naves de un templo, en el que arrullasen amorosamente a los fieles las palabras de un predicador.

Pero aquella tarde, por excepción rarísima, pues en Bilbao nunca suelen faltar sermones en el santo tiempo de Cuaresma, no había de qué, es decir, no hubiera encontrado, quien lo buscase, un predicador con cuyas palabras poder consolar sus penas o distraer su *spleen* ni por un ojo de la cara, debiendo contentarse en consecuencia, por aquello de que a falta de pan buenas son tortas, con escuchar la lectura de oraciones o el rezo del rosario, encomendado en las parroquias a algún señor cura tan escaso de alcances intelectuales como sobrado de méritos para con Dios.

Por esto, precisamente, era por lo que varias

señoras que ya conocemos como caminantes hacia el cielo, habíanse reunido en el anochecer de aquel día en casa de una de ellas, la más santa y respetable de todas, para matar el tiempo edificándose unas a otras con su conversación, ya que por fuerza habían de resignarse a no sentir deleitados sus oídos con las dulces frases de un ministro del Señor. Verdad es, que no todo aquello de que hablaban eran cosas de tejas arriba; pero cierto también, que aún de lo más fútil y mundano al parecer sabían sacar espiritual provecho, comentándolo y juzgándolo en pro de la mayor perfección del alma, y que si en algo de ello se escurrían o equivocaban no tardarían muchas horas en cicatrizar la impremeditada herida con el santo parche de la penitencia, recobrando su tranquilidad de espíritu al recibir la absolución del confesor. Lo único sensible, lo más doloroso del caso, estribaba en los muchos años que ya todas ellas llevaban en el saco de lo pasado. A no ser por eso... ¡cuánto bien podrían hacer todavía en el mundo y qué de beneficios conseguirían del Altísimo merced a sus humildes oraciones!

—Porque cuando nosotras faltemos de aquí

—decía doña Lupercia, que era la santa y respetable señora de la casa—no sé cómo va a quedar esto. Hasta en el lujo y la pequeñez de los libros de misa se conoce lo que va aumentando la vanidad del espíritu y lo que disminuye en cambio el fervor religioso. Oblíguen ustedes a cualquiera de las chicas de hoy día a que lleve a la iglesia uno de esos grandes devocionarios en los que han rezado todos nuestros antepasados, dejando en ellos como recuerdo de lo mucho que los usaban la grasilla de sus dedos, y verán Uds. lo que contestan: que no lo llevan... que no pueden cargar con tanto peso... que está el libro todo roto... que da asco coger o...

—Y que huele muy mal—concluyó doña Ruperta, llevándose su devocionario a la boca para ocultar un bostezo enorme.

—Lo peor del caso—prosiguió doña Lupercia, que aquel día estaba de vena—es que se han contagiado algunas de las mamás. Sin ir más lejos, y conste que no lo digo por crítica, ahí tienen Uds. a la de Sorrigueta. La ví la otra tarde con un libro precioso escrito en francés, una monada que casi podría esconderse en un guante, y la muy tonta no hacía otra cosa más

que abrirlo para que yo lo viera, sin acordarse de que la semana pasada me había dado a traducir una carta de su modista de Burdeos, porque ella... ni siquiera sabe lo que significa *bonjour*.

—¿De modo, que Ud. fué quien se la trajo?... —preguntó intencionadamente doña Casilda.

—Sí...es decir...se lo encargué a mi hija Matilde... porque..

—¿Estaría Ud. mal de la vista, verdad?...

—No mucho... pero en fin... un poco de irritación...

—Hoy también está Ud. muy *pitañosa* —interrumpió doña Ruperta, bostezando de nuevo sin hacer uso del libro.

Y como, efectivamente, estaba doña Lupercia muy *pitañosa*, no sé si por haber dormido mal aquella noche o por haberse olvidado de limpiar sus ojos al levantarse, todas las señoras que componían la reunión echáronse a reír a mandíbula batiente, no tan sólo para celebrar la candidez y sinceridad de doña Ruperta, sino también para mofarse de aquella doña Lupercia tan sabionda que, por hallarse en su casa, creía poner cátedra con cuanto decía y dejar

chiquititas como un piñón a todas sus amigas.

—Pues, sí señoras. sí— asintió un tanto amoscada doña Ruperta—está muy *pitañosa*. Casi tanto como la de Zugasti.

—¡No la nombre Ud. a esa, por Dios, no la nombre Ud.!—interrumpió doña Casilda, haciendo aspavientos—¡Hay que evitar ciertas comparaciones!...

—¿Pues qué?.. ¿No tiene los ojos lo mismo?..

—Sí... los tiene lo mismo sobre poco más o menos.., porque como ha llorado tanto...

—¿Llorado?—preguntaron varias de las del aquelarre a un tiempo.

—Pero...—dijo doña Casilda con mal disimulada satisfacción.—¿No saben Uds.?...

—¿Qué?...

—¡Si es la comidilla de todo Bilbao!

—¿Lo de que su marido?..

—¡No, no es eso!...

—A ver... a ver...

—Escuchen Uds... En fin, no es nada de particular...

—Diga Ud...

—No, no conviene hablar de ciertas cosas, porque aunque una las ha visto...

—¡Mujer, por amor de Dios!—exclamó doña Lupercia—¡Ya sabe Ud. que aquí en casa!...

—Sí, pero luego van Uds. contándolo por ahí y pueden armarme un lío, sin que yo haya tenido la menor culpa.

—¡No parece sino que somos todas unas chismosas!—gruñó la mamá de Marianito Irigoyen.

—¡La verdad es que suelta Ud. cada burrada!—agregó doña Simona.

—¡La de las burradas será Ud. señora mía!—gritó doña Casilda—¡Así como así no son pocas las barbaridades que lleva Ud. dichas y hechas en este mundo!

—¡Y a Ud. qué le importa!

—A mí... ¡nada!

—¡Bueno, pues, entonces, no se meta usted donde no la llaman!

—¡No, si yo no me meto nunca en ninguna parte sin que me llamen!

—¿Eh?...

—¡La que se mete es Ud. que se ha colado aquí sin que le digan una palabra!

—¿Quién, yo?...

—Así lo ha dicho doña Lupercia.

—¿Usted?...

—¡A mí no me metan Uds. en líos!—gritó la de Larrea to la furiosa —¡Lo que yo he dicho ha sido otra cosa!

—¡Otra cosa peor!

—¡Mentira!...

—¿Cómo que mentira?...

—¡Bueno, pues sí he dicho algo—replicó doña Lupercia, afanosa de dar fin al inci lente para que no saliesen a relucir chismes mayores—si he dicho algo... lo retiro!

—¡Muy bien! murmuró la mamá de Juanito Basterrechea—¡Así se da el ejemplo!

—Y lo retiro—agregó doña Lupercia, poniendo una cara muy humilde— porque como lo dije sin ninguna mala intención...

—Bueno, bueno— interrumpió doña Ruperta, abandonando su asiento y acercándose a la mesa del comedor donde las del aquelarre estaban reunidas.—Basta de cuentos y que traigan el chocolate.

—¡Ay, qué cabezal!...—dijo doña Lupercia llevándose ambas manos a la testa—¡Si se me había olvidado!...

Y abandonando su silla, fuése corriendo hacia la cocina, para ordenar a las muchachas que prepararan el soconusco, en tanto que do-

ña Simona, ya tranquila y deseosa de hacer las paces con doña Casilda, decía a ésta por lo bajo:

—La verdad es que doña Ruperta, en medió de todo, tiene buenas salidas.

—¿Pues?...

—Porque si no es por ella nos quedamos sin colación.

Poco después, las ocho o diez señoras que componían aquella *soirée*, rodeaban la mesa silenciosamente, buscando con ojos al parecer distraídos la taza en que parecía haber más chocolate y el vaso de agua que tenía el azucarillo más grande, y luego de apoderarse tímidamente de los mostachones mayores y de los pedazos de pan mejor cocidos, comenzaron a engullir sin hablar palabra, porque, la verdad, cuando los dientes no están muy seguros y se ha tomado durante muchos años chocolate, conviene más callarse que dar trabajo a la lengua. La razón es clara. Si se dice «qué bueno está esto» pueden sospechar que le parece a uno bueno porque siempre lo ha tomado malo, y si se atreve uno, en cambio, a indicar que no está del todo bien, es señal segura de que quiere darse pisto para que los demás crean que siempre lo ha tomado mejor, cosa que, aunque

pueda ser cierta, resulta fuera de lugar y contra-producto además. Como que no vuelven a convidar.

—En fin—dijo al cabo de un rato doña Lupercia—todavía no son más que las siete, y hasta las ocho y media, que es la hora en que mi marido vuelve de la Bilbaína, hay tiempo de aburrirse. Conque, vamos a ver quién de Uds. cuenta algo y así haremos la digestión para poder rezar luego el rosario. A ver, usted doña Restituta.

—No, yo no sé nada—replicó la mamá de Pepe Gamborena, que comentaba con doña Simona lo poco espeso que estaba aquel chocolate, hecho sin duda con una onza para cada dos tazas.

—Pues, entonces, que hable doña Ruperta.

—¿Quién, yo?... Como no les cuente a ustedes lo de doña Agueda Santillana...

—No, eso de que la despidió Ud. de la casa porque no pagaba, ya lo sabemos.

—Si, pero no saben Uds. lo principal. Su sobrina Guadalupe, viendo que Zugastí ya estaba harto de hacer el primo y que no quería dar más dinero para los parientes, pensó en empeñar algunas alhajitas...

—¿De veras?...

—Pero la tía se negó en redondo, estuvo casi a punto de enfadarse, y prefirió que la embargáramos, antes que admitir nada de su sobrina. Por cierto que pasé un mal rato con lo que me contó Perfecta, esa que me guarda sitio para confesar. Figúrense ustedes que la pobre mujer se fué a la casa después de misa, por supuesto con su librito y su rosario, y porque, muy humildemente, le dijo a doña Agueda que, gracias a que tropezaba con personas cristianas como nosotros, se le tasaban los muebles tan altos, se puso furiosa, la llamó hipócrita y qué sé yo cuantas cosas más, y aún creo que si no llega a marcharse pronto hubiera sido capaz de arañarla.

—¡Qué escándalo, Jesús!

—Lo que me choca es que el P. Pérez no la haya sacado del apuro—indicó doña Simona.

—Pues a mí no me choca nada. El pobre Padre debe estar ya rendido de tanto recibir sablazos.

—¡Para lo que a él le cuestan!

—Bueno, pero comprenda Ud. que no vamos a estar nosotras dándole todos los días...

—¡Claro!

—Sobre todo para gente de esa clase.

—Como que lo que debía de haber hecho—
indicó la mamá de Luisa Echévarri—es aceptar
las alhajas de la sobrina.

—No, señora—replicó doña Casilda;—en eso
ha obrado muy bien. Porque como les decía a
ustedes antes...

—¡Ay, es verdad!—interrumpió doña Luper-
cia.—Todavía no nos ha contado Ud. eso.

—No, ni quiero contarlo.

—¡Claro!—exclamó doña Simona recordando
el incidente— ¡Como somos unas chimosas!..

—¡Vamos, vamos—dijo doña Luper-
cia con tono apaciguador—no comiencen Uds. otra
vez!..

—Pues, vaya—prorrumpió decididamente
doña Casilda—voy a contarlo para que vean
Uds. que tengo confianza en que la cosa no ha
de salir de aquí.

Y satisfecha por haber hallado ocasión de
desembuchar lo que le estaba bullendo y cos-
quilleando en el cuerpo, desde que había en-
trado en casa de la mamá de Matilde Larrea,
arreglóse un poco el manto, como si se pre-
parara para acercarse a la rejilla del con-
fesonario, y comenzó diciendo:

—Pero conste que no pongo intención de hacer daño a nadie y que tal vez me haya equivocado, es decir, equivocado no, porque los ví muy bien; pero, en fin, no siempre son las cosas lo que aparentan. Por eso decía con mucha razón en el sermón del otro día aquel Padre dominico, que no siempre los ojos de la cara ven las cosas como los ojos del alma, y que...

—Vamos, déjese Ud. de historias y comience el cuento —interrumpió doña Simona— que ya estamos impacientes por saberlo.

—Bueno, pues oigan Uds. Ayer noche, cuando salí de la Residencia, adonde había ido para confesar, comenzó a llover de tal manera que, a los pocos pasos, hasta el refajo de franela se me puso como una sopa. Pues bien; para no calarme más, di media vuelta con intención de meterme otra vez en la iglesia, y de pronto, allí en la calle de Ayala y junto a la tapia del Sagrado Corazón, que como Uds. saben es un sitio bastante oscuro y algo resguardado del agua por causa de los árboles, ví a una sin paraguas que corría como alma que lleva el diablo y que...

Interrumpió su relato doña Casilda, sin duda

para despertar en las oyentes mayor interés, y acercándose a la mesa, dijo:

—Voy a tomar un poquito de agua, porque como se me ha secado la boca...

—¿Sóla, verdad?...—preguntó impacientemente doña Lupercia, levantándose y cogiendo la jarra del agua.

—No, con *bolao* si es que hay.

—Pues, hija, se han concluído, pero si usted quiere podrán bajar por más a la tienda de la esquina.

—¿Pero no los tiene Ud. en casa?—exclamó doña Restituta—¡Ya decía yo que estaban un poco viejos!...

—¡Y los que traigan ahora estarán peores!—agregó doña Ruperta, ansiando conocer el final del cuento.

—¡Vaya, mujer, la tomaré lisa!—replicó doña Casilda—¡Parece mentira que estén ustedes tan impacientes por saber una cosa que, después de todo, no tiene nada de particular!...

Poco más tarde, cuando la mamá de Luisa Echévarri hubo concluído de beber y proseguía lentamente su cuento, en tanto que se limpiaba los labios con un pañuelo que olía a incienso a fuerza de las muchas estancias que en la

iglesia había hecho sin que a su dueña se le ocurriera enviarlo a la colada, todas aquellas buenas señoras, en quienes la quinta esencia de la escrupulosidad religiosa hallábase sólidamente condensada, comenzaron a hacerse cruces y más cruces, sin atreverse a soltar una sola palabra, porque, francamente, lo que oían era una cosa tan inesperada, tan sorprendente tan extraordinaria...

—¡Jesús, María y José!

Nada, que si no fuese doña Casilda quien lo decía, la que aseguraba haber visto al marido de Julia Calabazatorre ofrecer su paraguas, y aún creía que su brazo, nada menos que a la mujer de Zugasti, todas ellas se hubieran levantado a un tiempo para negarlo tres veces, por aquello de que tres fueron las que San Pedro negó a Cristo, diciendo todas enérgicamente:

—¡Mentira!... ¡Mentira!... ¡Mentira!...

¡Habráselo visto!... ¡Ofrecer un hombre a toda una señora su paraguas, y más siendo ambos casados, y más estando los dos socialmente separados por las pequeñeces habidas entre sus respectivos cónyuges!... ¡Si lo que pasa en Bilbao no pasa en ninguna parte!... Aquí, por lo visto, todos esos caballeritos que vienen de

fuera presumiendo de finos y bien educados, se han propuesto echar por tierra las sagradas tradiciones y costumbres de nuestros abuelos. Porque, la verdad, eso de ofrecer un paraguas tan a tiempo y además el brazo, lo del brazo sobre todo, en una acera tan oscura y tan sospechosa a pesar de estar enfrente de la iglesia, es un cinismo incomprensible. A buen seguro, que si en lugar de ser ella una *maqueta*, acostumbrada también, allá en Castilla, a hacer caso de esas galanterías tan peligrosas, hubiera sido una bilbaína, ni acepta el paraguas ni acepta el brazo, y se marcha corriendo por toda la calle en medio del chaparrón, aunque cayesen baldes de agua mezclados con capuchinos de bronce y dominicos de otro metal por el estilo.

—Porque aunque yo creo que ella—insinuó con benevolencia doña Casilda—aceptase la compañía indiferentemente...

—No, no lo crea Ud.—replicó doña Lupericia—eso era cosa convenida.

—¡Por supuesto!—agregó doña Simona—¡Ahora me explico por qué va él tanto a las iglesias!

—¡Herejes!... — exclamó furiosa doña Restituta—¡Sacrílegos!...

Y cuando durante un rato hubieron comentado animadamente el nunca visto suceso, poniendo cada una de ellas de su parte todo lo posible para justificar y explicar a conciencia ciertos detalles que acerca de Guadalupe y Gonzalo se les venían entonces a la mente, quedaron todas tan convencidas de la cosa y tan satisfechas del descubrimiento hecho por doña Casilda, que ni por el mejor sermón del mundo hubiesen cambiado aquella *soirée* de las que caían tan pocas en libra y en la que todas habían lucido, no solamente su ingenio y su memoria, sino también su recto criterio para sacar espiritual provecho y bienhechora enseñanza, de los escándalos cuyo conocimiento no haría otra cosa más que manchar los oídos y envenenar el alma de todo aquel que no estuviere tocando al cielo con el dedo meñique.

Ahora ya sabían por qué Guadalupe rehuía el juntarse con sus antiguas amigas, recluyéndose en su casa como en un convento y no saliendo de ella más que para profanar la iglesia y sus alrededores. Ya sabían también ahora, por qué la pobre tía de aquella mujer sin deco-

ro, había rehusado *lo de las alhajas*, prefiriendo la vergüenza del embargo a la humillación sonrojante del dinero recibido de la adúltera. Tampoco se les ocultaba ya, por qué Gonzalo evitaba el encontrarse con Zugasti y por qué era tan humilde y obediente para con Julia, para con aquella mártir que le había sacado de la miseria y hecho hombre, sin acordarse del refrán que dice «cría cuervos y te sacarán los ojos.» Y en fin, no les cabía ya duda alguna de que aquel Claudio, a quien tantos chalequitos habían cortado a causa de los frecuentes paseos que daba por Bilbao la Vieja, era todo un caballero, una excelente persona y un marido a pedir de boca, que para sí lo quisieran más de una docena de las que juzgan que tienen por esposos, ángeles a los que se formará expediente de canonización en cuanto estiren la patita.

—Yo, al menos—observó doña Restituta—preferiría tener por marido a un mariposón, quiero decir, a uno que volara por todas partes, que no a uno que se me aparejase con cualquiera de ustedes.

—¡Por Dios, mujer!

—¡Porque yo daba un escándalo, sí señoras, un escándalo de los gordos!

—¡Chist!... No grite Ud. tanto—exclamó doña Lupercia.—Pueden enterarse los vecinos y ya sabe Ud. que estas son cosas...

—De las que no se debe hablar, lo comprendo, sino entre personas de confianza.

—Y discretas—añadió una.

—Y reservadas—agregó otra.

—¡Claro!—asintió doña Casilda—¡Como que si yo no supiera que esto queda como en un pozo no me hubiese atrevido a contar nada!

—Pues, lo que es de eso, ya puede Ud. estar bien segura.

—En fin, van a dar las ocho—interrumpió doña Lupercia—y hoy tocan los quince misterios.

Un instante después, arrodillábanse todas aquellas buenas señoras ante un gran cromo de la Purísima colgado encima de la chimenea, y oíase la voz de la dueña de la casa que, comenzando a dirigir el rosario, decía devotamente:

—*Domine, labia mea aperies...*

Quinientos Explosivos

—¡Nones!...

—¡Quiero!...

—¡Órdago!...—exclamó triunfalmente el insigne Calabazatorre—¡Órdago!

—¡Mentira!—replicó don Jerónimo Echaluze—¡Mentira!

Y don Cirilo, a quien aquel mentira tan inesperado sacó repentinamente de sus casillas, levantóse todo furioso; arrojó las cartas sobre la mesa; pegó un puñetazo al platillo de valores, haciendo saltar por el aire las alubias que contenía, y luego, colocándose el sombrero en la mollera a modo de solideo y echando mano al grueso bastón que cerca de sí tenía, hizo un medio mutis diciendo:

—¡Primero que yo vuelva a jugar al más con vosotros... me... me borro de la Bilbaina!

—Bueno, haz lo que quieras—advirtió don Jerónimo, agarrándole por la chaqueta—pero

antes suelta las ocho chiquitas que has perdido.

—¡No son ocho!

—¿Qué no?... ¡A que te arreo una!

—¿Quién, tú?...

—¡Yol!...

—¡Vamos, señores, tengan Uds, un poco de calma—intervino amistosamente don Modesto Sorriqueta,—que no estamos en ninguna taberna!...

—¡Pues que pague las cuatro gordas!—indicó don Jerónimo.

—Cuatro, no, porque como recordarás, me debes una del otro día.

—¿De qué día?...

—Del miércoles.

—Me parece que no...

—¿Conque no, eh?

—Al menos, yo no me acuerdo.

—Pues, pregúntaselo al chico que te vendió la boquilla de cerezo, y él te lo dirá.

—¡Ah!... Ahora caigo en que te pedí diez céntimos.

—Bien, pues toma los treinta y en paz.

—Guárdate las alubias—dijo don Modesto.

—No: podéis quedaros con ellas...

—¿Pero te marchas tan pronto?—preguntó don Jerónimo.

—Sí... es decir... me voy a la biblioteca.

—¿A la biblioteca, tú?...

—¿Y qué tiene de particular?...

—Nada, que como dijiste cuando aquél lío de los libros prohibidos que, aunque tú eras liberal, no leías novelas porque no quieres perder el tiempo en pardadas...

—Es que en la biblioteca ésta hay otros libros que no son novelas y que valen mucho.

—Será ese diccionario de unos tomos muy gordos...

—No, no es ese...

—Pues no creo que encuentres otras obras que valgan más, porque, según me han dicho, sólo la pasta ha costado un dínal.

—¡Phs!... No cotizo yo los libros por la pasta, sino por lo que tienen dentro.

—¡Caramba!—exclamó don Anastasio Echévarrí—¿Sabes que te desconozco?...

—¿Pues?...

—Parece que con el trato de tu yerno vas adquiriendo cierta ilustración.

—¡Para lo que a él le sirvel...—dijo desdeño-

samente don Cirilo—¡Así como así, toda la gente ilustrada está sin una peseta!

—Eso es una verdad como un templo.

—Nada, lo que tú has dicho—asintió don Jerónimo, dirigiéndose a don Anastasio.—Dentro de poco... un sabio.

—No me extrañaría, porque, como es tan bruto, basta que se empeñe en una cosa...

Luego, mientras los compañeros de más de don Cirilo quedaban haciéndose lenguas del talento naciente de su ilustre amigo, confesándose sinceramente que jamás hubieran creído de él *que le diese por leer*, y mucho menos en aquellos grandes librotos de la Bilbaína, la mayor parte de los cuales estaban excomulgados o poco menos, el buenazo de Calabazatorre, poseído, por lo que sus amigos le dijeran, de un orgullo que nunca había conocido, el orgullo intelectual, entró con majestuoso talante en la biblioteca, y después de dar una vuelta por las mesas para enterarse de lo que los demás leían, echando un vistazo por encima de los hombros de los lectores, pidió con voz gruesa cierto libro que no hacía mucho tiempo se había publicado y del que habíanle hecho grandes elogios, y luego de sentarse cómoda-

mente y de quitarse los puños, que tanto estorbaban cuando uno se pone a trabajar de firme, comenzó a hojear el tomo, deteniéndose con especial admiración ante las iluminadas estampas. Titulábase la obra «Tratado de los hongos y perrechicos de Vizcaya».

—¡Cuidado que están bien los *santos* éstos! —se decía don Cirilo— ¡Como que casi dan ganas de meterles el diente!...

Y en tanto que con el rabillo del ojo miraba a los lectores que a su alrededor se hallaban, daba saliva, mucha saliva a los dedos, con intenciones, por lo visto, no solamente de pasar la hoja, sino de ablandar con la glutinante materia los elegantes cromos, a fin de prepararlos para una dulce y facilísima masticación.

Frente por frente a don Cirilo, con la cabeza apoyada en ambas manos y una obra de Spencer delante de los ojos, Gonzalo Valcárcel meditaba seriamente, no sobre el spenceriano libro, que maldito lo que en aquel momento le importaba el filósofo alemán, sino sobre algo, acaso más necesitado de filosofía, con lo que hallábase hondamente preocupado desde hacía más de una semana. Realmente, para él, que jamás había entendido gran cosa de manejos

bursátiles y que nada tenía de bolsista, según se lo había dicho humildemente a su suegro, era cosa difícilísima el acostumbrarse al nuevo método de vida que Calabazatorre le había impuesto. Verdad es que el bueno de don Cirilo habíalo hecho, pretextando que a causa de su delicada salud no le convenía a Gonzalo el estar haciendo continuos viajes a las minas para reconocer los trabajos y en cierto modo ordenarlos y dirigirlos; pero eran sin duda alguna mayores, mucho mayores y más numerosos, los malos ratos y penalidades que la Bolsa y sus emociones le causaban.

Aquel zipizape de ofertas y demandas, en casi todas las cuales había notado desde los primeros días el afán de reventarse unos a otros, por aquello de que la caridad bien entendida debe de comenzar por uno mismo, sacábale de quicio. No podía comprender cómo, personas que se tienen por honradas y viven con la conciencia tranquila, daban al prójimo contra una esquina sin experimentar escrúpulo alguno y quedándose luego tan tranquilas. El que un operador de más o menos fuste, de quien después se sabía que había cerrado tal o cual operación conociendo a ciencia cierta el resultado

de ella por el telegrama que en el bolsillo tuviera, continuase desahogadamente trabajando sin que nadie le echara al rostro su poca delicadeza, por no decir algo peor, era cosa que no acertaba a explicarse. Y no solamente por esto tenía Gonzalo verdadera ojeriza y horror a la Bolsa; profesábasela también, porque cuando por las noches quedaba libre para sus trabajos literarios y musicales, los únicos en que hallaba grato solaz para su espíritu, acosábanle repentinamente los números y cálculos hechos por la mañana, el pensar de las operaciones para el siguiente día, y todo ello, bulléndole en la cabeza como el aceite hirviendo en un caldero, quitábale la inspiración e idiotizábale el alma, metalizándosela y llevándola adonde su voluntad era impotente de impedirle llegar. Mas ¿qué había de hacer?... Aunque convencido de que la música y la literatura son puro *sport* y cosa de recreo únicamente para el que la compone o la escribe; aunque envidiaba al que amontona un capitalito vendiendo garbanzos y patatas puesto en mangas de camisa detrás de un mostrador, no podía hacerse en modo alguno a la idea de despojarse para siempre de sus aficiones y de convertirse en uno de

aquellos que en una sola mañana hacían más dinero con un par de palabras que el que hubiese podido sacar él de las piezas y libros que escribiera en toda su vida.

Tal vez estos pensamientos provenían de la mala suerte con que, por desconocimiento de la gente con quien trataba, había realizado sus dos o tres primeras operaciones bursátiles, pues, aunque convencido de que siempre hay que pagar la novatada, era muy duro, durísimo, responder de ella con el dinero ajeno, con el dinero de su suegro.

¡Buena cara, por ejemplo, la que aquella mañana le había puesto Calabazatorre por no haber conseguido a 148 los doscientos Explosivos que le ordenó comprar aunque fuese a 150!... La casualidad maldita había hecho que el único que en aquella mañana tuviera Explosivos a la venta, fuese Claudio Zugastí, aquel hombre con quien no se hablaba, y al que conservaba cierto rencor, no precisamente por haber sido el prometido de su mujer, sino por ser el dueño de la que en secreto adoraba, de la que tan profundamente había emocionado aquella noche en la que, sin saber a quien se acercaba, había ofrecido su paraguas.

Lo malo del caso, lo que más le exasperaba, era el que su suegro le había dicho que en Bolsa hay que dejarse de delicadezas y tonterías y contratar, cuando conviene, aun con el mayor enemigo. No, a él no le era posible semejante sacrificio, al menos por el momento. Luego, cuando a fuerza de tiempo se hiciese más práctico y menos poeta, contrataría con Zugastí, con cualquiera que ofreciese un negocio conveniente, pero ahora, no. Además, parecía notar, cuando por casualidad se encontraba en la Bolsa o en el *Boulevard* al lado del ex novio de su mujer, que más de uno mirábale sonriendo burlonamente, con risa extraña que no acertaba a comprender. Y si esto sucedía cuando ni siquiera se saludaban, qué sería luego, si les vieses cuchicheando en secreto respecto de algún negocio, de aquellos Explosivos, por ejemplo, que para colmo de desdicha habían venido aquella tarde, la del 15 de marzo, cotizados en París con diez francos de alza. En fin, la cosa ya no tenía arreglo y era preciso resignarse, tascar el freno, irse asemejando poco a poco al carácter de aquel hombre que tenía delante, ensimismado en la contemplación de los iluminados hongos y perrechicos. Acaso, si lo con-

seguía, llegaría a ser estimado en Bilbao como una buena persona, y saludado en la calle, no seca y ceremoniosamente, sino con amabilísima respetuosidad. Y por su madre, más que por él mismo, por aquella madre que también tenía el defecto grandísimo de ser un poco espiritual, era preciso conseguirlo lo antes posible, aunque para ello tuviese que hacer un sacrificio enorme, el de sus gustos y aficiones.

—Y lo haré—decíase Gonzalo—es preciso... ¡y lo haré!

En este momento asomóse a la puerta de la biblioteca don Jerónimo Echaluze, tosió desde allí dos o tres veces para llamar la atención de don Cirilo, porque él, francamente, no se atrevía a entrar en aquel recinto por temor de quedar en el acto excomulgado, y cuando Calabazatorre, luego de mirar a su amigo con el rabillo del ojo, cerró ceremoniosamente el libro y salió a su encuentro, le dijo, dándole un par de golpecitos en la espalda:

—Vamos, hombre, no seas zoquete y déjate de historias. Allí nos tienes a todos sin saber qué hacer y deseando echar otro más. Conque vente para allá, que tal vez ahora te vaya mejor.

—Bueno, conforme. Pero espera un momento, que voy a ver si mi yerno quiere acompañarme.

—¿Pues?...

—El otro día estuvo diciéndome que le avisara cuando jugásemos al mús, para ver si podía aprender algo.

Efectivamente, dos semanas antes, Valcárcel habíaselo dicho a su suegro, no precisamente por deseo de aprender el juego, sino porque se afanaba en darle gusto en todo, y desde entonces no pensaba Calabazatorre en otra cosa por aquello de que mientras él jugaba podría su yerno enterarse del juego de los demás, y...

—¡Hombre! —exclamó alegremente don Jerónimo— Pues, precisamente, hay allí uno que dice que nos va a dar lecciones.

—¿A nosotros?... ¿Y quién es el maestro?..

—Claudio Zugasti.

—¡Ah!...

Y don Cirilo, que al escuchar aquel nombre quedóse más cortado que la leche, cuando la leche se corta, a causa de que su amigo lo había pronunciado acompañándolo con una burlona sonrisita, púsose muy serio; dió dos pasos hacia atrás como con intenciones de

volver a ensimismarse en la contemplación de los santos, y recordando de pronto que no era otro sino Zugasti el que aquella mañana había ofrecido Explosivos en el *Boulevard* y en la Bolsa, dijo alegremente a don Jerónimo:

—Pues, anda chico, anda, que ahora mismo vamos yo y Gonzalo.

—¿Tú tienes las alubias, verdad?

—No, se quedó Modesto con ellas.

—¡Ah, sí!.. Por cierto que a propósito de ellas, no sé quién ha dicho allí que no le extrañan tus indigestiones.

—Pues dile que está muy equivocado, porque en mi casa no comen eso más que los criados.

—No te enfades, hombre, no te enfades...

—No, si no me enfado. Lo que me pasa es que no me agradan las bromas de mal género. Conque, voy a avisar a Gonzalo y en seguida estoy allí.

Largóse don Jerónimo, satisfechísimo de haber hecho las paces tan fácilmente con el ilustre don Cirilo, y éste, aproximándose silenciosamente a su yerno, dijole al oído:

—Deja eso y ven a jugar al mús.

—Pero...

—No, si no vas a jugar tú, vas solamente a ver cómo juego yo.

—Muy bien...

Poco después, Calabazatorre y su yerno entraban en el salón del tresillo, acercábanse a la mesa donde les esperaban don Jerónimo, don Modesto y don Anastasio, y luego de tocarse el sombrero con la punta de los dedos, en atención a Claudio Zugasti que hallábase arrinconado entre los jugadores, acomodáronse en rededor de la mesa sin pronunciar palabra.

No sabiendo por qué, pero presintiendo sin duda algo desagradable para él, Gonzalo Valcárcel experimentó al ver a su ex rival deseos de largarse otra vez hacia la biblioteca, despreciando las lecciones de mús con que su buen suegro quería ilustrarle; mas razonando, con buen acuerdo, que tal vez al retirarse de la sala, cuando precisamente llegaba con intenciones de quedarse en ella, podría dar lugar a que Calabazatorre se disgustara, violentó su voluntad una vez más, y, montando a horcajadas en una silla de Viena, colocóse al lado de don Cirilo, frente por frente de Zugasti, cuidando de no cambiar con la suya su mirada.

—Vaya, que os tengo que dar la gran paliza

—dijo al cabo de un rato Calabazatorre—por-
que como hoy no se ha ganado en Bolsa ni una
peseta...

—Sí, bueno estás tú—replicó don Anastasio

—Ya te habrá hecho éste alguna de las tuyas.

—¿Eh?—preguntó Gonzalo al verse aludido.

—Nada, chico, nada...

—Pero es que usted decía...

—Lo que dice todo el mundo.

—¿Y qué es lo que todo el mundo dice?...

—Pues... que es usted de la madera, sí chico,
de la madera...

- No entiendo...

—¿Lo véis?...—exclamó don Anastasio, diri-
giéndose a sus amigos Echaluze y Sorrigueta

—¿Os convencéis ahora de lo hipócrita que es
el niño?...

Permítame u s t e d, caballero...—murmuró
Gonzalo, sintiendo que la sangre le subía a la
cabeza.

—¡Qué caballero ni qué ocho cuartos!—inte-
rumpió don Jerónimo, riéndose a mandíbula
batiente.—¡Lo que dice don Anastasio es la pu-
ra verdad! . .

—Pero, señores...

—Usted es de la madera de éste, del mismo

tronco de Cirilo, y ya tendremos todos buen cuidado de no dejarnos enganchar.

—¿Por mí?...

—¡Sí, hijo, sí, por usted que dentro de poco será el rey de la Bolsa de Bilbao!

—¡Yol!...

Y Gonzalo, no sabiendo a ciencia cierta si lo que se le decía era sencillamente una broma o provenía de la *vox populi* de este Bilbao, donde tantas famas se conquistan sin haberlas pretendido, miraba con azorados ojos a Calabazatorre primero, a sus amigos después, y luego como de refilón y con avergonzado ademán, a aquel Claudio Zugasti que tenía enfrente y que, tal vez al ver la cara de asombro que Valcárcel ponía, mirábale burlonamente.

—Nada, lo dicho —prosiguió don Jerónimo— usted es un punto en toda la extensión de la palabra.

—Pues, a pesar de esa fama que Uds. le dan —dijo imprudentemente don Cirilo— no me tiene del todo satisfecho.

—¡Ah!... —exclamó don Modesto...—¿Todavía lo de los Explosivos?...

—¡Claró!... Sabe que estoy queriendo comprarlos a toda costa...

—¡Vendo Explosivos!—dijo secamente Zugasti, envolviendo con su mirada a suegro y yerno—¡Son quinientos!

Quedaron en silencio y sobrecogidos por ese temblorcillo indomable que se experimenta ante las grandes operaciones, cuantos rodeaban la mesa del mús, y al cabo de un instante, con la palidez en el semblante y tímido el tono de la voz, Gonzalo Valcárcel, clavando sus ojos en los de Zugasti, dijo:

—Tomo doscientos a fin de abril.

—Han de ser los quinientos—replicó Claudio como desdeñando operar en aquel *pico* de doscientos.

—No puedo...

—¿Que no puedes?...—exclamó Calabazatorre, furioso al ver que Gonzalo no había entendido la seña que por debajo de la mesa había hecho con el pie.

—¡Eh, tú!...—interrumpió don Modesto.—
¡No pegues pisotones!...

--¡No ha sido a tí!...

—¿Que no?...

—¡Vaya, señores!...—exclamó Claudio, haciendo ademán de levantarse.—¿No hay dinero para quinientos Explosivos?...

—¡Sí, sí hay dinero!—guitó Calabazatorre—
¡Yo lo tengo!

—¿Fin de abril?

—¡Sí!

—¡Vengal

—¡A 154!

Quedóse Zugasti silencioso durante un par de segundos, porque en realidad aquel precio no era el que ambicionaba; pero pensando en algo más importante para él que la tal operación, respondió con voz dura:

—¡Hechos!

Repercutiendo por la sala de juego, que por casualidad hacía un momento habíase quedado silenciosa, para que los socios que la ocupaban saboreasen sin duda los misteriosos encantos de tan magna operación, aquel ¡hechos! clavóse cual una flecha en el alma de Gonzalo, porque Zugasti había soltado la sagrada palabra mirándole a él y no a Calabazatorre, como para confundirle y aniquilarle con aquella libertad e independencia de operar en grande, que él, humilde correveidile de su suegro, no había soñado ni soñaría jamás en poseer. Por esta razón, y cuando, después de un rato, llegó a considerarse incapaz de contener algo que

furiosamente le cosquilleaba en lo más íntimo de su delicadeza, al ver que Calabazatorre, haciendo caso omiso de él, charlaba de corrido con aquél que estuvo a punto de ser su yerno, levantóse de su asiento, y, acercándose a don Cirilo, le dijo en voz baja:

—No me encuentro bien.

—¿Y qué?

—Me marcho a casa.

—Hombre, me alegro—le respondió Calabazatorre.—Precisamente iba a decirte que voy a llevar a Zugasti en la berlina.

—¿Eh?...

—Y que como no caben tres...

AMIGAS INTIMAS

A los quince días de aquella operación de Explosivos que tanto había dado que hablar en la plaza, no precisamente por la importancia del negocio, sino por las circunstancias que rodeaban a las personas entre quienes se había concertado, Julia Calabazatorre decía a su marido, mientras colocada ante un espejo daba los últimos toques a su *toilette* de visita:

—Pues, mira, hijo. Tú podrás opinar lo que quieras, pero en este caso creo que la razón está de parte de papá. Al menos, yo, así lo entiendo.

—Bueno, si es que tu padre y tú coincidís en ello, no tengo nada que decir. Sin embargo, no me parece de más el advertirte qué, si él estuviera en casa, la visita debe ser lo más corta posible. Porque siendo la primera y más aún yendo tú sola...

—Acompáñame.

—Hasta su puerta con mucho gusto, si es que me lo mandas, pero hasta arriba no.

—¿Por qué?

—Pues... por... porque...

—¡Despacha, hombre!...

—Porque, como comprenderás, si tú te metes en el cuarto de Guadalupe, yo debería quedarme en un gabinete con Zugasti, y, francamente, como no tengo nada de qué hablar con él...

—Vaya, lo dicho. Tú no quieres confesármelo, pero te pasa respecto de Claudio algo de lo que también me pasa a mí. Me parece que no simpatizas con él.

—¡Ni mucho menos!

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?... De haberlo sabido, ya hubiese tenido muy buen cuidado de advertirle a papá que no se metiera en esos negocios.

—¡Phs!... ¡Para el caso que hubiera hechol...

No contestó nada Julia, y Gonzalo, clavando sus ojos en el espejo para tropezar en él con la mirada de su mujer, de aquella mujer a la que cada vez comprendía menos, pensó durante un instante en que debiera hacer acopio de sus energías, levantarse de aquel sillón en el que tan

impaciente se hallaba, y con muy buenos modos, con palabras de miel y besándola y acariciándola si era preciso, obligarla a que cambiara de vestido y dejase para más adelante aquella visita, de la cual, no sabía por qué, le auguraba su corazón desagradables consecuencias. Pero no era posible, mejor dicho, no encontraba un pretexto suficientemente fundado para tomar tal determinación. Al contrario, Julia le había hablado de lo muy delicada que Guadalupe estaba desde hacía unos días, de sus deseos de volver a tratarse con aquella antigua compañera de colegio que tanto había querido, y a la que, en realidad, no profesaba rencor alguno por haberla robado el novio, ya que con su maridito de ahora se consideraba completamente feliz, y no era cosa de oponerse a los bondadosos instintos de su corazón tan sólo porque aquel hombre le era antipático, máxime cuando su ojeriza provenía de sentimientos que siempre había conservado muy ocultos, allá en su alma, y que por nada del mundo dejaría jamás traslucir. Después de todo, habiendo reanudado su antigua amistad Calabazatorre y Zugasti, tratándose como se trataban desde aquella nefasta noche de la Bilbaína, ninguna ocasión

más propicia para que Julia y Guadalupe volvieran también a su amistad de solteras, que esta en que la mujer de Claudio se hallaba, ligeramente enferma y falta de cariñosas visitas a causa de no tratarse con nadie. Además, aunque la enfermedad de Guadalupe no le preocupaba gran cosa, porque sabía que no era nada grave, hallábase deseoso de saber a ciencia cierta qué era lo que padecía, y de procurar, aunque indirectamente, el que por medio de su mujer supiera ella que también él estaba tristón y enfermizo, peor acaso del alma que del cuerpo.

—Conque, vamos...—dijo de pronto Julia acercándose a Gonzalo — ¿Qué quieres que diga a Guadalupe de tu parte?...

—¿De mi parte?...—preguntó Valcárcel, poniéndose encendido—Nada... Hazme el favor de presentarla mis respetos...

—¿Nada más?...

—Nada más.

Quedóse Julia silenciosa durante un instante pensando en algo que por oculta persona había sabido y dándose cuenta de que, efectivamente, debía su marido de abrigar hacia Guadalupe alguna secreta simpatía, cosa que, dicho sea sin paréntesis, veníale a ella a las mil maravillas

por lo que el lector sabrá a su tiempo, y al cabo de unos segundos, recobrando su fingida jovialidad, interrogó a Gonzalo diciendo:

—¿De modo que no te importa que se muera?...

—¿Eh?...

—¡Já, já!... Parece que te has asustado...

—¿Yo?...

—Sí, hijo mío, sí. Has puesto una cara muy fea. Y eso, que lo que yo quería preguntar era solamente si debía desearle en tu nombre que se ponga pronto buena.

—Por supuesto...

—¿Conque por supuesto, eh?...—dijo Julia, dándole un retozón bofetoncito.—¡Buen trampo estás hecho!...

—¿Quién?...

—¡Túl... En fin, ya te arreglaré las cuentas otro día, porque son las seis y se me va a hacer tarde.

—Pero, escucha...

—¡Qué escucha ni qué cuatros cuartos!—exclamó Julia, riéndose con risa de expresión indefinible.—Mira, toma esta cartita y sabrás a lo que me refiero.

—Venga...

—No, no te la doy. Prefiero leértela yo misma cuando tratemos del asunto, para ver el efecto que te hace.

—Pero...

—Es un anónimo.

—¿De qué trata?...

—De nada, es decir, de tus picardías—respondió Julia maliciosa—De modo que, anda maridito, dame un beso... y hasta luego.

Dióla el beso Gonzalo, medio aturdido por aquellas reticencias que no se explicaba y lleno de asombro porque jamás había estado su mujer tan comunicativa y cariñosa para con él, a no ser delante de gente, y en tanto que se quedaba en su sillón devanándose la mollera para descifrar enigmas tan extraños, la hija de D. Cirilo salió corriendo alegremente de la habitación y oyóse, al cabo de un instante, el rodar de su berlina sobre el no empedrado piso de la Alameda de Mazarredo.

Diez minutos después, la hija de Calabazatorre llamaba en la casa de los señores de Zugasti, allá en la Plazuela del Instituto; daba su nombre a la criada para que se lo transmitiese a la señora, y, conducida por la doméstica a través de un espacioso pasillo que apenas ilu-

minaban los últimos destellos del día, llegaba ante la alcoba de Guadalupe, y, antes de entrar en ella, preguntaba desde la puerta:

—¿No te molestaré?...

—Todo lo contrario... —respondió débilmente la enferma.

Alzándose su velillo de tul, penetró Julia en la habitación, acercóse a la cama de Guadalupe, y apoyando una de sus manos sobre la almohada, en tanto que con la otra apartaba de la frente de su amiga dos gruesos mechones de cabellos, saludó a su antigua compañera de colegio dándole un sonorosísimo beso, que aquella agradeció en el alma, porque hacía mucho, muchísimo tiempo, que nadie la había besado con tanto cariño.

—Mira, no te he venido a visitar—dijo la recién llegada—porque he sabido por papá, a quien tu marido se lo ha dicho hace unos días...

—¿Qué?...

—La prohibición del médico, es decir, su advertencia de que debían evitásete toda clase de disgustos. Y como tal vez al verme...

—¡De ninguna manera!—interrumpió la enferma—Disgustos como el que me das con tu venida quisiera yo a todas horas.

—Gracias—dijo Julia cortesmente.

Luego, sentándose a la cabecera y oprimiendo entre las suyas las dos manos de la mujer de Zugasti, paseó su mirada por la estancia una pequeña alcoba empapelada de gris, en la que no había más muebles que la cama, la mesa de noche, dos sillas de Vitoria, un espejo y un gran cuadro de la Purísima, y extrañada de la modestia de aquella habitación, dijo a Guadalupe:

—Pero... ¿es éste vuestro cuarto?...

—No, el nuestro, es decir el que tiene él ahora, está del otro lado de la casa; pero como hace ya bastante tiempo que pasó muy malas noches, me he venido aquí para no molestarle.

—Siempre tan buena—murmuró Julia zalameramente, dando otro beso a su amiga.

—No, yo no, tú eres la buena. Tú que eres la única que vienes a verme y acompañarme aquí en mi soledad. Dios te lo pague.

—Pero, ¿no viene tu tía Agueda?...

—Sí, muy raras veces. Cuando sabe que no puede encontrarse con Claudio.

—¡Qué me dices, mujer!.. —exclamó Julia, haciendo por asombrarse.

—¡Ah!... Yo creí que lo sabías...

—¡Ni una palabra!

—Como lo sabe todo el mundo..

—A ver... cuéntame...

—No, si no tiene nada de particular...

Y Guadalupe, con los ojos humedecidos por las lágrimas, contó ligeramente a Julia los disgustos por que su tía había pasado; la negativa de Claudio a prestarle apoyo, y la extremada delicadeza de aqueila buena señora, que, rehusando los medios de salvación que ella le ofreciese, había decidido noblemente el no molestar jamás a Zugasti, ni aún con su presencia, para evitar a su sobrina el más mínimo disgusto.

—¡Pobre señora!—exclamó Julia—¡Y yo que no había oído decir nada absolutamente!

—Pues, ahora que lo sabes, me harás un favor, ¿verdad?..

—El que quieras.

—Irás a visitar a para que la gente vea que aún se trata con personas decentes.

—Gracias, hija, gracias por la parte que me toca.

—¡Sabes que te lo agradeceré con toda mi alma!

—¿Y me perdonarás?..

—¿Perdonarte?... ¿Por qué?..

—Por todo.

—Explícate...

—Porque yo fui la que dejó de saludarte cuando nuestras bodas se concertaron; porque tal vez por mí es por quien han dejado de visitarte nuestras amigas de entonces; porque he sido muy mala y muy cruel para contigo...

—Cállate, cállate--interrumpió la enferma, intentando poner una de sus manos sobre la boca de Julia—no digas tonterías...

—No, si no digo tonterías, digo lo que debía haberte dicho hace ya tiempo para que mi conciencia estuviese tranquila. Pero bien sabes lo que son los hombres. En fin, gracias a papá que es más llano y más francote que mi marido, han vuelto a reanudarse las amistades entre él y Claudio, cosa de que me alegro muchísimo, porque así podré venir a tu casa para acompañarte unos ratitos hasta que te pongas bien, para tratarte lo mismo que antes, como a mi más íntima amiga.

—Gracias...

—Y creo que tú, pensarás de igual modo que yo, ¿no es cierto?...

—Sí...

—Olvidarás todo lo pasado, me visitarás muy

a menudo, y hasta te lanzarás a pedir permiso a tu marido para venir a pasar en Las Arenas, cuando llegue el verano, una temporadita en mi casa.

—No, eso no...

—¿Por qué?...

—Por nada... porque haré falta aquí...

—Porque no quieres.

—No, yo sí quisiera, pero...

—Vaya, estoy viendo que vamos a reñir...

—¿Reñir?...

—¡Claro!... ¡No quieres que sea tu amiga íntima!

—Sí, Julia, sí...

—¡Pues bien lo disimulas!... Antes, cuando te sucedía algo, era yo la primera en saberlo, no tenías secretos para conmigo...

—Ni ahora tampoco...

—Sí, ahora sí los tienes.

—Ninguno... Ya ves que te he contado todo lo de mi tía...

—Sí, pero eso me lo has contado porque, como tú misma dices, lo sabe ya todo el mundo.

—Desgraciadamente... —dijo Guadalupe medio sollozando.

—Pero, en cambio, no quieres decirme, sino que pretendes ocultármelo, por qué te espanta el venir a Las Arenas, de qué proviene ese temor que no acierto a explicarme.

—Es que... no me atrevo...

—¿Ves, ves como no tienes conmigo la confianza que tenías antes?...

—Sí... sí...—afirmó la enferma con la voz velada por el llanto—lo mismo que antes...

—Pues, entonces, hija...

—Es que...

Y Guadalupe, separando sus manos de las de Julia y llevándose a los ojos el bordado embozo de la sábana, rompió a llorar diciendo:

— Es que... ¡soy muy desgraciada!

Levantóse apresuradamente la hija de Calabazatorre, murmurando un «por fin» que acompañó de una irónica sonrisa, y luego, sacando del bolsillo de la falda su pañuelo, un pañuelo que precisamente la regalara Zugasti, allá cuando fueron novios, descubrió el rostro de Guadalupe con una mano y llevólo con la otra a los ojos de la enferma, exclamando compasivamente:

—¡Pobrecita!

—Muy desgraciada...

—¡Vamos, no seas tonta!... Cálmate un poco...

—Déjame... déjame llorar... que esto me hace bien...

—Bueno, llora todo lo que quieras... Ya sabes que yo estoy aquí para consolarte... Anda, llora hijita, llora...

—Ahora te contaré...

—No, no me vas a contar nada...

—Sí...

—No, señora, nada absolutamente...

—Es que...

—Con lo que me has dicho me sobra para compadecerte y quererte aún más de lo que antes te quería. Ya sabes que yo no soy curiosa, y que únicamente me gusta que me cuenten penas cuando puede consolarse de ese modo quien las tiene... Conque, ya lo sabes...

—Pues, por eso precisamente, por eso es por lo que quiero contarte...

—¡Ah!...—dijo Julia satisfecha de su diplomacia—Si es así...

—Y además, porque sería peor el que lo supieras por otra parte.

—¿El qué?...

—Tal vez creyese que era verdad...

- No te comprendo...
- Yo... tampoco...
- ¿Eh?...
- No sé quien pueda haberlo inventado...
- Pero explícate, hija, explícate...
- ¿Es una calumnia, sabes?... Una calumnia que no tiene nombre...
- A ver...
- Dicen que... que tu marido...
- ¿Qué?
- Que tu marido y yo...
- Concluye...
- ¿Para qué?... Piensa todo lo peor que pudiera haber entre los dos...
- ¿Eh?—exclamó Julia, abriendo mucho los ojos—¿Pero lo sabías?
- ¿Qué?... ¿Tú también?...
- Sí, hija, sí...
- ¿Pero no lo crees, verdad?... —preguntó la enferma mirando ansiosamente a Julia.— Asegúrame que no lo crees...
- Lo que me choca —dijo Julia, rehuendo el contestar y mirando hacia el techo— es que te hayan venido con el cuento.
- ¡Hay quien no hace caso de lo que ha recomendado el médico!

—Y te han dado un disgusto...

—¡Muchos!...

—Puedes decirme, quién...

—Claudio.

—¿Lo sabe él? —preguntó la hija de Calabazatorre con gran asombro,

—¡Lo creel...

—¿Y qué?...

Rompió a llorar de nuevo Guadalupe, en tanto que Julia la miraba lo más cariñosamente que le era posible, y cuando se hubo calmado un poco, inclinóse hacia la visitante, estrechóla ambas manos con sus pobres fuerzas, y murmuró:

—Mira, a nadie se lo he dicho... nadie más que él y yo lo sabemos... pero a tí... a tí voy a decírtelo... voy a contarte todo... todo lo que pasó entre mi marido y yo...

Y medio sentándose en la cama, para estar en postura más cómoda, dejó al descubierto parte de aquel hermoso busto que hacían resaltar más los negros cabellos que lo adornaban, y prosiguió bajando la voz misteriosamente:

—Ya sabes que estoy... sí... ya lo sabes... lo

habrás conocido al verme en la calle... tal vez te haya dado lástima...

—No... todo lo contrario... me alegré mucho...

—¿De veras?...

—Supuse siempre que era tu ilusión...

—Sí... es verdad... era mi ilusión... pero ahora...

—¿Por qué?...

—Escucha...

Poco después, cuando Guadalupe hubo dicho casi al oído de Julia algo que el lector sabrá más tarde, la hija de Calabazatorre, en tanto que acariciaba a su amiga y procuraba enjugar las lágrimas que a torrentes vertía, preguntó de pronto:

—¿No viene a verte el P. Pérez?...

—Nunca. No le gusta a mi marido.

—¿De modo que no sabes?...

—¿Qué?

—Lo que piensa de ti.

—No...

—Pues, mira, siento mucho decírtelo; pero me parece que el P. Pérez...

—¿Eh?...

—También te cree culpable.

—¡A mí!...—exclamó dolorosamente Guadalupe.

—Y francamente...—dijo Julia midiendo el efecto de sus palabras—yo misma...

—¿Tú?...

—No... no te asustes... no te creo tan mala... pero cuando todo el mundo...

—¡Dios mío!

—Cuando todo el mundo lo asegura...

—No hables así...

—Te hablo como debó hablarte. Hemos convenido en volver a ser íntimas amigas y en tratarnos con absoluta confianza, y por eso te digo lo que pienso. De lo contrario, me marcharía ahora mismo.

—Bueno...—dijo débilmente Guadalupe—Si es así...

—Y tanto más, cuanto que vengo notando en mi marido desde hace algún tiempo, que siempre que se habla de ti...

—¡Cállate, por la Virgen, cállate!... Me haces daño...

—¡Ah, perdóname!...—dijo Julia mustiamente—No me acordaba de la advertencia del médico...

—Habla, habla, que por un poquitín más...

—Bueno, déjame concluir. Yo no creo, me entiendes, yo no creo que hayáis llegado hasta el fin, pero juraría...

—¿Qué?...

—Juraría que entre mi marido y tú existe cuando menos el pensamiento de pecar.

—¡No!

—Sí, Guadalupe, sí. Buena prueba de ello es lo mucho que te ha costado el decirme lo que me has dicho, el temor que parecías tener a que yo me enfadase, tu empeño en que yo no lo creyera...

—Pero, comprende, Julia...

—En fin, déjate de hipocresías y falsedades y sé franca para conmigo; háblame como hablarías a tu confesor; contesta a lo que voy a preguntarte, sin hacer remilgos de ninguna clase y guardando esas lagrimitas que tan preparadas tienes siempre...

—¡Oh!... ¡Qué mal me juzgas!...

—Te juzgo como debo juzgarte, como te juzgaría tu misma madre, es decir, con demasiada bondad.

—¡No!... Mi madre no me haría sufrir como me haces sufrir tú.

—¡Pero, hija mía, si yo no te hago sufrir!

—Sí... mucho...

—Bueno, pues si te hago sufrir, perdóname porque no es esa mi intención. Pero, como ves, estas explicaciones son necesarias. Es preciso que todo quede aclarado para que entre tú y yo no pueda haber jamás el más mínimo motivo de discordia. Conque, anda, responde a mi pregunta.

—Hazla.

—¿Dónde están las cartas de mi marido?...

Miró Guadalupe con espantados ojos a Julia, separó de su frente los cabellos que por ella caían, y luego, retirándose hacia la cabecera de la cama, respondió débilmente:

—Nunca me ha escrito...

Satisfízose Julia al parecer, riéndose interiormente de la candidez con que Guadalupe había contestado a aquella tontería que se le ocurriera preguntarle, y deseosa de saber algo que le importaba mucho más y que seguramente la serviría mejor para el objeto que perseguía, preguntó de nuevo:

—¿Amas a tu marido?...

—¡No!

—Pues, bien, como aún no estoy del todo

convencida, y como esto que ahora me dices contribuye en algo...

—¿Eh?

—A recordarme que, según dicen, son siempre las mujeres las que tienen a los hombres, debo advertirte...

—¡Cállate, Julia, por compasión!...

—Sí, me callo..... Era una sandez..... Porque ahora .. Ya estoy más tranquila...

—¿De veras?..

—Mujer, supongo que después de lo que me has dicho, después de todo lo que sé, no ibas a tener valor...

—¡Pienso en mi hijo!—exclamó Guadalupe solemnemente— ¡En mi hijo... y en Dios!...

—¡Cómo te envidio!..—murmuró con hipocresía Julia.— ¡Yo, en cambio!...

—Lo tendrás andando el tiempo.

—No, mi pobre Gonzalo está perdido... Perdido del pecho... tísico rematado...

—Pero..

—En fin, ya ves como yo tenía razón al hacerme sufrir con mis preguntas. Las dos hemos quedado tranquilas y más amigas que nunca. ¿No es cierto?..

Correspondió Guadalupe, toda emocionada.

al abrazo y besos con que Julia firmó aquellas paces, en las que no había identidad de fe por ambas partes; secó sus últimas lágrimas con el pañuelo de la visitante, y después, mirándola con arrobamiento en el que se traslucía a las claras la inmensidad del cariño que profesaba a su antigua compañera, exclamó dulcemente:

—¡Qué elegante y qué guapa estás!..

—Vaya, ni que tuviese pantalones, hija —replicó Julia riendo. —Conque, déjate de flores... y adiós.

—¿Te marchas ya?..

—Sí, es muy tarde y Gonzalo estará impaciente.

—Pero... ¿volverás?

—Por supuesto. Volveré para que veas que te quiero y que hago poco caso de cuantas patrañas puedan inventar por ahí.

—¡Gracias!

—Mira —prosiguió Julia, sonriendo — tal vez en este momento, si es que alguno me ha visto entrar en tu casa, estén diciendo que he venido para desollarte viva.

—¿De modo que no lo crees, verdad? —preguntó de nuevo Guadalupe.

—¡No, tonta, qué lo voy a creer!..

—Es que lo dices de un modo...

—¿De qué modo?...

—Parece que te burlas...

—Porque estoy contenta, porque te he visto, porque somos otra vez las amigas de antes...

Y cuando se hubo despedido de la enferma, y salía en dirección a la puerta de la calle por aquel pasillo, que a pesar de ser ya noche cerrada no había sido iluminado aún, tropezó con una sombra que murmuró en voz baja:

—¿Era cierto?...

—Sí...—respondió Julia—eres un bárbaro...

—¿Y vendrás?...

—Cecilia te lo dirá.

Poco más tarde, cuando Julia llegó a su casa, encontró a Gonzalo tocando al piano el «Salve di mora» del Fausto, y, llegándose a él, le dijo alegremente en tanto que se quitaba el sombrero:

—Vaya, veo que estás muy animado.

—Sí—respondió Gonzalo, sin dejar de tocar—me encuentro bastante bien.

—Pues, Guadalupe...

—¿Qué tiene?...

—Nada, es decir, te lo diré como me lo ha dicho ella, con absoluta reserva.

Interrumpió Gonzalo el «Salve di mora», girando en el taburete para escuchar mejor lo que su mujer iba a decirle, y Julia, muy lentamente y con afectada indiferencia, prosiguió:

—Pues... ese brutazo de Claudio, estando un día borracho, le dió un golpe en el vientre...

—¿Eh?... —exclamó Gonzalo poniéndose en pie.

—¡Y tú has tenido la culpa!

—¡Yo!

—No, no te apures, porque no lo creo. Te considero incapaz de esa bajeza y diría que es mentira aunque me lo jurasen. Porque, aunque sé que no me me quieres, tengo la certeza de que me respetas.

—¿Qué dices?...

—Lo del anónimo.

—¡Dílo!

—Que Guadalupe y tú...

—¡Mentira!

—Y dan mil detalles...

—¡Yo arrancaré mil lenguas!

—¡Jesús, qué impresionable eres!... —dijo Julia, mientras que con toda calma se desabotonaba los guantes. — No quiero ni pensar en có-

mo te pondrían el día que me calumniasen a mí.

— ¡No, a tí no te calumniarán! — replicó Gonzalo fuera de sí.

— ¿Por qué, hijo mío?...

— Porque...

Y Valcárcel, dominando con la fuerza de su ira el amago de tos que casi le cortaba la palabra, sacando de sus pulmones fuerzas en cuya existencia ni él mismo hubiera jamás creído, respondió gritando:

— ¡Por ser de aquí!... ¡Porque tienes dinerol!...
¡Porque eres la hija!...

Escándalo en puerta

El ferrocarril de Bilbao a Las Arenas estaba de enhorabuena aquella tarde. Lo menos, y conste que no exagero, lo menos doscientos viajeros de ambos sexos, en su mayoría de tercera clase, había dejado en la estación de Ibarrecolanda, ávidos de repartirse por los innumerables *chacolíes* de aquella pintoresca zona, para indemnizarse, con el clásico corderito y el reglamentario bailoteo, de las vigiliias y aburrimientos de la pasada cuaresma. Pero, aunque económicamente estuviese de plácemes, era mucho, en cambio, lo que moralmente pretendían hacerle perder *aún*, a juzgar por las conversaciones de algunos de los que acababan de desembarcar. Vayan unos ejemplos.

— ¡Oyete tú!—decía uno a grito pelado,—
¿Cuándo van éstos a *hacerse la estación*?

- ¿No la véis ahí?
—¿Dónde?
—¡Ahí!
—¡Acaso es eso!
—¿Pues qué es, *entonses*?
—El sitio *pa...*

Más allá, en otro de los grupos que aquella alegre gente componía, lavábase una doméstica cara y manos en un charco de agua del cielo, mientras que con chillona voz decía:

- ¡En polvos blancos ya gastan, pues, las señoritas, pero nosotras lo que es!...
—¡Éstos negros, *pa* los dientes *disen* que son buenos!

- ¡*Pa* las botas sí que sí!
—¡Pues mira que los del tren de Achuril!...
—¡Bueno está *tamién* aquél!
—¡Como que gemelos o así *paresen*!...

Y algunos de los que se hallaban ya más alejados de la estación, apartándose para dejar paso a un coche cuyas cortinillas iban echadas y que lentamente subía por la carretera, exclamaban envidiosamente:

- ¡Lo que es la que vaya ahí *drento*, no sacará en el traje agujeros de chispas como nosotros!

— ¡Pues por eso me *parese* que no habrá *echao* los visillos!

— ¡Es que será alguna de esas!

— ¿De cuáles?

— ¡De... esas!

— ¿A esta hora?...

— ¡Si es la mejor *pa* disimular!

— Eso...

— ¿Qué?

— *Verdá* es.

Efectivamente, no era éste el único coche que aquel domingo había subido hacia Ibarrecolanda, para depositar su misteriosa carga en uno de esos caseríos, con ramita de laurel en la puerta o en el balcón, a los que jamás visitan los inspectores de higiene, a no ser en clase de particulares. Ya antes que aquél, mucho antes de la hora en que el tren de Las Arenas había desembuchado allí su magna carga de viajeros, habíase detenido ante el chacolí de Paco Kurdibeitia, no en la carretera del frente sino en el caminillo que cruza por su parte zaguera, una elegante berlina, *con gato encerrado*, según frase del bonachón Pacho, poco amigo de meterse a descubrir vidas ajenas con tal de que no dejasen sus parroquianos de pagarle con

largueza. Por cierto, que habíale extrañado sobremanera, pero conste que a nadie se lo decía, el por qué aquella tan elegante y que tanto se tapaba la cara para que no se la conociese, venía a honrar su humilde casa en vez de quedarse por allá, por Bilbao, en alguno de esos hoteles o fondas donde podría salirle al galán más caro, pero...

—¡Por el cordero serál!—decíase para acallar su curiosidad.

Y más tarde, cuando el coche, para no llamar la atención, se hubo marchado lentamente a dar una vuelta por aquellos andurriales, dedicóse Pacho, en alma, vida y corazón, a servir a los parroquianos de la planta baja del caserío, acomodados ya bajo la parra, los perales y los manzanos, sin acordarse para nada de los huéspedes que arriba tenía, y pensando alegremente en que, con varias tardes como la que se le preparaba, bien pronto podría comprar cierta vaca a la que desde largo tiempo tenía echado el ojo.

Los medios corderos asados, las cazuelas de apetitoso bacalao, las de merluza en salsa verde, las fuentes enormes de lechuga con cebolla, eran verozmente despachadas por los parro-

quianos de Pacho, gente toda ella de buenas tragaderas y *bebederas* no menores, como muy bien pudiera demostrarlo la sangría enorme que a las barricas de chacolí estábanles haciendo aquella tarde, y sobre todo, el excelente humor de algunos comensales, que, puestos en mangas de camisa y con la boina a medio caer sobre una oreja, bailaban, sudando la gota gorda, al sonsonete de una chillona voz de mujer que cantaba acompañándose con una pandereta:

Anda que te den, que te den
que te den y que te *déan*
agua de limón, de limón
con *asúcar* y canela...

A media tarde, cuando ya el chacolí tenía hechos sus efectos, esos efectos que suelen impulsar a un buen par de bofetadas en broma pero que jamás llegan a ser causa de un disgusto grave, habían llegado el jolgorio y la algazara a tal extremo, que nadie absolutamente reparó en la aparición de un nuevo contertulio, un señorito muy pálido y con el semblante muy triste, quien temeroso de perturbar con su presencia aquella fiesta en la que a nadie cono-

cia y en la que a todos envidiaba, fué a sentar silencioso a la única mesa que encontrara libre, al lado, precisamente, de otra en la que devoraban, cual Heliogábalos, los tres o cuatro viajeros del tren de Las Arenas a quienes oímos hacer comentarios acerca de lo bien que evitan los agujeros de las chispas, esas que van en los coches con las cortinillas echadas.

Erase el tal señorito, a quien probablemente el lector habrá conocido ya, Gonzalo Valcárcel, que ávido de respirar el ambiente del campo, deseando mitigar en algo sus penas, y sabiendo que para ello ningún bálsamo tan eficaz encontraría como el de entretener su imaginación en asuntos propios de sus aficiones, había llegado en el tranvía hasta la Plazuela de Olaveaga, y desde allí, muy poquito a poco, subido hacia Ibarrecolanda, para reponer sus fuerzas en el primer caserío que encontrase, tomando un vaso de leche recién ordeñada y un par de bizcochitos. Eso era lo que su mujer le recomendaba continuamente para su bien, pesarosa acaso del mal rato que sin pretenderlo había causado con la noticia acerca de Guadalupe, y afanosa de indemnizarle, extremando su cari-

ño, de la indiferencia y frialdad con que, hasta hacía poco tiempo, veníale tratando.

Verdad es que no era Ibarrecolanda, sino Begoña, el sitio que ella le recomendara para sus paseos; pero aquello de marchar camino del cementerio entrístecíale mucho, y por ello, conformándose con la indicación de su mujer para no contrariarla ni aún en eso, esperó a que en cuanto acabaron de comer, se marchara a pasar la tarde en casa de Guadalupe, para hacer luego su santa voluntad... y contárselo por la noche, cuando se encontraran en casa. El engaño, después de todo, era infantil, no tenía nada de particular...

En tanto, los que ocupaban la mesa cercana, miraban a Valcárcel con curiosidad y hablaban por lo bajo, comunicándose impresiones de las que únicamente traslado las necesarias al caso.

—Pues, no, no es éste—decía uno de los Helioγάλos con blusa—porque si sería ya se habría subido *pa* arriba sin parar aquí.

—¿Pero no *desías*—dijo otro, ya en voz alta, preocupándose poco de que Gonzalo oyera o no la conversación—que es uno guapo y con sortijas?...

—Sí, pero aquél es más grande y tiene algo barba, en fin, más facha.

—¿De modo que ella en coche y él a patita?..

—Eso. El coche por la parte de atrás y él por aquí. La *primer* tarde se *hisieron* lo mismo.

—Ya le dejarán buenas perras a Pacho.

—¡Figúrate!...

—Lo menos *sínco* duros o así en las dos *ve*-ses, eh?

—Y *tamién* seis.

—¿Qué traigo? — preguntó entonces, dirigiéndose a Gonzalo, una risueña *nesca*, llena de cara y con las mejillas como amapolas.

—Pues, vas a traerme...

Y apenas la aldeana se hubo enterado de lo que Valcárcel deseaba, miróle compasivamente, conociendo acaso que no debía de estar muy bien aquel señorito tan simpático, y le dijo con cariño:

—¿Quieres ver ordeñar, o qué?..

—Bueno...

—*Entonses*, ven detrás mío.

—¡Allá voy! — respondió Gonzalo levantándose.

Un instante después, penetraba en el caserío, guiado por la *nesca*; quedábase en el portal du-

rante un momento, esperando a que ella dejara en la cocina la vajilla sucia que bajo el brazo había traído, y cuando reapareció con un gran vaso *de a cuartillo*, secándose en el delantal las manos que acababa entonces de lavarse, preguntóla sonriendo:

—¿Está lejos la vaca?...

—Aquí.

—¿Dónde?...

—En la cuadra.

—Entonces, no entro.

—¿Miedo de manchar tienes?—preguntóla la aldeana entreabriendo la puerta del establo.

—No, ya no tengo miedo—respondió Gonzalo, aspirando con deleite el tibio vaho que por la puerta salía—Al contrario, deseo entrar cuanto antes.

Y cuando la *nesca* hubo penetrado en aquella obscuridad en la que él no distinguía vaca alguna, arremangóse los pantalones, y siguióla diciendo:

—¿Por dónde?...

—*Hasia la izquierda* se hay un poquito bastante seco.

—No veo...

—*Ensiéndete un misto*.

—No tengo.

—Quieto, pues, hasta acostumbrar.

Oyó entonces Gonzalo un mugido prolongado y suave que le hizo estremecer, llevando a su alma una oleada de dulzura... Allá, en su infancia, durante la primavera, llevábale su madre por las mañanitas a la vaquería del Retiro, a la casa de los terneros, como él la llamaba... Después, acostumbrados ya sus ojos a la obscuridad del establo, vió a la aldeana arrodillada junto a la vaca y esprimiendo los pezones de las hinchidas ubres, en tanto que cuidaba cariñosa de aquel vaso en el que ya casi rebosaba la leche espumosa.

—Tómate, tómate aprisa—dijole la *nesca*.

Apuró con ansia Gonzalo la mitad del líquido, detúvose a tomar aliento para concluirlo, y cuando ya acercaba de nuevo el vaso a sus labios, oyó encima de su cabeza una voz que no le era desconocida y que gritaba:

—¡Marichul

—¡Voy!—respondió también gritando la aldeana.

—¿Quién te llama?...—preguntóla Valcárcel, cuyo rostro había cambiado de expresión.

—Los de arriba.

—¿Quiénes son los de arriba?...

—Los de la otra tarde.

—Pero... ¿quiénes son?

—Uno de Bilbao...

—¿Uno y una?

—Sí.

—¿Cómo se llaman?...

—No sé, pues.

Y Gonzalo, convencido de que no podría sacar del cuerpo a la *nesca* ni una sóla palabra más, y también de que era Zugasti el que encima de la cuadra estaba, concluyó su vaso de leche a duras penas, porque pensaba en lo desgraciada que Guadalupe era, y en lo poco que tal mujer se merecía aquel hombre a quien con gusto haría pedazos entre sus manos.

—¿Ya les *conoses* o qué?—preguntó entonces la aldeana, que meditaba en el empeño con que Valcárcel había hecho sus preguntas.

—No, no les conozco—respondió Gonzalo.

—Porque si querías...

—¿Qué?...

—Cuando venga el coche...

—¡Ah!... ¿Es de ellos de quienes hablaban allí, a mi lado?...

—Sí.

—¿Y qué, cuando venga el coche?

—Podrías estarte escondido...

—¡Yo no me escondo!

—Es que como ella se tapa mucho...

—¡Y a mí, qué!

—¡Marichu!—volvió a gritar la voz de Claudio.

—¡Voy!—repitió la *nesca* haciendo ademán de marcharse.

—Espera, que voy a pagarte—dijo Valcárcel deteniéndola—¿Cuánto te debo?...

—Tres perras.

—Toma una peseta y guárdate lo que sobra.

—*Gracias*.

—¡Marichu!...—gritaron de nuevo desde arriba—¡Marichu!...

—¡*Josús!*—exclamó la aldeana—¡Mucha prisa de marchar tiene hoy!

—Pues, anda, hija—dijo Gonzalo, dirigiéndose hacia la puerta—lárgate y no te entretengas.

—¿Otro vaso no quieres, pues?

—No, lo que quiero es irme cuanto antes.

—¿A coger el tren vas?...

—Sí.

—*Entonces*, vente por acá que es más corto.

—¿Por dónde?

—Por atrás, por donde entra esa—dijo la nescá, llevando a Gonzalo por un corredor enclavado entre la cuadra y la cocina—¿Ya oyes, *verdá*?

—¿El qué?

—Ruido de coche.

—Si, ya lo oigo. Viene hacia aquí.

En aquel instante entreabrió la aldeana una puertecilla que daba al camino de la parte zagüera del caserío, y apenas hubo Gonzalo dirigido por ella su vista, púsose densamente pálido y dió dos pasos atrás. Si sus ojos no le engañaban, si no era una ilusión de su mente, aquella berlina que entonces se detenía, allí, a diez pasos de él, era la de su mujer, la misma en que aquella tarde había salido a casa de Guadalupe. Flaqueáronle las piernas, sintió que la sangre le subía en borbotones a la garganta, y temiendo caer redondo, abrazó con su brazo derecho el robusto talle de la aldeana.

—¿Malo estás o qué?—preguntó ésta mirándole con ternura.

—No... no es nada... ya me pasa..

—Tómate esta silla...

—Gracias.

—Ya *desía* yo que te importaban ésos.

—No... no me importan...

—Ahora les vendrá el cochero en busca.

—¿Van los dos juntos?—preguntó Gonzalo, recobrando algo de sus fuerzas.

—Ahora, sí. Como ya está casi *anochesido*...

Levantóse Valcárcel, haciendo un esfuerzo por mostrarse sereno ante la aldeana, y sacando una moneda del bolsillo, dióselo diciendo:

—Toma y márchate. Voy a quedarne aquí para ver quiénes son.

—Algo *entoavía* ya tardarán.

—No tengo prisa.

—Agur, *entonses*.

Y en cuanto la *nesca* hubo desaparecido por el otro extremo del corredor, palpóse los bolsillos nerviosamente, buscó luego a su alrededor algo que pudiera servirle para tomar en el acto venganza de su deshonra, y no encontrando arma ninguna, murmuró un solemne «te vengaré», que hacia Guadalupe dirigía desde el fondo de su alma, lanzóse apresuradamente a la berlina, y abriendo con viveza una de sus portezuelas, metióse dentro, luego de

lanzar a la estupefacta cara del cochero estas palabras:

— ¡A casa!

Poco después, aparecían en el camino Claudio y Julia, él con el cuello de su gabán levantado hasta las orejas y ella cubriéndose la cara con la mantilla, y cuando, mudos de asombro, se miraban convencidos de que realmente era el suyo el coche que, desde arriba, habían oído partir hacía un momento, resonó en el silencio de la noche, regocijada y burlona, la chillona voz de mujer que ya conocemos y que cantaba de nuevo.

Anda que te den, que te den
que te den y que te déan...

CONFLICTO INMINENTE

En el alegre amanecer de aquella mañanita del 25 de abril, fué la del P. Pérez la primera ventana de la Residencia que dejó paso franco a los perfumes del jardín adyacente a la iglesia, rebotante ya, merced a los cuidados de su dueño, de flores diversas con las que éste haría su agosto en el próximo mes de María. Llegaban hasta él, turbando el silencioso despertar del día, el canto regocijado del gallo, algún lejano ladrido, y el trinar de unos cuantos pajarillos que jugueteaban, apenas despiertos, por entre las copas de los árboles, sin parar mientes en la perruna tos del sereno, medio recostado contra la verja de uno de los *chalets* de la Alameda de Urquijo. Allá a lo lejos, la campana de un convento de monjas doblaba a maitines.

Mientras tanto, el bueno del Padre, habiendo

ya hecho su cama y descolgado del pasamanos de la puerta, por su parte exterior, el saco en que al acostarse dejara su ropa para que se la limpiasen los fámulos, vestíase lentamente, sacando fuerzas de flaqueza, porque era aquella una de las noches en que su pícaro insomnio habíale hecho sufrir con mayor intensidad y encarnizamiento que nunca.

Gran parte de culpa tenían en ello, a no dudar, las graves preocupaciones que desde hacía unos días veníanle acometiendo por causa de su hija espiritual Guadalupe, aquella hija de la que él siempre había juzgado que se tenía ganada la gloria, y que ahora vela llamando ya a las puertas del infierno. Cierto es que él, aún no había dicho su última palabra ni formalizado su credo, para no incurrir en equivocaciones lamentables que tal vez hiciéranle perder el prestigio de que gozaba entre su clientela... La única persona con quien se había mostrado algún tanto explícito era con doña Agueda Santillana, aquella buena señora tan inocente y tan santa, que juraba y perjuraba por la inocencia de su sobrina, asegurando que con gusto pondría en pró de ella su mano al fuego. El no haría tanto a pesar de lo mucho que la que-

ría, de lo bien que aún la consideraba, y del escaso crédito que concedía a cuanto sobre el asunto a cada paso estábanle refiriendo, porque si Guadalupe no fuera culpable, si tuviese afán de probar su inocencia, nada más fácil que enviarle un recado para que fuese a verla, si el salir a la calle la era imposible, marcándole una hora determinada en la que Claudio no estuviera en casa. Pero los días pasaban y el llamamiento no llegaba. Habíanse ya confesado por Guadalupe, y aún rezado por sus culpas alguna penitencia, pues él entre todas la repartía, cuantas beatas le tenían por padre espiritual, y ella, la culpable... o la inocente, nada, calladita allá en su casa y tal vez no avergonzada de su delito sin nombre. Aquél Valcárcel, aquél joven no educado con ellos, amamantado en la libertad más licenciosa, entretenido habitualmente con libros y lecturas que en el Índice se condenan, era el causante de la gran desgracia que encima se venía a dos honradísimos apellidos, el de Calabazatorre y el de Zugastí, el sér indigno que merecía un castigo ejemplar, la horca o el patíbulo...

En esto iba de sus calenturientas reflexiones el Padre Pérez, cuando un par de golpecitos,

misteriosamente dados en la puerta del cuarto, hiciéronle despertar de ellas y exclamar con tono que pretendió hacer firme:

— ¡Adelante!

Entreabrióse la puerta, apareció por ella la pelada cabeza del hermano portero, y oyóse su voz que temblando decía:

— ¿Se ha vestido ya, Padre?

— ¿Qué se ofrece?

— Una señora que viene con mucha prisa y que le suplica...

— ¿Está en el confesonario?

— En el vestíbulo. Ni me ha dado tiempo para pasarla a la salita. Dice que se trata de un asunto gravísimo.

— ¿Quién es?—preguntó el P. Pérez, echándose sobre los hombros el balandrán y cogiendo del reclinatorio su caja de rapé.

— No recuerdo cómo se llama.

— ¿Pero qué quiere?

— Si me lo permite, Padre...

— Diga...

— Acaso sea algo relacionado con la señora de Zugastí...

Lanzóse el buen jesuita hacia la puerta, sin esperar a que el hermano le precediera, bajó

las escaleras de dos en dos; llegó al vestíbulo, y al encontrar recostada contra la entornada puerta de la calle a la mujer de Valcárcel, toda pálida y desencajada, revelando el mayor de los desfallecimientos y la más profunda de las penas, cogióla por un brazo y metióse con ella en lo primero que halló abierto, un cuartito muy reducido en el que no había más que una mesa con dos sillas, el teléfono, un cuadro de San Ignacio, el ventanillo que ya conocemos, y el reloj de la portería que marcaba entonces las cuatro y media de la mañana.

El P. Pérez cerró la puerta tras él, y sin acertar a decir palabra, abandonó sus manos en las de Julia, que cayó de rodillas besándolas y humedeciéndoselas con sus lágrimas.

Por el desaliño de la ropa y lo despeinado de sus cabellos, conociase que la mujer de Gonzalo se había lanzado a la calle con los primeros trapos que encontró a mano, olvidándose, al menos por esta vez, de consultar al espejo, y preocupándose poco de lo que pudiera decir y pensar de ella el que la viese en tal facha y tan a deshora.

Transcurrió un minuto que al Padre Pérez le pareció un siglo, y, al cabo de él, preguntó con

voz fingidamente serena, procurando alzar del suelo a la visitante:

—Vamos, hija ¿qué pasa?...

Se levantó Julia, enjugándose con el encaje de la mantilla las lágrimas de sus ojos; sentóse en la silla mas cercana; puso sobre la mesa ambos codos, y sosteniendo entre las manos su cabeza, comenzó a decir entre sollozos:

—Una gran desgracia...

—Cuéntame, hija, cuéntame...

—Mi pobre Gonzalo...

—¿Qué?...

—Se ha vuelto loco...

—¿Eh?...

—Quiere matar a Claudio... me ha querido matar a mí... ha blasfemado de usted y de mi padre...

—¿De mí?...

—Sí... Dice que los dos tienen la culpa de su desgracia... que si no hubiera sido por usted...

—Pero ¿qué hemos hecho nosotros?...

—Nada, Padre, pero...

—¿Estás tú enterada de todo?—preguntó el jesuita mirándola con fijeza.

—Sí, de todo.

—¿De manera que ya sabes?...

—Lo que dice la gente, sí, todo lo que cuentan sobre él y Guadalupe... Hace tiempo que lo sé y que sufro con ello muchísimo. ¡Si usted supiera cuánto he llorado!...

—¡Pobrecital...

—Pero, en medio de todo, estaba tranquila y procuraba resignarme, no creer en mi desgracia, estar para con él más cariñosa que nunca...

—Bien...

—Porque como Guadalupe me lo negaba...

—¿Has hablado de eso con Guadalupe?...

—¡Ojalá no lo hubiera hecho nunca!

—¡Pero, mujer!...

—Anoche fui a visitarla, porque estaba un poquitín peor. La encontré medio delirando, casi no me conocía, respondía mil bobadas a mis preguntas...

—A ver...

—Yo... obrando tal vez mal, pero guiada por la mejor intención... la pregunté una vez más si era cierto lo que las gentes decían...

—¿Y qué?...

—Se puso furiosa... casi estuvo a punto de pegarme... creí que se tiraba de la cama...

—Pero...

—Me confesó que quiere a Gonzalo... que le ama desde mucho antes de que se casase conmigo... que daría la vida por hacer su felicidad... que ha sufrido horriblemente intentando desecher su pensamiento... que creía haberlo conseguido por completo... que las gentes y yo hemos tenido la culpa de que volviese a recordarlo...

—De modo...

—No, Padre, eso dice que es mentira, me lo ha jurado por la vida del hijo que lleva en las entrañas, por su salvación, por qué sé yo cuantas cosas...

—¿Y tú?...

—Quedé convencida de que la calumniaban... de que las malas lenguas se han cebado en ella... de que es más desgraciada que yo...

—¿Más?...

—Ella adivina que mi marido también la quiere... se considera dichosa con ese amor espiritual tan distinto del que las gentes le achacaban... vive en un mundo más feliz que el mío...

—¡En el del amor adúltero!...

—Luego...—prosiguió Julia débilmente—volví a casa...

—¿Y qué?...

—Hacia ya varias noches que estaba muy cariñoso conmigo... no sé por qué... tal vez meditando alguna idea.

—Animo, hija, ánimo...—dijo el P. Pérez viendo vacilar a Julia.

—Cené con él... mejor dicho... no cené... estuve contándole mi visita a Guadalupe... sin dejar traslucir nada... diciéndole únicamente lo decaída que la encontraba... lo mal que hacía Claudio en marcharse hoy a París...

—¿Hoy?

—Luego... me fuí a mi cuarto... me acosté... y me dormí...

Gruesas gotas de frío sudor resbalaban por la frente de Julia; su voz hacía cada vez más débil; temblábala el cuerpo con estremecimientos de terror, y sus azules ojos miraban con espanto a los del Padre Pérez, fijos en ella como los del juez que mide una por una las palabras del procesado, para juzgar mejor de su inocencia o culpabilidad.

—Tres o cuatro horas después—prosiguió Julia, al cabo de una pausa—desperté sobresaltada... Había luz en mi cuarto y oía, muy cerca de mí, la tos de mi marido... Estaba allí,

junto a mi cabecera, sentado encima de las ropas que yo había dejado en una butaca... Al verme despierta, se levantó sonriendo, y sentóse a los pies de mi cama... Noté entonces que estaba vestido de negro; que se había afeitado y peinado recientemente; que tenía unas cartas en sus manos, y que, a pesar de su sonrisa, revelaba en el rostro una severidad que nunca yo le había conocido... Aquel traje, las cartas, y el recordar que Claudio se marchaba hoy a París, hiciéronme pensar que entre mi marido y él debía de haber concertado algún desafío... algún lance que seguramente sería de muerte para uno de los dos y que yo ignoraba... Me estremecí de terror... quise decir algo... pero no pude... Gonzalo continuaba sonriendo... Después de un rato, cuando juzgó sin duda que ya había sufrido bastante con su silencio... con la impaciencia y el temor de saber lo que de tal manera y tan a deshora le traía a mi cuarto... empezó a decirme...

—Adelante, hija—dijo el P. Pérez con tono cariñoso.

Empezó a decirme... que venía a despedirse de mí... que de aquellas cartas era una para su madre... otra para el juez... y otra...

—Continúa...

—¡Para usted!

—Bien...

—Que me agradecía mucho lo buena que había sido para con él...

—Sigue...

—Que le perdonase todo el daño que hubiera podido causarme...

—Vamos. .

—Y que hiciera el favor de no moverme de la cama... ni dar gritos... ni llamar a nadie... porque...

—¿Qué?...

—Porque... estaba dispuesto a estrangularme dijo Julia estremeciéndose.

Luego, muy lentamente, escogiendo las palabras para no decir más de aquello que para su objeto le convenía, continuó en voz baja:

—Y el muy malvado se reía al decírmelo, gozaba al ver que yo tenía trabada la lengua por el miedo, por el terror que me causaba su manera de hablar... Me dijo después, que nunca me había querido; que se había esforzado para amarme sin llegar jamás a conseguirlo; que todos los que a Guadalupe y a él

les calumniaban, no eran capaces de comprender lo santamente que la adoraba y lo feliz que se consideraría si supiese que ella le correspondía, aunque tuviera que dar por saberlo un salto que le alejase de ella mil o dos mil leguas... Nunca le había oído hablar con tanta fogosidad y tanta energía... Estaba desconocido, Padre, endemoniado... No se comprende de otro modo su empeño en matar a Claudio, en matarme a mí si me oponía a su intento...

—Pero... ¿por qué hija mía?...

—Su único pretexto es que ese hombre martiriza a Guadalupe, que él tiene que sacar del martirio a la que ama, o morir a sus manos si la suerte lo dispone de ese modo... Pero no es un desafío lo que pretende, sino un asesinato... Asegura que Claudio es un cobarde que rehusaría el batirse con él si no se le obligase a ello... Por eso es por lo que se marcha en el mismo tren... Un duelo a la norteamericana... Lleva dos revólveres... dos revólveres muy grandes...

—¿Para cubrirlos con un pañuelo y dar a Zugasti la elección, verdad?...— interrumpió el Padre, sonriendo irónicamente.

—Sí... Dice que uno está descargado...

—Conozco, hija, conozco el procedimiento...

—¿Usted?...

—Figura mucho en las novelas cursis...

—Pero ahora es verdad...

—No hagas caso...

—Sí Padre, sí...

—Como Claudio no ha de aceptar...

—Dice que, entonces, lo matará como a un perro.

—¿Le crees capaz?...

—¡Me lo ha jurado por su madre y por ella, por las dos, que es lo que más quiere en el mundo!

—En ese caso...—murmuró el jesuíta conmovido—en ese caso...

Sonaron en aquel instante cinco campanadas en el reloj de la portería, y el P. Pérez, incapaz de aparentar por más tiempo aquella serenidad y sangre fría en la que Julia creía ver la sospecha de la verdad, levantóse presuroso, exclamando:

—¡Las cinco, hija mía!...

—¡Sí, Padre!

—¿Y el tren sale?...

—A las seis menos cuarto.

—¡Jesús!...

- Es preciso detener a Gonzalo...
—No hay pruebas...
—¡Sus cartas!
—Vengan...
—¡No las traigo!
—Habla al gobernador... a la policía... a los empleados del tren...
—¡No, Padre, jamás!... ¡No quiero el escándalo!... ¡Bastante tengo encima!...
—Avisa a Claudio...
—Ya lo he hecho...
—¿Y qué?...
—No ha dormido en su casa...
—Búscalo...
—¿En dónde?...
—En la estación...
—¡Imposible!... Nos vería Gonzalo...
—¡Pues, hija—exclamó el Padre Pérez con desaliento—no sé qué hacer!
—¡Dios mío!...
—Solo Él puede evitarlo...

Cayó Julia sollozando a los pies del P. Pérez, y transcurrió una larga pausa tan sólo turbada por sus lamentos.

Era lo único que faltaba para desconcertar por completo al buen jesuita.

Mudado el color e inyectados en sangre los ojos, miraba con espanto en rededor suyo, buscando algo que le diera una idea para solucionar aquel inesperado conflicto. Su escrupulosidad haciale considerarse como uno de los causantes de aquella gran desgracia que se avecinaba con vertiginosidad casi incombustible. Las paredes de la porteria parecían vacilar sobre su base amenazando aplastarle la cabeza. Tambaleábase como un borracho. Las lágrimas de Julia quemábanle las manos cual si fuesen fuego del infierno. Quería hablar, decir algo, pero la lengua no acertaba a expresar ninguna de las ideas que en confuso *maremagnun* bullían en su mente. Resonaba en sus oídos el silbido de un tren que penetraba en un túnel, y luego, la ronca detonación de un revólver grande, muy grande... Presentábase ante su vista el cadáver de un hombre que le hacía extraños visajes y le miraba con airados ojos, intentando abofetearle con sus brazos rígidos y amarillentos, en tanto que un Cupido de fea catadura revoloteaba en torno suyo dirigiéndole burlonas muecas... Impotente para tenerse en pie, dió un paso hacia la pared y apoyó el brazo derecho en algo que de ella

sobresalía. Era el teléfono, cuyo botón, sin pretenderlo, oprimió fuertemente. Al cabo de un segundo, sonó el timbre. La central contestaba. Aquel repiqueteo inesperado y sonorosísimo volvióle a la realidad. Vió a Julia que se levantaba rápidamente y que se dirigía a él sonriente de júbilo. Luego, escuchó estas palabras:

—¡Con él, Padre, con él!

—Pero...

—¡Antes de que salga!

—Y qué...

—¡Déjeme usted!— dijo Julia descolgando los auditivos.

Y acercando sus labios al aparato, en tanto que el jesuita miraba hacia lo alto como pidiendo inspiración al cielo, dijo con firmeza:

—¡Centrall... Comunicación con el número...

Siguióse un silencio, al cabo del cual repiqueteó de nuevo el timbre, y el P. Pérez, cogiendo por un brazo a Julia, acercó a la de ella su cara y preguntó con ansiedad:

—¿Te dijo que daría un salto de mil leguas?...

—¡Sí, Padre, sí!— respondió Julia con exaltación.

—Pues, por la bondad del fin...

Un momento después, con voz tibiamente velada pero segura, el P. Pérez, puesto al teléfono, preguntaba:

—¿El señor Valcárcel?...

—Aquí está... —respondió una criada— Va a salir ahora...

—¡Que se ponga al teléfono!

—En seguida...

—¿Quién me llama?—preguntó Gonzalo al cabo de un instante, con tono malhumorado— ¿Qué se me quiere?...

—¡Habla el P. Pérez!...

—...

—En nombre de Guadalupe...

—...

—Que conoce los proyectos de Ud.... que le suplica... por compasión... por caridad... por amor..

E impotente para continuar hablando, dejó los auditivos en manos de Julia, llevóse las suyas a la cabeza, y cayó cuan largo era, exclamando dolorosamente:

—¡Dios me perdone!

DOS DE MAYO

Somos auxiliares
sin color ni grito,
somos defensores
de este pueblo invicto...

Y los viriles acordes del Himno de los Auxiliares, que ya durante la noche anterior habían atronado las calles todas de la villa y amenizado el paseo del Arenal, alegrando a los chiquillos y remozando los recuerdos de la gente más o menos madura, resonaban entonces en la Plazuela del Instituto, por la que en aquel instante pasaba lo principalito de la procesión cívico-religiosa, sobreponiéndose al sordo bullicio del abigarrado público que se agolpaba alrededor del vistoso arco de triunfo, y proporcionando con qué gozar y divertirse a los ejemplares del bello sexo que, allá en los engalanados balcones, se defendían de los picantes ra-

yos del sol bajo las sombrillas de cien chillones coloridos.

Calabazatorre, en tanto, dirigióse lentamente desde su casa a la de Zugasti, dispuesto a hacer con él un disparate si no le entregaba los Explosivos que para liquidar a fin de abril había comprado en aquella memorable noche de la Bilbaina. Había subido el papel de modo extraordinario, y no era excusa bastante, para retardar el compromiso, la gravedad inminente de la mujer de su vendedor, máxime cuando estaba muriéndose desde hacía ya dos días, y parecía por las trazas no querer lanzar el último suspiro hasta dentro de una semana. Por eso, sin atender a consideraciones de ninguna clase, que, dicho sea de paso, no cabían en él cuando del negocio se trataba, atravesó decididamente por entre la gente que, presenciando la procesión, llenaba la plazuela, y una vez arriba apretó con fuerza el botón del timbre. No le respondieron, y repiqueteó otra vez, otras dos veces... Por fin, abrióse la puerta, apareció tras ella una criada toda compungida, y don Cirilo escuchó estas palabras:

—Está agonizando la señorita...

No se amilanó por eso el bueno de Calaba-

zatorre, y colándose en el recibidor, dejó su bastón en uno de los *tibores* japoneses en tanto que preguntaba a la doméstica:

—¿Está con ella el señor?...

Y como obtuviera respuesta afirmativa, dijo resignadamente:

—Bueno, todo se reducirá a que tenga que esperar un rato.

Pasáronle a una salita, acomodóse en uno de los sillones, y cuando se disponía a inventar un pretexto para disculpar de algún modo lo inoportuno de su visita, oyó en el mirador de la habitación el alegre murmullo de una conversación mujeril, que de cuando en cuando cortaban contenidas carcajadas. Eran algunas de las antiguas amigas de Guadalupe, estacionadas allí desde hacía más de una hora con el objeto de poder servir en algo a la moribunda... y ver de paso la procesión. Como el sitio era tan excelente...

—Mira... mira...—oyó decir Calabazatorre.—
Aquel de la gorrita tan nueva...

—¿Qué?

—Ni fué auxiliar ni lo sería nunca.

—¿Entonces?...

—Es que va en representación de su difunto papá.

—Pero si dicen que anoche en *El Sitio*...

—¡Ah!... Eso no quita para que sea uno de los primeros que se emborrachan en el famoso *cuarto del vino*... Porque también lo hace...

—¿En representación?...

—¡Já, já, já!...

—¡Calla, mujer, no alborotes!

—Es que me hace mucha gracia...

—¿Quién?

—Aquel concejal que lleva colgando el frac por debajo del abrigo.

—¡Parece un pájaro bobo!...

—Pues no lo es, hija mía...

—¡Ni mucho menos!...

—Dicen que su discurso será uno de los mejores.

—¿De veras?...

—Quiero decir, de los más cortos.

—Debían de darle una de las coronas.

—¡No, chica, que son para los mártires!

—Las grandes, pero las chiquitas...

—Pierde cuidado. Seguramente se llevará alguna a casa.

—¿Para que vean que ha conquistado laureles?...

—No; para darle gusto al puchero.

—A propósito de pucheros...

—¿Qué?

—Aquí abajo está doña Casilda.

—¡Caramba!... También ella lleva vestido nuevo...

—¿Queréis que la echemos las cebollas de estos tiestos?...

—Espera, espera, que viene alguien ..

Efectivamente, la criada que abriera la puerta a Calabazatorre, penetró en aquel instante en la salita, corriendo precipitadamente y gritando toda asustada:

—¡Se muere!... ¡Se muere!...

—¡Vamos allá!—exclamó una de las amigas.

—¡No, hija, no!... Yo no puedo ver morir a nadie...

—Pues si tú no vas...

—Y sobre todo, que no podríamos hacer nada.

—Más vale que nos marchemos a San Juan a rezar por ella.

—Eso... Así haremos tiempo hasta que vuelva la procesión...

—Por supuesto...—dijo otra, dirigiéndose a la criada—Ya sabe usted que si hacemos falta para algo...

—Después de los toros vendremos a verla...

Y cuando al atravesar la salita, para salir al pasillo, repararon en la presencia de Calabazatorre, todas ellas se apresuraron a llegar a la escalera, para preguntarse unas a otras:

—¿Por qué estará ahí D. Cirilo?...

—¿Querrá ser el primero en darle el pésame?...

—¿Será por causa del lío con su yerno?...

Media hora después, llegaba Claudio adonde Calabazatorre le esperaba, saludábale ceremoniosamente, y dejándose caer en un sofá, oía decir al P. Pérez, que, sin entrar a la sala, le despedía con emocionado acento:

—Conformidad, hijo mío, conformidad... Ha muerto como un ángel...

Llegaban entonces los vecinos que nunca faltan en casos tales, bien para curiosear o para aprovechar algo de lo que siempre se desperdicia; rebullía de un lado para otro la Hermanita de la Caridad, buscando ropas que llevar a la inconsolable doña Agueda para que entre ambas vistiesen el cadáver; corrían las

criadas cerrando puertas y balcones; arreciaba el ruido de la calle contrastando con el triste silencio que de la casa se apoderaba, y Claudio, considerando conveniente el retirarse con don Cirilo a otra habitación más en carácter, llevóle a su despacho, pequeña alcoba para ello habilitada y casi adyacente a aquella en que Guadalupe acababa de dar su adiós al mundo, y sin decirle una palabra, porque adivinaba el objeto de la visita de Calabazatorre, sacó de un cajoncito los resguardos del Banco de Bilbao valederos por los quinientos Explosivos, y se los entregó humildemente. Perdía en aquella operación trece mil duros contantes y sonantes.

Luego, por decir algo y no pudiendo ocultar cierto gozo interior, que al verse al lado de don Cirilo comenzaba a embargarle, preguntó sonriente:

—¿Y Gonzalo?...

—Llegó a Madrid sin novedad y escribe que se encuentra algo mejor al lado de su madre; pero yo espero que por bien que le pruebe una temporadita allí, apenas vuelva a Bilbao...

Bajó la voz Calabazatorre, contestóle Claudio en el mismo tono, y una vez entablada la

conversación entre aquellos dos hombres de negocios, charlaron durante largo rato, revelando en sus rostros la alegría que en ambos producía el ver cuán maravillosamente con sus palabras se entendían y el sorprendente acuerdo en que sus pensamientos marchaban. Habían sido, a no dudarlo, hechos el uno para el otro, y el Destino había cometido una torpeza al querer echar por tierra aquel refrán que dice: «Dios los cría y ellos se juntan». Por eso es por lo que Claudio, cuando D. Cirilo, después de entregarle el taloncito debido, pensaba en despedirse, le dijo dándole una prueba de su confianza:

—Yo, francamente, sólo lo siento porque me iba a dar un hijo.

Y mientras el alma de Guadalupe influía acaso, allá en el cielo, para que Dios hiciese buenos los deseos de Calabazatorre y el espíritu de Gonzalo se uniera pronto con el de ella, elevándose sobre los pedruscos de mineral y demás cosas por el estilo, D. Cirilo murmuró al oído de su compañero:

—Ya, ya lo tendrás con Julia.

—¿Eh?...

—Verás. Será gordo, coloradote, con unas

manos y unos pies muy grandes, muy bruto y muy tragón.

—¿Como el abuelo?...

—Eso es... Como yo.

Bilbao 13 Septiembre 1899

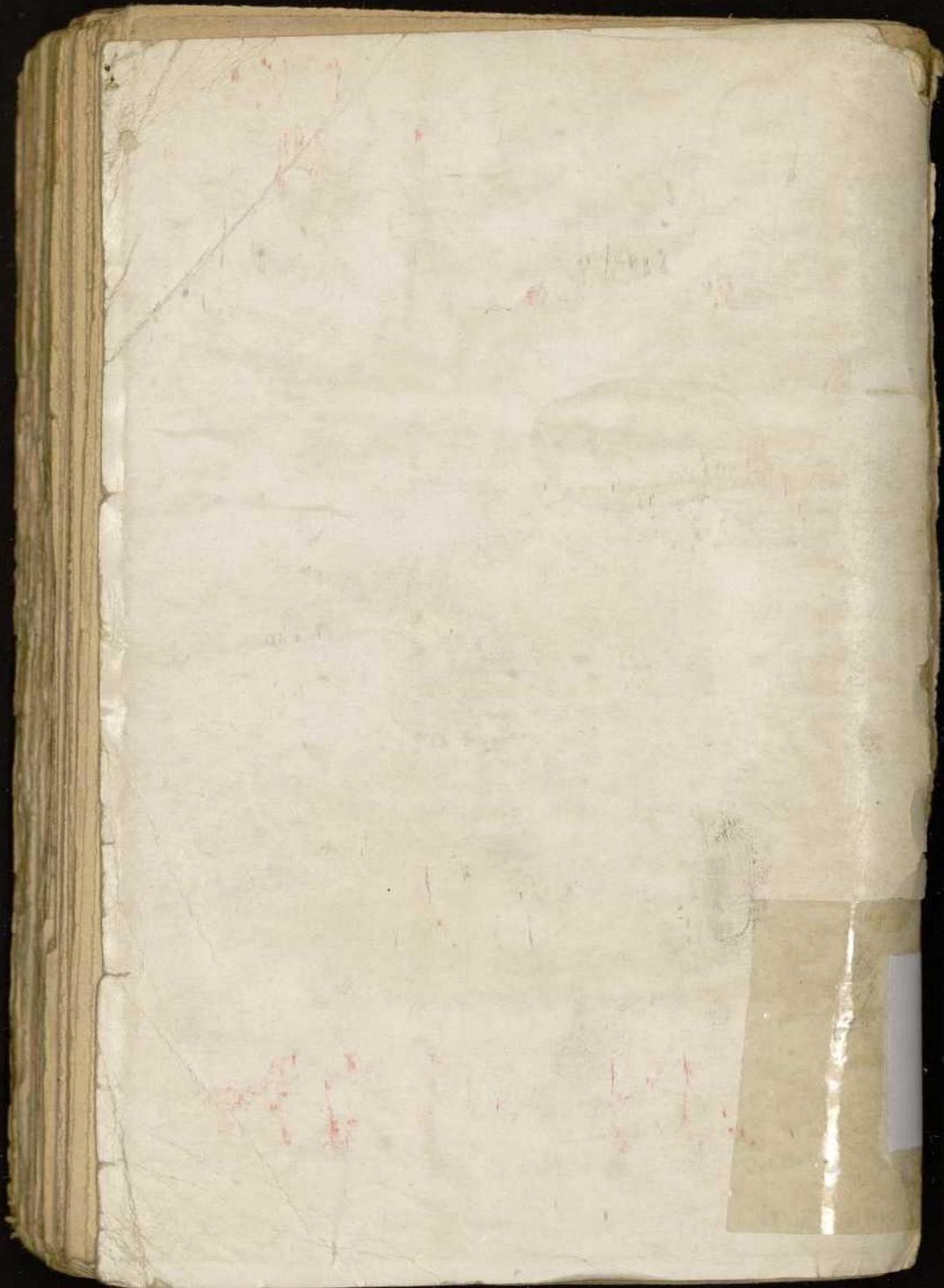
INDICE

	<u>Págs.</u>
Sinfonía.... }	En la terraza..... 9
	La bolsa... o la vida..... 25
	El pollo solitario..... 36
	Contrato de compra-venta..... 53
	El Padre Pérez..... 67
	Día de toros..... 85
	Una expedición..... 98
Intermezzo..... 116	
Intermezzo.....	151
	Carnestolendas..... 177
Finale..... }	El aquelarre..... 199
	Quinientos Explosivos..... 219
	Amigas íntimas..... 287
	Escándalo en puerta..... 261
	Conflicto inminente..... 277
Dos de Mayo..... 295	

B.P. de Soria



61169068
DR 2395



M. ARANÁZ
CASTELLANOS

CALABAZA TORRE

NOVELA VASCA

SEGUNDA EDICIÓN

5 pesetas.

DR
2395